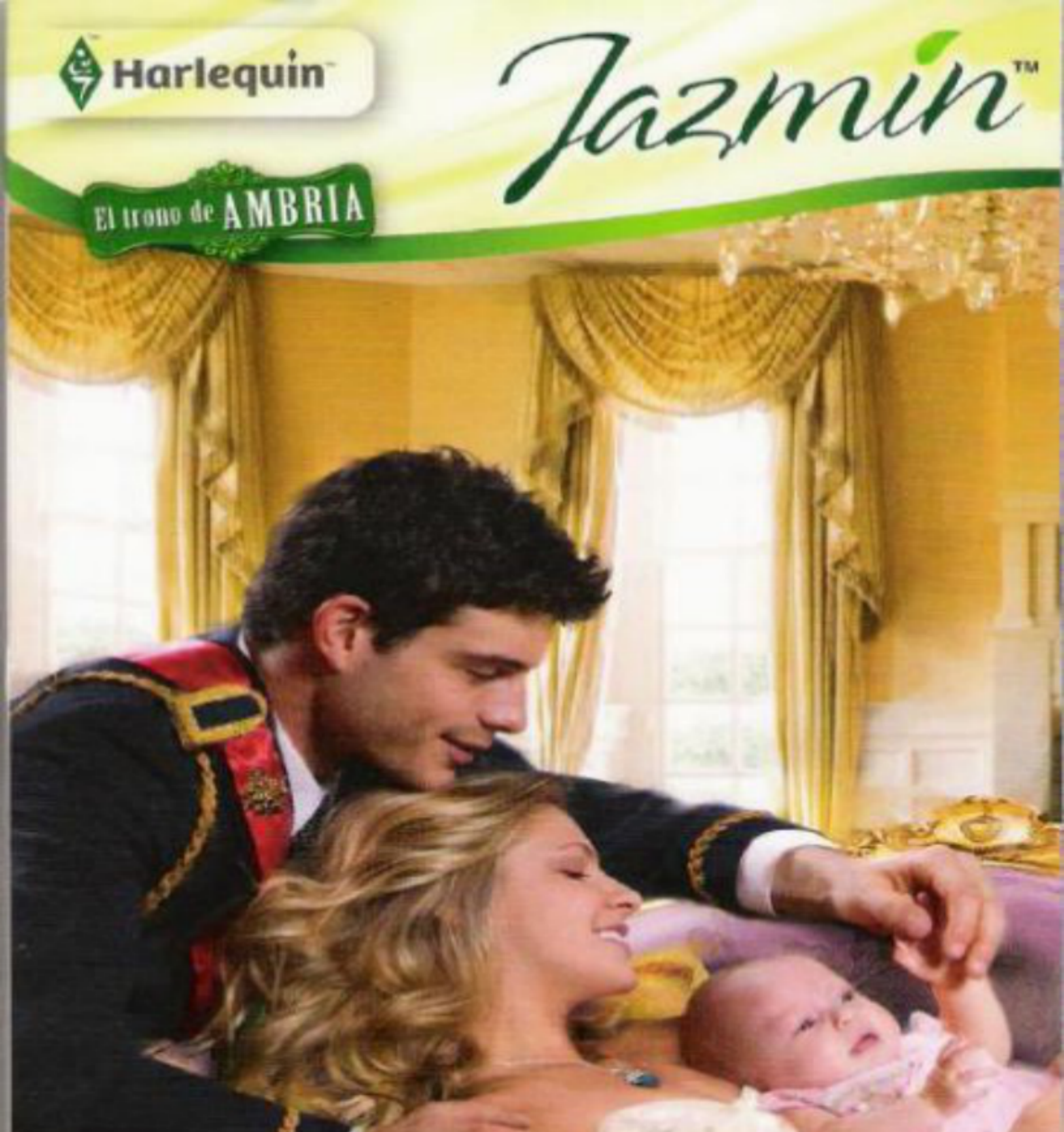


Harlequin
Jazmín
El trono de AMBRIA
Un gran paso
RAYE MORGAN

Un gran paso

Raye Morgan

1º El trono de Ambria

Un gran paso (2011)
Título Original: Secret Prince, instant daddy! (2010)
Serie: 1º El trono de Ambria
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín Miniserie 57
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Darius Marten Constantijn/David Dykstra y Ayme Negri Sommers
Argumento:

El camino de regreso a Ambria no iba a ser sencillo…

David Dykstra estaba decidido a reclamar sus derechos como príncipe de Ambria y nada podría hacerle cambiar de idea, hasta que apareció Ayme Sommers, identificándolo como el padre del bebé de su hermana.

El momento era de lo más inoportuno. Sin embargo, en el viaje de regreso a su hogar, debía anteponer los intereses de su hija, así como hacer un hueco en su vida tanto para la niña como para la impulsiva tía Ayme.

Capítulo 1

El príncipe Darius Marten Constantijn, de la casa real de Ambria, depuesto y viviendo oculto bajo la identidad de David Dykstra, tenía el sueño bastante ligero. Normalmente, el menor ruido bastaba para que se pusiera en pie de un salto y recorriera silencioso el lujoso ático, pistola en mano, dispuesto a defender su intimidad, y su vida.

El temor de que su vida estuviera en peligro no era descabellado. Al pertenecer a una monarquía depuesta, su mera existencia suponía un desafío constante para el sanguinario régimen que controlaba su país.

Pero aquella noche su instinto de conservación estaba algo dormido. Había celebrado una fiesta para quince miembros de la juerguista alta sociedad londinense, los cuales se habían quedado hasta muy tarde, y había bebido demasiado.

De modo que cuando oyó llorar al bebé, al principio pensó que debía de ser una alucinación.

—Bebés —murmuró mientras esperaba a que la habitación dejara de dar vueltas antes de abrir los ojos—. ¿Por qué no se limitarán a sufrir en silencio?

El llanto se interrumpió bruscamente, pero ya se había despertado del todo. Hizo un esfuerzo por oír. Debía de haber sido un sueño. No había ningún bebé allí. No podía haberlo. Aquél era un edificio para adultos, de eso estaba seguro.

—No se admiten niños —murmuró mientras cerraba los ojos y empezaba a dormirse de nuevo—. *Ver-boten.*

Sin embargo el pequeño transgresor volvió a manifestarse. No fue más que un gemido, pero no le cupo ninguna duda de que era real.

Aun así, en su estado de aturdimiento, necesitó unos minutos para juntar todas las piezas, y seguía sin tener sentido. Era imposible que hubiera un bebé en su apartamento. Si alguno de los invitados de la noche anterior hubiera llevado uno, se habría dado cuenta. Y si esa persona se hubiera olvidado del bebé, ¿no habría vuelto a por él?

Intentó desterrar de su cerebro todo aquello para volver a dormirse. Sin embargo le resultó imposible. Su mente estaba lo bastante despierta como para sentirse preocupado. Jamás conseguiría volver a dormirse sin asegurarse antes de estar en un domicilio sin bebés.

Soltó un gruñido y saltó de la cama. Se puso unos vaqueros que encontró junto a la silla y empezó a recorrer las habitaciones del ático mientras se preguntaba malhumorado por qué había alquilado un sitio con tantas habitaciones. El salón estaba lleno de servilletas de papel y copas vacía. Había despedido al catering a medianoche. Craso error, pero, ¿quién se habría figurado que los invitados permanecerían hasta las tres de la mañana? De todos modos, la asistenta llegaría en unas

horas y lo dejaría todo reluciente.

—No habrá más fiestas —se prometió mientras reanudaba la búsqueda—. A partir de ahora sólo asistiré a fiestas en casa de los demás. Conservaré mis fuentes de información y dejaré que otros carguen con los inconvenientes.

Sin embargo, antes de regresar a la cama tenía un apartamento que registrar.

Y entonces encontró al bebé.

Al abrir la puerta del despacho, lo vio dormido en el interior de un cajón que hacía las veces de cuna. Tenía la boquita abierta y las redondas mejillas se hinchaban con cada respiración. Era una monada, pero no lo había visto en su vida.

Mientras contemplaba al bebé, éste dio un respingo y sus bracitos regordetes se dispararon hacia arriba antes de volver a caer. Sin embargo no se despertó. Llevaba un trajecito rosa arrugado y sucio, pero parecía estar cómodo. Los bebés dormidos estaban muy bien. Sin embargo no ocurría lo mismo cuando despertaban. La idea le provocó un estremecimiento.

Resultaba bastante irritante encontrarte en tu casa un bebé que no había sido invitado. No le costó mucho imaginarse quién podría ser el responsable de aquello: la rubia de largas piernas tumbada en el sofá con bastante poca elegancia. A ella tampoco la había visto en su vida.

—¿Qué demonios pasa aquí? —se preguntó en voz baja.

Ni el bebé ni la rubia se movieron, ni había sido su intención despertarles. Necesitaba unos minutos más para asimilar la situación, analizarla y tomar alguna decisión coherente. Su instinto de conservación estaba en alerta. Estaba bastante seguro de que aquello debía tener algo que ver con su regio pasado, con la historia de la rebelión y con el precario e incierto futuro.

Peor. Tenía la fuerte sensación de que aquello le iba a suponer una amenaza, quizás incluso la amenaza que había esperado durante casi toda su vida.

David estaba completamente despierto. Tenía que pensar en algo rápidamente y tomar una decisión juiciosa. Recorrió el cuerpo de la rubia con la mirada y, a pesar de las sospechas que le despertaba, también le provocó un ligero estremecimiento de atracción. Las piernas separadas, de manera muy poco elegante, como las patas de un potrillo que aún no se ha puesto en pie, eran bien torneadas; y la falda estaba subida, mostrando claramente las atractivas extremidades. A pesar de todo, la rubia consiguió su aprobación.

Tenía casi todo el rostro oculto por una mata de rizos y el cuerpo cubierto por un grueso jersey marrón. No parecía tan joven como aparentaba por la descuidada postura y había algo enternecedor en su aspecto. Esa mujer tenía un atractivo que, en otras circunstancias, le

habría arrancado una sonrisa.

Frunció el ceño y posó su mirada en esa deliciosa oreja adornada con un diminuto pendiente que le resultaba extrañamente familiar. Mirándolo más de cerca comprobó que era una reproducción del escudo de armas de Ambria, el escudo de armas de la depuesta familia real a la que él pertenecía.

El corazón empezó a latirle con fuerza mientras la adrenalina lo inundaba todo y se lamentó de no llevar encima la pistola de la que normalmente no se desprendía en toda la noche. Sólo unas pocas y escogidas personas conocían su conexión con Ambria, y su vida dependía de que el secreto se mantuviera.

¿Quién demonios sería esa mujer?

Tenía que saberlo.

—Eh, despierte.

Ayme Negri Sommers se acurrucó en el sofá e intentó ignorar la mano que la sacudía por el hombro. Cada molécula de su cuerpo se resistía a la llamada de atención. Después de los dos últimos días que había pasado, sólo quería dormir.

—Venga —el hombre la sacudió con más fuerza—. Tengo algunas preguntas que hacerle.

—Después —murmuró ella con la esperanza de que se marchara—. Más tarde, por favor.

—Ahora —él volvió a agitarle el hombro—. ¿Me oye?

—¿Ya es de día? —Ayme le había oído perfectamente, pero sus ojos se negaban a abrirse.

—¿Quién es usted? —rugió el hombre sin contestar a su pregunta —. ¿Qué hace aquí?

Estaba claro que no se iba a marchar. Tendría que hablar con él por mucho que le horrorizara. Tenía la sensación de tener los ojos llenos de arena y no estaba segura de poder abrirlos aunque, de algún modo, lo consiguió. Hizo una mueca ante la luz que entraba por la puerta abierta y levantó la vista hacia el hombre de pie junto a ella.

—Si me permite dormir una horita más, podremos discutir este asunto de manera racional —propuso con una ligera esperanza—. Estoy muy cansada. Apenas soy persona.

Era, por supuesto, mentira. A pesar de lo mal que se encontraba, experimentaba ante ese hombre sensaciones que no sólo podrían calificarse como humanas, sino sobre todo como típicamente femeninas. Reaccionaba al ridículo hecho de que era atractivo. Los oscuros y sedosos cabellos caían sobre su frente. Tenía unos penetrantes ojos azules y lucía unos anchos hombros y un atlético torso, que mostraba desnudo.

¡Impresionante!

Ya lo había visto antes, pero a más distancia, y completamente

vestido. Definitivamente, de cerca y medio desnudo estaba mucho mejor. En otras circunstancias estaría sonriendo.

Sin embargo la ocasión no era propicia para sonrisas. Iba a tener que explicarle lo que hacía en su casa, y no iba a resultarle sencillo. Intentó sentarse e hizo un torpe amago por controlar los indómitos cabellos con las manos. Y todo ello mientras pensaba en la manera de abordar el tema que le había llevado hasta allí. Tenía la sensación de que aquello no iba a gustarle, de modo que lo mejor sería soltarlo sin más y esperar lo mejor.

—Podrá dormir todo lo que quiera en cuanto regrese al lugar al que pertenece —decía secamente el hombre—. Y si de algo estoy seguro es de que ese lugar no está aquí.

—En eso se equivoca —contestó ella con voz triste—. Desgraciadamente, tengo un motivo para estar aquí.

El bebé, Cici, murmuró en sueños y ambos se quedaron helados contemplándola durante unos instantes. Sin embargo, la pequeña volvió a dormirse profundamente y Ayme suspiró aliviada.

—Si despierta al bebé, tendrá que ocuparse de ella —susurró—. Yo estoy aturdida.

El hombre siseaba, al menos eso le parecía, aunque en esos momentos su capacidad de juicio estaba muy mermada. A lo mejor estaba soltando juramentos en voz baja. Seguramente sería eso. En cualquier caso, no parecía complacido.

—Escuche —ella suspiró y dejó caer los hombros—. Sé que no está en su mejor forma tampoco. Le vi al llegar. Era más que evidente que se había divertido demasiado en la fiesta. Por eso ni me molesté en intentar hablarle. Necesita dormir tanto como yo —arrugó la nariz y lo miró con gesto esperanzado—. Podríamos firmar una tregua por el momento y luego ya…

—No.

—¿No? —ella suspiró y echó la cabeza hacia atrás.

—No.

—Muy bien —hizo una mueca—. Si insiste… pero le advierto: apenas soy capaz de hilar una frase. Balbuceo incoherencias. Hace días que no duermo como es debido.

El hombre seguía de pie, imperturbable, con las fuertes manos apoyadas en las firmes caderas. Los desgastados vaqueros eran de talle bajo y dejaban al descubierto un vientre plano y el ombligo más *sexy* que hubiera visto jamás. Se lo quedó mirando fijamente con la esperanza de que su impaciencia se amortiguara.

No funcionó.

—Sus hábitos de sueño no son de mi incumbencia —contestó fríamente—. No me interesan. Sólo quiero que se largue de aquí y vuelva al lugar del que vino.

—Lo siento —ella sacudió la cabeza—. Imposible. El vuelo en el que vinimos abandonó Zúrich hace siglos —echó una ojeada al bebé, que dormía tranquilamente en el cajón—. Se pasó casi todo el viaje llorando. Desde Texas —levantó la vista en busca de un poco de aprobación, pero no la encontró, ante lo cual buscó en su mirada al menos un ligero rastro de compasión—. ¿Sabe a qué me refiero?

—¿Vino directamente desde Texas? —él fruncía el ceño en un intento de aclarar aquello.

—Bueno, no exactamente. Cambiamos de avión en Nueva York.

—¿Texas? —repitió él como si no pudiera creérselo.

—Texas —repitió ella en un susurro antes de añadir—, ya sabe, el estado de la estrella solitaria. El grandote, al lado de México.

—Ya sé dónde está Texas —protestó él con impaciencia.

—Me alegro. Los de allí somos un poco sensibles con ese tema.

—Desde luego suena como una americana —él sacudió la cabeza y la miró perplejo.

—Claro —ella se encogió de hombros y lo miró con expresión de inocencia—. ¿Cómo si no?

El hombre miraba fijamente sus pendientes y ella se tocó uno instintivamente sin comprender el interés que pudieran tener. Era lo único que le quedaba de su madre biológica y no se los quitaba nunca. Sabía que sus padres biológicos habían sido originarios de la diminuta isla estado de Ambria, al igual que su familia adoptiva, pero de eso hacía muchos años. Ambria y sus problemas apenas habían sido relevantes para ella.

Y de repente recordó que la conexión con Ambria era precisamente lo que le había llevado hasta allí. Lógico que ese hombre se hubiera fijado en los pendientes. Aun así, algo en la intensidad de su interés por ellos le hacía sentirse incómoda. Lo mejor sería volver a hablar de Cici.

—Como iba diciendo, no le gusta viajar y se ocupó de que todos en el avión lo supieran —gimoteó al recordarlo—. Me odiaban. Fue un auténtico infierno. ¿Por qué tendrá la gente hijos?

—No lo sé —él abrió los ojos desmesuradamente—. Dígamelo usted.

—Oh…

Tragó saliva. Aquello había sido un error. No podía permitirse una metedura de pata como ésa. Ese hombre había dado por hecho que era la madre del bebé, y eso era precisamente lo que quería hacerle creer, al menos de momento. Debía tener más cuidado.

Deseó ser mejor actriz, pero incluso una profesional habría podido cometer un desliz. Después de todo por lo que había pasado la semana anterior, lo normal sería que a esas alturas llevara una camisa de fuerza.

Hacía tan solo unos días había sido una joven abogada miembro de una pequeña firma especializada en leyes de inmigración. Y de repente el mundo se había abierto bajo sus pies. Le habían sucedido cosas sobre las que ni se atrevía a pensar por miedo a perder la cabeza. Cosas a las que tendría que terminar por enfrentarse, pero aún no.

Aun así, temía que nada volviera a ser igual. Se encontraba en medio de una pesadilla y con muy pocas opciones. Podía rendirse, meterse en la cama y dormir hasta que acabara, o podía hacerse cargo de lo que quedaba de su familia y llevar al bebé Cici al lugar al que pertenecía.

La respuesta era evidente, por supuesto. Siempre había hecho lo que se esperaba de ella, lo más responsable. Enseguida había elegido la segunda opción y en esos momentos se encontraba siguiendo la senda que ella misma se había trazado.

Una vez cumplida su misión, respiraría aliviada, regresaría a Texas e intentaría recomponer su vida. Y ése sería el momento de enfrentarse a lo sucedido y decidir cómo proseguir tras haberlo perdido todo. Pero hasta que llegara ese momento, y por el bien de la diminuta vida que protegía, debía mantenerse fuerte y firme, por muchas dificultades que encontrara.

Y eso implicaba mentir, lo cual iba en contra de su naturaleza. Era la clase de persona que contaba su vida a cualquiera, pero debía reprimir ese impulso, reprimir sus inclinaciones naturales y mentir.

No resultaría sencillo. Era una mentira dolorosa. Tenía que hacer creer al mundo que Cici era su bebé. Hacía menos de un año que era abogada, pero sabía un par de cosas y una de ellas era que todo su plan podría venirse abajo si averiguaran que Cici no era suya, y también que no tenía derecho a arrastrarla por medio mundo de esa manera. Los trabajadores sociales intervendrían y los burócratas también. Le arrebatarían a Cici y a saber qué cosas horribles podrían sucederle.

A pesar de todo, amaba a esa criatura. Pero aunque no hubiera sido así, habría hecho cualquier cosa por el bebé de Samantha.

—Bueno, ya sabe a qué me refiero —intentó arreglarlo.

—Me importa muy poco a qué se refiera —contestó él con impaciencia—. Lo que quiero saber es cómo entró. Y quiero saber qué demonios se ha creído que hace aquí —los ojos azules se oscurecieron —. Pero, sobre todo, quiero que se marche.

—De acuerdo —ella hizo una mueca. No podía culparle por ello—. Intentaré explicarlo.

¿Eso que había asomado a su atractivo rostro era desdén?

—Soy todo oídos.

Reconoció el sarcasmo. Seguramente no le había caído muy bien.

Era una mala suerte. Normalmente gustaba a todo el mundo de inmediato y no estaba acostumbrada a esa hostilidad. Suspiró, demasiado cansada para hacer nada al respecto y se fijó en sus orejas.

Eran muy bonitas y estaban pegadas a la cabeza. Durante un instante las admiró. Ese tipo estaba muy bien, tuvo que admitir. Por desgracia, siempre se sentía como una desgarbada y torpe adolescente ante hombres como él. Era una mujer alta, casi un metro ochenta y dos, y lo había sido desde la pubertad. Los años de instituto habían sido incómodos ya que fue más alta que la mayoría de los chicos hasta el último año. La gente afirmaba que su aspecto presente era grácil y hermoso, pero ella seguía sintiéndose como la chica torpe que era más alta que los demás.

—De acuerdo.

Ayme se puso en pie y empezó a pasear por la habitación. ¿Por dónde empezar? Había pensado que todo resultaría mucho más sencillo. El problema era que no sabía qué información exigiría un hombre como ése. Había actuado por instinto, agarrando a Cici y tomando el primer vuelo a Londres. Había sido el pánico, supuso, pero dadas las circunstancias era comprensible. Había hecho lo único que se le había ocurrido.

Cerró los ojos y respiró hondo. Había acudido al apartamento de ese hombre por un motivo. ¿Cuál? Ah, sí. Alguien le había dicho que él podría ayudarla a encontrar al padre de Cici.

—¿Recuerda a una chica llamada Samantha? —preguntó con voz temblorosa. Le iba a costar un enorme esfuerzo no echarse a llorar—. Pequeña, guapa, rubia, que siempre llevaba un montón de pulseras…

Él basculó ligeramente. Parecía a punto de perder la paciencia. Tenía los puños cerrados a los lados del cuerpo. En un par de segundos empezaría a arrancarse los cabellos. O la sacudiría por los hombros. Por si acaso, dio un paso hacia atrás.

—No —contestó él en un susurro no exento de rabia—. Nunca había oído hablar de ella —los azules ojos la taladraban con la mirada —. Ni de usted tampoco, puesto que aún no se ha presentado.

—Oh… —ella dio un respingo, lamentando el descuido, y extendió una mano—. Soy Ayme Sommers, de Texas, como si no se notara.

Él la miraba incrédulo, sin estrecharle la mano. Por un momento ella pensó que iba a rechazarla e intentó pensar en qué hacer a continuación. Sin embargo al final le estrechó la mano y la retuvo sin soltarla.

—Curioso nombre —observó secamente, mirándola a los ojos—. Y ahora, cuénteme el resto.

Ella parpadeó intentando recuperar su mano sin mucho éxito. De repente fue consciente de la cálida piel y los firmes músculos y se quedó sin aliento. Intentó no mirar el torso desnudo. Ese hombre

absorbía todas sus fuerzas.

—¿A qué se refiere? —preguntó con voz chillona—. ¿Qué «resto»?

Él la atrajo hacia sí. Ayme lo miró espantada sin comprender a qué se debía ese jueguecito intimidatorio.

—¿Cuál es su conexión con Ambria? —preguntó.

—¿Cómo lo ha sabido? —ella abrió los ojos desmesuradamente.

—Lleva el escudo de Ambria en los pendientes —él señaló las orejas con un gesto de la cabeza—. Le ha delatado.

—Por supuesto. Casi nadie sabe qué es.

—Pero usted sí —él entornó los ojos.

—Desde luego.

Ella sonrió y él dio un respingo a punto de dar un paso atrás. La sonrisa de la joven parecía iluminar toda la estancia. Era demasiado pronto, y totalmente inapropiado dadas las circunstancias. Tenía que desviar la mirada, pero no le soltó la mano.

—Mis padres eran de Ambria. Y de hecho yo nací allí. Mi nombre original es Ayme Negri.

Sonaba como un apellido típico de Ambria. Sin embargo, esa chica con el escudo de Ambria decorándole las orejas podría muy bien saber mucho más que él de su propio país.

La miró fijamente, consciente de que sus conocimientos sobre las tierras que su familia había gobernado durante mil años eran tristemente insuficientes. No sabía qué preguntarle. No sabía lo suficiente como para ponerle a prueba y descubrir su sinceridad. Todos esos años había ocultado su identidad, y en el proceso no había aprendido lo suficiente. Había leído libros. Había hablado con gente. Recordaba algunas cosas de su infancia. Y había tenido un buen mentor. Pero no había bastado. En el fondo no sabía bien quién era, ni tampoco quiénes eran sus antepasados.

Y de repente había aparecido esa joven, un examen virtual. Y no había estudiado nada.

La delicada mano era cálida. Escudriñó su rostro. Tenía unos ojos brillantes e inquisitivos y los labios ligeramente entreabiertos, como si aguardara expectante lo que fuera a suceder. Parecía una adolescente esperando recibir su primer beso. Empezó a pensar que la alarma que había saltado en su cabeza había sido falsa.

¿Pero quién era realmente esa joven y qué hacía allí? parecía tan abierta, tan libre. Era incapaz de detectar el menor rastro de engaño en ella. Ningún asesino podría mostrarse tan tranquilo y con apariencia tan inocente.

Costaba mucho creer que la hubieran enviado hasta allí para matarlo.

Capítulo 2

—Ayme Negri —repitió él—. Yo soy David Dykstra.

Le pareció descubrir un ligero destello en los oscuros ojos al pronunciar su nombre. ¿Sabía que era un pseudónimo?

No. No había ningún gesto que delatara que lo supiera. Ninguna pista. Además, si hubiese acudido a su casa para liquidarlo, lo habría hecho mientras dormía.

Aun así no podía bajar la guardia. Desde aquella negra y tormentosa noche, cuando contaba seis años y huyó de la rebelión en Ambria, había esperado la llegada de alguien para matarlo.

El palacio había sido incendiado y sus padres asesinados, como seguramente también algunos de sus hermanos, aunque de eso no estaba seguro. Pero él había sido rescatado y ocultado en el seno de una familia holandesa, los Dykstra. Se había salvado.

Aquello había sucedido hacía veinticinco años y nadie, amigo o enemigo, había ido en su busca. Algún día iba a tener que enfrentarse a su destino, pero a lo mejor ese día aún no había llegado.

—Ayme Negri.

Aún no le había soltado la mano, como si pretendiera comprender algo de ella por simple contacto.

Una nativa de Ambria, criada en Texas. Eso era nuevo para él.

—Di algo en el idioma de Ambria —le retó. Por suerte comprendía un poco de su idioma natal, siempre que no dijera algo muy complicado. No lo había hablado desde niño, pero en ocasiones aún soñaba en ese idioma.

La joven no parecía dispuesta a aceptar la pequeña prueba. Abrió los ojos tan desmesuradamente que, por un instante, emitieron un destello de ira.

—No —contestó con firmeza—. No tengo que demostrar nada.

—¿En serio? —él echó la cabeza hacia atrás—. ¿Irrumpes en mi apartamento y encima te das aires de grandeza?

—Yo no irrumpí —contestó indignada—. Entré sin más, como los demás asistentes a la fiesta. Yo… digamos que me uní, sin despertar la menor curiosidad, a un grupo que entraba.

Se encogió de hombros y recordó cómo se había colado en el ascensor con un grupo de ruidosos miembros de la sociedad más sofisticada de Londres, que la admitieron sin el menor reparo. Había sonreído a una bonita joven y ésta había reído.

—Mira, lleva un bebé —le había dicho a su pareja, un atractivo joven que ya había bebido demasiado—. Me gustaría tener un bebé —empezó a hacer pucheros—. Jeremy, ¿por qué no me dejas tener un bebé?

—¡Qué demonios! Bebés para todos —había gritado el joven mientras las puertas del ascensor se abrían—. Vamos —se tambaleó—.

Si voy a tener que repartir bebés por ahí, necesitaré otro trago.

Entre risas, el grupo había entrado en el apartamento, dejándola sola en la entrada. Nadie se había fijado en ella. En el salón divisó al anfitrión, que bailaba con una hermosa joven de cabellos negros, que se contoneaba como si estuviera enamorada, o como si hubiese bebido demasiado ron. Su primer impulso al contemplar la escena había sido el de desaparecer de allí. Y así había acabado en el despacho donde había encontrado un cajón que había utilizado como cuna para Cici.

—No recuerdo haberte invitado —observó él secamente.

—Me auto invité —ella alzó la barbilla desafiante—. El hecho de que no te fijaras en mí no me convierte en una criminal.

Él se contuvo para no contestar lo que ya tenía en la punta de la lengua. Aquello no les conducía a ninguna parte. Debían empezar desde el principio de nuevo. Para descubrir qué estaba pasando allí debía granjearse su confianza. Ponerla a la defensiva sólo sería contraproducente.

Necesitaba respuestas, no sólo por curiosidad sino por la evidente conexión con Ambria. Tenía que haber un motivo. No era habitual que las jóvenes de su país aparecieran sin más ante su puerta. De hecho, era la primera vez que sucedía.

—Lo siento —se disculpó a regañadientes respirando hondo para calmarse. Al desviar la mirada, sus ojos se posaron en el bebé.

Durante una época, mientras vivía con su enorme familia adoptiva, había pasado mucho tiempo con bebés y no le asustaban. Pero no había olvidado lo que sucedía cuando uno de ellos despertaba de un profundo sueño: normalmente, nada agradable.

—Escuche, vayamos a la cocina. Allí podremos hablar sin despertar al bebé.

—De acuerdo —ella se quedó parada—. ¿Puedo dejarla aquí tranquilamente?

Cici había vivido prácticamente pegada a ella desde que Sam la dejara atrás aquel lluvioso día de Texas hacía casi un siglo. Y sin embargo ni siquiera había pasado una semana. Sonrió, de repente divertida, con el aspecto de la niña metida en el cajón.

—Mira qué angelito. Parece un corderito.

—¿Qué tiempo tiene ese bebé? —él frunció el ceño.

Ésa era otra respuesta que no se atrevía a ofrecer con confianza. Sam no había dejado ningún papel, ni siquiera un certificado de nacimiento.

—Se llama Cici —contestó en un intento de ganar tiempo.

—Bonito nombre —él la miró airado—. ¿Y qué tiempo tiene?

—Unas seis semanas —intentó en vano aparentar seguridad—. Puede que dos meses.

Él la miró perplejo. La palabra «escepticismo», apenas describía lo

que debía pensar.

—Me cuesta recordarlo —ella sonrió abiertamente—. El tiempo vuela.

—Cierto.

Ayme lo siguió fuera del salón. Él agarró de pasada una camisa del armario del pasillo y se la puso, aunque sin abrochar, y ella desvió la mirada para que no la descubriera mirándolo. Al hacerlo se fijó en el enorme ventanal que abarcaba toda una pared.

Caminó hacia él sin apenas respirar. Eran las cuatro de la mañana, pero el paisaje era el de una ciudad bulliciosa. De repente le sobrevino una sensación de asombro. Allí abajo, en la calle, había mucha gente, cada uno con su vida, avanzando como si todo fuera normal. Pero no era normal. El mundo se había tambaleado días atrás. Nada volvería a ser igual. ¿Es que aquella gente no se daba cuenta?

Durante un instante le sobrecogió el deseo de ser una de esas personas que atravesaban la ciudad en un flamante coche hacia un futuro que no incluía la tragedia ni el dolor, que ella sabía le aguardaba en cuanto finalizara su aventura británica.

—¡Madre mía! Desde aquí se ve todo Londres —exclamó con la nariz pegada al cristal.

—No del todo —contestó él mientras contemplaba las luces de la ciudad. Le gustaba ese lugar. Estaba cerca de sus oficinas, céntrico y perfecto para dirigir la rama británica del negocio naval de su padre adoptivo—. Aunque desde luego es una vista bastante espectacular.

—Ya te digo —ella se apoyaba de puntillas contra el cristal, como si estuviera a punto de salir volando sobre la ciudad.

David estaba a punto de pedirle que apartara los dedos de los cristales, pero al contemplarla cambió de idea. Las largas piernas y la inusual postura le hacían parecer una desgarbada jovenzuela, aunque en realidad no debía de serlo. Vestida con una cortísima falda, esas piernas parecían extenderse infinitamente y decidió disfrutar de la vista hasta que ella se cansó y se apartó de la ventana.

—Las ciudades dan un poco de miedo —observó en tono casi caprichoso—. Da la sensación de que cada uno va a lo suyo.

—Eso es porque no estás acostumbrada a este lugar —él se encogió de hombros—. Es un territorio inexplorado y los rostros parecen feos y casi malvados.

—Así me sentí yo al venir aquí —ella asintió, aparentemente encantada de que lo hubiera comprendido—. Me sentí como una forastera en una ciudad extraña.

Él estuvo a punto de sonreír. No quería sonreír. Debía mantenerse alerta con esa mujer. Aún no sabía por qué estaba allí, y sus motivos podrían costarle la vida.

—Esta parte de la ciudad no es extraña —contestó secamente. El

alojamiento era de lujo y le costaba un ojo de la cara—. A lo mejor echas de menos las reses y los cadillac.

—No es la primera vez que salgo de Texas —ella le dedicó una mirada altiva—. En mi último año de facultad pasé un semestre en Japón.

—Una trotamundos, ¿eh? —de inmediato lamentó haber sido tan cruel y desvió la mirada. Debía tener cuidado. La conversación empezaba a adentrarse por derroteros demasiado personales. Debía cortarlo de raíz. Había que ponerse serios.

La guió hasta la ultramoderna y espaciosa cocina con muebles de acero y paredes verdes. Sacó dos tazas de un armario y metió dos cápsulas en la máquina. En diez minutos había preparado dos tazas de humeante café.

—De acuerdo, oigámoslo.

—¿Qué? —ella se sobresaltó.

Él la miró a los ojos y vio en ellos un atisbo de inquietud. Aparentaba ser muy abierta, casi ingenua, una joven despreocupada dispuesta a comerse el mundo. Pero sus ojos hablaban de una realidad más sombría. En esos ojos había tragedia, miedo, incertidumbre. Esperaba que lo que fuera que ocultara no tuviera nada que ver con él.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó de nuevo—. ¿Por qué arrastras en medio de la noche a un bebé por una ciudad extraña? Y, sobre todo, ¿cómo entraste aquí?

—¡Vaya! —ella lo miró fijamente durante unos segundos antes de intentar un amago de sonrisa—. Ésas son muchas preguntas para una chicha medio dormida.

—Me has puesto a un bebé de seis semanas bajo las narices —le recordó sin el menor gesto de simpatía—. De modo que, explícate.

—De acuerdo —ella respiró hondo como si todo aquello le supusiera un esfuerzo—. Creo que ya he explicado cómo entré aquí. Me uní a un grupo de invitados y nadie se dio cuenta.

Él emitió un gruñido mientras pensaba en unas cuantas cosas que le iba a decir al portero más tarde.

—Tal y como he dicho, me llamo Ayme Negri Sommers y soy de Dallas, Texas, y… —tragó con dificultad antes de mirarlo a los ojos—. Busco al padre de Cici.

Aquello fue como un puñetazo en la boca del estómago. Sus miradas se fundieron y él supo que caminaba sobre un campo minado y que debía tener mucho cuidado.

—¿En serio? —intentó mantener un tono de voz neutral—. ¿Y dónde lo perdió?

—Ése es el problema —ella se tomó la pregunta en serio—. No estoy muy segura.

Él la miró fijamente. ¿Acaso bromeaba? Nada de lo que decía

aquella joven tenía sentido.

—Pero una fuente muy fiable —continuó ella mientras lo miraba con las manos apoyadas en las caderas— me hizo saber que podrías ayudarme.

La mina acababa de aparecer ante sus ojos. ¡Cuidado!

—¿Yo? —preguntó mientras intentaba no reflejar la ansiedad que sentía—. ¿Por qué yo?

—Por eso es todo tan difícil —ella se interrumpió y miró al suelo visiblemente incómoda—. No lo sé. Mi fuente dijo que sabrías dónde encontrarlo —lo miró a los ojos, expectante.

—¿De modo que cree que lo conozco? —preguntó él—. Porque, evidentemente, no soy yo.

Ella dudó demasiado tiempo y él no pudo evitar mostrar su exasperación.

—¡No puedes pensarlo en serio! Creo que me hubiera acordado de un pequeño detalle como ése y, si de algo estoy seguro es de que no te había visto en mi vida —sacudió la cabeza.

—No te estoy acusando de nada —ella suspiró.

—Me alegro. Entonces, ¿qué haces aquí?

—De acuerdo —Ayme respiró hondo—. La persona que me aconsejó que te buscara es un socio de la firma de abogados en la que trabajo.

—¿En Texas? ¿Y él cree saber a quién conozco yo? —sacudió la cabeza de nuevo y empezó a caminar por la cocina—. Esto es absurdo. ¿Cómo sabe mi nombre siquiera?

—Me dijo que te mueves en los mismos círculos que el padre de Cici. Me dijo «no te preocupes, él sabrá cómo encontrarlo».

—¿Eso dijo? —por algún motivo aquella conversación le estaba despertando una profunda ira—. Y esa persona que se supone es el padre de Cici, y a la que se supone yo conozco, ¿cómo se llama?

Ella se apartó, incómoda. En el momento de trazar su plan, camino del aeropuerto de Dallas, todo había parecido muy sencillo. Volaría a Londres, encontraría al padre de Cici, le entregaría al bebé y regresaría a su casa. No había contado con tener que darle explicaciones a una tercera persona. Analizada fríamente, la historia no tenía mucho sentido.

Un aspecto en concreto le iba a sonar realmente estúpido a ese hombre y esperaba mantenerlo oculto todo el tiempo que pudiera.

—Bueno… —se volvió a él y suspiró—, ése es el problema. No estoy segura de su nombre verdadero.

Él la miró fijamente. La situación era cada vez más absurda. Aquella mujer buscaba a un hombre que había engendrado a su bebé. No sabía dónde estaba. No sabía cómo se llamaba. Pero había acudido a él en busca de ayuda. ¿Se suponía que debía acudir en su rescate?

¿Por qué exactamente?

Cierto que tenía fama de conocer a todo el mundo perteneciente a un determinado estrato social. Él mismo se había ocupado de ello con fines personales, pero necesitaría algo más. No podía empezar a adivinar sin más.

—¿Qué piensas hacer cuando lo encuentres? ¿Tienes planeado casarte con ese tipo?

—¿Cómo? —ella lo miró espantada, la mera idea era estrambótica —. Por supuesto que no.

—Entiendo —contestó él, aunque no entendía nada.

Ayme se mordió el labio. Estaba demasiado cansada para pensar coherentemente. Sólo quería dormir. Quizás las cosas se verían más claras por la mañana.

—¿Cómo se supone que voy a encontrar a alguien si ni siquiera sé su nombre?

—Si fuera tan sencillo, lo habría hecho yo misma —lo miró con exasperación.

—O sea que soy tu último recurso, ¿no es así?

—Más o menos —ella asintió tras reflexionar durante unos segundos—. ¿Podrás ayudarme?

Él contempló el bonito rostro que enmarcaba los adormilados ojos y los cabellos rubios que caían salvajes a su alrededor. El labio inferior temblaba ligeramente.

De repente tuvo una visión en la que le explicaba claramente que no iba a ayudarla. Que le estaba pidiendo un milagro sin ofrecerle nada a cambio. Que tenía mejores cosas que hacer que correr por todo Londres buscando a alguien que jamás iba a encontrar. Que aquello era una locura.

La visión terminaba cuando le entregaba algo de dinero para que se buscara un bonito hotel. Era el sueño perfecto.

Sin embargo, al mirarla supo que no iba a hacer nada de eso. Tenía los ojos anegados en lágrimas, como si le hubiera leído la mente y supiera que quería deshacerse de ella y de sus problemas.

—Muy bien —contestó David a regañadientes mientras mantenía los puños fuertemente apretados para evitar ofrecerle un consolador abrazo—. Si todo este asunto te supera, dado tu actual estado de histeria… —añadió con cinismo.

—¡Yo no soy una histérica! —clamó la joven indignada.

—Es una cuestión de puntos de vista —él alzó una ceja—, y tampoco demasiado relevante. Procedamos de manera metódica y lógica. Puede que así consigamos llegar a alguna parte.

—¿De vuelta a la cama? —gimió ella con un atisbo de esperanza.

—Aún no —él había reanudado los paseos por la cocina—. Necesito que primero me aclares algunas dudas. Empecemos. ¿Qué te

une a Ambria? Quiero la historia completa.

Había dejado de preguntarse si su propósito era lastimarlo. La absoluta inocencia que mostraba no podía ser fingida. Y, en cualquier caso, ¿qué clase de asesino incompetente enviaría a una joven con un bebé para hacer el trabajo sucio? No tenía sentido.

—Mis padres nacieron en Ambria —empezó—. Y yo también, justo antes de la rebelión. Mis padres biológicos murieron durante las revueltas. No les recuerdo. Me sacaron de allí junto con otros niños y me enviaron a los Estados Unidos. Enseguida me adoptaron, yo sólo tenía dieciocho meses, por lo que en lo que a mí respecta, mis padres adoptivos son mis únicos padres —se encogió de hombros—. Fin de la historia.

—¿Bromeas? Apenas hemos comenzado —se cruzó de brazos y la miró—. ¿Quién te habló de tu pasado en Ambria?

—Los Sommers también eran originarios de Ambria. Eran estadounidenses de segunda generación, creo. Ellos me contaron algunas cosas y el resto lo leí en los libros que tenían en casa —sacudió la cabeza—. Pero no puede decirse que me sumergiera en su cultura.

—Sin embargo, sabes lo de la rebelión. Sabes lo de la familia Granvilli y cómo encabezaron un golpe de estado ilegal, que causó la muerte de muchas personas y les otorgó el gobierno de una antigua monarquía que debía haber permanecido inalterada.

—Esto… supongo —ella parpadeó.

—Pero no sabes gran cosa, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—¿Te queda familia en Ambria? —él la miró con gesto especulativo.

—¿Familia? No, que yo sepa.

—¿Fueron asesinados por los rebeldes?

—No sé si los rebeldes los mataron —Ayme pestañeó y sacudió la cabeza.

—¿Y quién crees que los mató?

—Pues, para serte sincera —se humedeció los labios—, no sé de qué lado estaban.

Estaba estupefacto. La idea de que una persona decente pudiera apoyar a los rebeldes que habían matado a sus padres y usurpado el poder en su país no cuadraba y la desechó de inmediato. Si tenía la oportunidad, descubriría quiénes habían sido sus padres y qué papel habían jugado. Ella debería tener esa información.

—Y ahora que sabemos quién eres, vayamos al tema que nos ocupa realmente. ¿Exactamente qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho —ella suspiró.

—Lo que me has dicho son un montón de tonterías. ¿De verdad

esperas que me crea que tuviste un bebé sin saber quién era el padre? No tiene sentido, Ayme. ¿Qué tal si me cuentas la verdad?

Ella se sentía como un pájaro atrapado en su jaula. Odiaba mentir. Seguramente por eso lo hacía tan mal. Tenía que contarle algo y que resultara convincente. Si se negaba a ayudarla tendría graves problemas.

Pero antes de poder inventarse algo se escuchó un berrido al otro lado del apartamento. Ayme miró en dirección al sonido con la incertidumbre marcada en el rostro. ¿Por qué se negaba a dormir más de una hora seguida?

—Le he dado de comer hace apenas una hora —ella pensó en el menguante arsenal de leche que llevaba—. ¿Tendrá hambre de nuevo?

—Por supuesto —contestó él—. Estarían comiendo todo el tiempo. Pero, claro, ya te habrás dado cuenta.

—Pero en el libro pone cada cuatro horas… —se mordió el labio.

¿Esa mujer aún utilizaba un libro?

—Los bebés no llevan reloj —sintió un ligero brote de simpatía por esa madre primeriza, acompañado de una buena dosis de impaciencia.

—Cierto —ella lo miró con amargura—, pero a veces bien podrían consultar la hora.

Él sonrió sin poder evitarlo. Si no se controlaba, acabaría gustándole. De modo que la siguió al despacho y observó cómo acariciaba torpemente la cabecita del bebé, que lloraba desconsoladamente. Desde luego las caricias no le estaban haciendo ningún bien y, aparentemente, Ayme no tenía ni idea de qué hacer para acallar sus gritos.

—¿Por qué no pruebas a cambiarle el pañal? —sugirió—. Seguramente esté sucia.

—¿De verdad? —la idea parecía nueva para ella—. De acuerdo. Lo intentaré.

Llevaba consigo una enorme bolsa llena de cosas para el bebé, pero no parecía saber qué buscar. David la contempló revolver durante unos minutos antes de dar un paso al frente y sacar una manta que extendió sobre el sofá.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Estoy seguro. Sólo intentaba ayudar.

—Lo sé —ella parecía lamentarlo sinceramente—. Lo siento.

A continuación sacó un pañal de la bolsa y lo extendió sobre la manta antes de sacar a Cici del cajón.

—Ya verás, mi niñita —le habló al bebé con dulzura—. Vamos a ponerte guapa y limpia.

David se hizo a un lado y observó, con los brazos cruzados sobre el pecho y una cínica sonrisa en el rostro. La joven no parecía muy segura. Cici sólo lloriqueaba, pero juraría que miraba a la mujer que

tenía enfrente con cierta aprensión.

—¿No podrías irte a otra parte? —murmuró ella, claramente nerviosa ante su presencia, como si no supiera realmente qué hacer.

De una cosa estaba seguro: aquella mujer no tenía ni idea de cómo cuidar de un bebé. De repente se le ocurrió. No era la madre. No podía serlo. En seis semanas habría tenido tiempo suficiente para aprender más de lo que aparentaba saber.

—Muy bien, Ayme Negri Sommers —preguntó con firmeza—. ¿De quién es el bebé?

—Mío.

—Mentirosa.

—De acuerdo —ella lo miró con la angustia reflejada en su bonito rostro. Al fin alzó las manos—. No es mía realmente —suspiró—. ¿Cómo lo has sabido?

—Para empezar, no tienes ni idea de cómo cuidar de un bebé —David tomó el pañal y empezó a moverse con evidente destreza—. Y aún lees un libro para saber qué tienes que hacer.

—Supongo que era inevitable —Ayme suspiró de nuevo—. En el fondo es un alivio. Odio mentir —lo miró con más gratitud que resentimiento—. ¿Cómo es que sabes tanto de bebés?

—Crecí en una familia muy grande. Todos teníamos que ayudar.

—Nosotros no teníamos ningún bebé cerca. Sólo estábamos Sam y yo.

Tras cambiarla y ponerle un pañal limpio, David la tomó en brazos y le apoyó la cabecita contra su hombro. La niña, visiblemente a gusto, se acurrucó como si se sintiera feliz de estar en brazos de alguien que sabía lo que hacía. Sonrió complacido. Era como montar en bicicleta: una vez que se aprende a sujetar a un bebé, no se olvida jamás.

—¿Quién es esa Sam de la que no paras de hablar? —se volvió de nuevo hacia Ayme.

Ella tragó con dificultad. La respuesta iba asociada a emociones muy distintas.

—Mi… mi hermana, Samantha. Ella era la verdadera madre de Cici.

Por primera vez desde que hubiera abandonado precipitadamente su hogar, el horror se cernió sobre ella. Las piernas le temblaban y tuvo que dejarse caer en el sofá, con los ojos cerrados, en un intento de ahuyentar la negrura que amenazaba con desbordarla cada vez que se permitía el lujo de pensar en Samantha siquiera unos segundos. Lo mismo sucedía con sus padres. El accidente también se los había llevado a ellos. A toda su familia.

Era demasiado para poder soportarlo. Si se permitía pensar en ello, en el vacío que le aguardaba cuando regresara a Dallas, la burbuja en

la que vivía explotaría al instante. No podía pensar en ello y no podía hablarle de ello a David. Todavía no. Quizás nunca. El dolor era demasiado reciente para controlarlo.

—Sam murió en un accidente de coche hace unos días —habló con voz trémula—. Yo… yo cuidaba de Cici cuando sucedió. Fue tan repentino…

Tomó aire y se calmó antes de aclarar la garganta y proseguir.

—Ahora intento llevarla al lugar al que pertenece. Intento encontrar a su padre —levantó la vista sorprendida al descubrir que lo había dicho y que seguía indemne—. Ya lo sabes todo.

Él la miró fijamente. Los oscuros ojos parecían dos heridas en medio del bonito rostro. La tragedia que reflejaba su voz también la mostraba su lenguaje corporal. No dudó ni por un segundo que le había dicho toda la verdad y le conmovió de una manera que no se había esperado.

Sintió una tremenda necesidad de dejar al bebé y tomar a aquella mujer en sus brazos. Si alguien necesitaba consuelo, ésa era Ayme. Sin embargo se contuvo. No saldría bien. Lo último que necesitaba era compasión. El menor gesto de simpatía seguramente haría que se derrumbara emocionalmente y ninguno de los dos querría tal cosa, de eso estaba seguro. Desvió la mirada e hizo una mueca de desagrado.

Sin embargo, seguía sin comprender por qué había acudido a él.

—Ayme, yo no soy el padre de Cici.

—Eso ya lo sé.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —sacudió la cabeza sin comprender.

—Vas a ayudarme a encontrarlo —ella se encogió de hombros y lo miró con expresión seria—. Tienes que hacerlo. Y dado que has nacido en Ambria…

—Yo no he dicho que naciera en Ambria —le interrumpió rápidamente.

Era algo que debía dejar claro. Por lo que al resto del mundo respectaba, era ciudadano de Holanda, nacido y criado en Holanda. Así había sido durante veinticinco años, y así debía seguir siendo.

—Bueno, es que sabes muchas más cosas sobre Ambria que la mayoría de la gente.

—Cierto —admitió a regañadientes.

Ayme se levantó del sofá y empezó a pasear por la estancia. Estaba agotada, pero su trabajo no había terminado. Miró a David y comprobó que Cici se había dormido acurrucada contra su hombro.

—Ojalá me hubieras acompañado durante el viaje en avión —suspiró.

—No intentes cambiar de tema —él dejó al bebé con delicadeza en la cuna improvisada—. Si quieres mi ayuda, tendrás que darme algo más. No puedo hacer nada si no comprendo en qué límites me estoy

moviendo.

Ella asintió. Tenía razón. Pero, ¿qué podía decir para explicar aquella locura? Se acercó inquieta a la puerta y se apoyó contra el marco. Desde allí tenía una panorámica del salón y el enorme ventanal. Las luces de la ciudad lo impregnaban todo de energía.

Y se puso a pensar, ¿qué sucedería si todas esas luces se apagaran una noche?

Asintió, consciente de que las estrellas ocuparían su lugar, creando una dinámica completamente distinta. No sabía qué prefería en esos momentos, la enloquecedora energía o la tranquilizadora luz de las estrellas. Pero sus preferencias no importaban, tenía un asunto que tratar.

Echó la cabeza hacia atrás y empezó a hablar.

—Sam no me contó mucho sobre el padre de Cici. En realidad, hacía casi un año que no sabía nada de ella cuando apareció con un bebé en brazos. Yo no tenía ni idea… —apoyó una mano en la frente y recordó la conmoción que había supuesto el regreso de Sam—. De todos modos, sí me contó que el padre de Cici era de Ambria, que lo había conocido durante un viaje a Londres y que lo único que deseaba era encontrarlo y que conociera a su bebé.

Por supuesto, había habido otros momentos en los que Sam se había comportado como si Cici no le importara lo más mínimo, sobre todo cuando se marchaba sin ella, pero él no tenía por qué saberlo.

Se apartó de la puerta y contempló a David arropar a Cici. No era habitual ver a un hombre tan grande, fuerte y atractivo hacer algo así. Al menos a ella no le parecía habitual. A lo mejor debería salir más a menudo.

La pequeña al fin recibía un poco de la atención que se merecía. Recordó lo desapegada que le había parecido Sam con respecto al bebé. Aunque quizás se debiera a su precaria situación. De haber encontrado al padre de Cici, y de haber formado una verdadera familia con él, quizás las cosas hubieran sido diferentes.

—Pero ya no podrá hacerlo —murmuró antes de fruncir el ceño. No podía permitirse caer en la melancolía. No serviría de nada.

—¿Y no mencionó el nombre de ese tipo? —él se colocó frente a ella.

—Mencionó un nombre, pero…

—¿Qué nombre? Debes decírmelo, Ayme. No sé cómo podre ayudarte si no me lo dices.

—¿Alguna vez contemplas las estrellas? —ella se dirigió al ventanal, seguida de David.

—No mucho —contestó él con impaciencia—. ¿Quieres no desviarte del tema?

Ayme respiró hondo y lo miró con expresión de estar realizando un

gran esfuerzo.

—¿Sabes algo de los desaparecidos miembros de la familia real de Ambria? —preguntó.

Capítulo 3

Durante un segundo, David pensó que había oído mal, hasta que las implicaciones de las palabras de Ayme lo asaltaron de golpe. Apenas podía respirar.

—Eh… claro —intentó hablar con normalidad—. He oído hablar de ellos. ¿Por qué?

—Bueno —Ayme se encogió de hombros—. Sam aseguró que el padre de Cici era uno de ellos.

—Qué interesante.

David tosió. No era la primera vez que oía decir a alguien que hubiera descubierto a algún miembro de su familia, pero la mayoría de las veces se quedaba en nada. No obstante, una de esas informaciones sí había resultado ser fiable y, tras seguirle la pista, había encontrado a su hermano mayor, el príncipe heredero. Quizás tuviera más hermanos vivos. ¿Podría ser?

—¿Cuál de ellos? —preguntó intrigado y emocionado, aunque sin demasiadas esperanzas.

—Dijo que era el segundo —ella lo miró con sus enormes ojos marrones—, Darius.

La habitación pareció expandirse antes de contraerse, como si hubiera ingerido algún alucinógeno, y tuvo que recurrir a toda su fuerza para no caerse. Ayme seguía hablando, algo sobre su hermana, pero él era incapaz de concentrarse en sus palabras.

Sam lo había nombrado… lo había nombrado como el padre del bebé. Era imposible. Increíble. Un error. ¿No?

Hizo un cálculo rápido. ¿Dónde había estado hacía diez o doce meses? ¿Con quién había salido? Durante algún tiempo había buscado el amor en los lugares equivocados. Durante una época de su juventud se había dedicado a conquistar primero y preguntar después. No estaba orgulloso de aquello, y estaba seguro de que esos tiempos habían quedado bien atrás. Pero, ¿qué había hecho el año anterior? ¿Por qué no conseguía recordarlo?

Se fijó en la carita de Cici. ¿Había algo que le resultara familiar? ¿Había sentido alguna clase de conexión? ¿Una mágica sensación de parentesco? ¿Algún lazo? ¿Algo?

Durante largo rato buscó angustiosamente en su corazón. Pero enseguida decidió que no había nada de eso. Estaba seguro de ello. Era una locura siquiera pensarlo.

—¿Has oído hablar de él? —preguntaba Ayme—. ¿Sabes algo de él? ¿Algo que podamos utilizar para encontrarle?

—¿Podamos?

David comprendió rápidamente. Aquella joven pretendía que lo dejara todo para ayudarla. El problema era que iba a tener que hacer justo lo contrario. Tenía que desaparecer enseguida. Aquello era muy

peligroso para él y Ayme no era consciente de ser una especie de granada que alguien había arrojado en su apartamento y que podría explotar en cualquier momento. El menor movimiento podría hacer que su vida saltara por los aires.

—No —contestó secamente—. Además, ¿por qué crees que yo debería saber todas esas cosas?

—Ya te dije que me dieron tu nombre como el de alguien que podría ayudarme.

Ella parecía nerviosa. Odiaba tener que defraudarla, pero aquello era muy serio y le dedicó toda su atención.

—¿Te dio mi nombre?

Un escalofrío le recorrió la columna al comprender plenamente el sentido de sus palabras. Su instinto de supervivencia se activó.

—¿Quién te dio mi nombre?

—Un socio de mi firma de abogados. Trabaja mucho en Ambria y te conoce.

David reflexionó sobre ello. Sus orígenes en Ambria sólo eran conocidos por tres o cuatro de sus socios más próximos. Para la mayoría del mundo era holandés. ¿Cómo demonios iba a saber alguien en Texas la verdad?

—¿Cómo se llama? —la miró fijamente como si pudiera arrancarle la respuesta con los ojos.

—Carl Heissman. ¿Lo conoces?

Lentamente, David sacudió la cabeza. Jamás había oído ese nombre, al menos no lo recordaba.

—Yo no lo conocí hasta que… —ella se encogió de hombros.

—¿Cómo contactaste con él? ¿Acudiste a él en busca de ayuda?

—No, no fue así. Fui al despacho para pedir unos días de permiso y le hablé de Cici…

—¿Y cómo contactó él contigo?

—Mi jefe debió mencionarle mis intenciones y me llamó.

—¿Te dio mi nombre por teléfono? —el corazón de David golpeaba contra su pecho.

—No. Insistió en que nos encontráramos en un bar de la ciudad. Nos sentamos en la terraza.

—Donde nadie pudiera grabar la conversación —murmuró él para sus adentros.

—¿Qué?

Ayme empezaba a preguntarse por qué le estaba dando tanta importancia al asunto. Una de dos, o podía ayudarla o no. No entendía qué tenía que ver el hombre de Texas con todo ese asunto. Frunció el ceño para hacerle entender que no le estaba ayudando nada.

Sin embargo él no le prestaba atención. Sacudió la cabeza con claros signos de estar pensando en cosas que no pretendía compartir

con ella.

—Adelante.

—Bueno, por su manera de hablar pensé que te conocía. Me dio tu nombre, dirección e incluso se ofreció a pagarme el viaje.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa? —los ojos de David emitieron un destello.

—En su momento me pareció extraño —ella se encogió de hombros—, pero supuse que quizás era el despacho el que se había ofrecido a pagarlo. No lo acepté, pero…

—Pero no sabes a ciencia cierta quién es ni cuál es la verdadera conexión que tiene con tu firma de abogados, ¿verdad? Apareció sin más, como caído del cielo.

Ella lo miró furiosa por la interrupción.

—Tengo un número de teléfono al que se supone debo llamar si encuentro al padre de Cici —miró a su alrededor en busca de un teléfono—. ¿Crees que debería llamarlo?

David reprimió una exclamación. Era lo último que quería que hiciera.

—¿Aún no lo has llamado?

—No.

—Pues no lo hagas.

—¿Por qué no? —ella parpadeó perpleja.

—Para empezar, aún no has encontrado al padre de Cici, ¿verdad?

—Puede que no —ella lo escudriñó con la mirada y alzó la barbilla.

David se dio la vuelta. No podía consentir que llamara a ese número. Permitiría localizar su paradero con exactitud, pero, ¿cómo iba a convencerla sin descubrir todo su pasado?

Quienquiera que fuese ese Carl Heissman, estaba jugando a un juego mortal. Debía pensar con rapidez y considerar todas las posibilidades.

Volvió a mirar a la joven, estudiando su rostro, intentando descubrir algún detalle que pudiera haber pasado por alto. ¿Por qué estaba allí realmente? ¿Se trataba de un complot? ¿Un plan para hacerle salir de su escondite?

Fuera lo que fuera, tenía que irse de allí de inmediato y rezar para que quienquiera que fuera tras él no estuviera ya sobre la pista. O peor: que ya estuviera allí y aún no se hubiera manifestado. Oyó un ruido a su espalda y saltó como un gato escaldado.

No había sido nada, esa vez no. La inquietud lo sobrecogió plenamente de nuevo. Ayme había invadido su espacio como la avanzadilla de un pequeño ejército enemigo y no le quedaba más remedio que permanecer constantemente en alerta. No podía permitirse el lujo de confiar en ella. Entornó los ojos y la miró de

arriba abajo.

De repente sonó el teléfono.

Sus miradas se fundieron durante unos eternos segundos.

David se acercó al aparato y descolgó mientras consultaba la pantalla de identificación. Estaba en blanco.

Su rostro se volvió pétreo y el corazón le latía con tanta fuerza que apenas podía respirar. La pantalla jamás estaba en blanco. Como mínimo, indicaba que se trataba de un número privado. Pero en aquella ocasión estaba en blanco.

No podía contestar. Si lo hacía, quien llamara sabría con total certeza dónde se encontraba en esos momentos. No le cabía la menor duda de que la llamada no tenía como objeto celebrar una animada charla. Era el peligro al que siempre había estado expuesto y hasta que lograra comprender mejor la naturaleza de la amenaza, debía evitarlo a toda costa.

Más aún, tenía que marcharse de allí.

Se volvió hacia Ayme, preguntándose si habría captado la connotación de esa llamada, incluso si sabría quién llamaba. Pero su rostro reflejaba inocencia y su mirada lo interrogaba con curiosidad. No era posible que una experta mentirosa y actriz tuviera esos ojos. No, ella sabía tanto como él. Apostaría cualquier cosa.

—Muy bien, querías dormir —David colgó el teléfono—. ¿Por qué no te acuestas en el dormitorio de invitados? Duerme unas cuantas horas. Te sentirás mejor por la mañana.

—Estupendo —sus ojos reflejaron la gratitud que sentía.

Tan sólo esperaba que Cici tuviera la misma compasión de ella y le diera la oportunidad de dormir profundamente. Los últimos días, la norma habían sido las pequeñas siestas.

Miró a David. Sus ojos se veían enturbiados por algún problema que, sin duda, barruntaba en su mente y el atractivo rostro parecía tenso. Su gratitud hacia él aumentó.

Había tenido suerte de que aceptara su presencia con tanta calma. Cualquier otra persona ya la habría echado de su casa, pero él estaba dispuesto a permitirle quedarse. Gracias a Dios, pues no estaba segura de poder pensar con la suficiente claridad como para conseguir una habitación de hotel, sobre todo llevando a un bebé a cuestas. Había sido un detalle estupendo por su parte invitarla a quedarse. Se moría de ganas de tumbarse en la cama y dejar que el sueño se apoderara de ella.

De repente cayó en la cuenta de que él no había dicho nada sobre dormir también.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó con cierta desconfianza.

—Tengo que resolver algunos asuntos —David se encogió de hombros, aunque se notaba que su mente estaba a kilómetros de allí.

Ayme sabía que era una excusa, pero no quiso presionarle. Estaba demasiado cansada para enfrentarse a él. La imagen de unas sábanas y una almohada era lo único que le seducía en esos momentos. De modo que lo siguió hasta el dormitorio de invitados y esperó mientras él acomodaba a Cici en su cuna improvisada junto a la cama sin despertarla siquiera. Desde luego, tenía buena mano con los bebés.

Ayme sonrió mientras lo veía arropar a la niña.

—Luego te veo —dijo él secamente.

Ella asintió y esperó a que cerrara la puerta tras él para quitarse la falda y la blusa y meterse en la cama en ropa interior. Se durmió de inmediato, pero, por alguna razón empezó a soñar con hombres altos y de oscuros cabellos que se parecían mucho a David.

Mientras tanto, David no perdía el tiempo. Se había preparado para ese día desde que comprendiera las consecuencias en caso de que lo encontrara la sádica familia Granvilli, que se había apoderado de su país. Sabía que pretendían eliminar cualquier vestigio de la familia real de Ambria, dondequiera que estuviera. No querían dejar ningún fleco que supusiera una amenaza para el horrible reino del terror que habían instaurado.

Y él y su hermano mayor, Monte, eran una amenaza, lo supieran los Granvilli o no. En cualquier caso lo eran, y ya habían concertado una reunión en Italia a finales de la semana con otros exiliados de Ambria para empezar a planificar su regreso al poder. Había avisado en la oficina que estaría un tiempo fuera y no pasaría nada por adelantar el viaje unos días y dirigirse a Italia por una ruta más segura. Nadie sabía qué obstáculos podría encontrarse en el camino.

Alguien había dicho una vez que nada digno de poseer era sencillo y en esos momentos cobraba pleno sentido para él. La lucha por recuperar su país iba a ser dura, pero estaba dispuesto a iniciarla.

Pero tendría que hacerlo solo. De ninguna manera podría llevarse a Ayme con él, ni había ningún motivo para hacerlo. ¿Por qué sentía esa responsabilidad hacia ella? Intentó ignorarlo. Estaría perfectamente bien. Dos horas antes ni siquiera sabía de su existencia. ¿Por qué sentía que le debía algo?

En cambio, al pueblo de Ambria se lo debía todo. Y ya era hora de devolverle el favor.

Tenía que ultimar los preparativos y destruir documentos que no deberían ver las personas equivocadas. Le llevó cierto tiempo hacerlo mientras seguía pendiente de una nueva llamada. Sin embargo, la noche se pasó sin más interrupciones. Cuando hubo acabado, el cielo empezaba a adquirir un tono rosáceo.

Se puso un jersey azul de cachemir y terminó de vestirse a toda

prisa antes de mirar a su alrededor. Dudó un segundo ¿Tendría tiempo para meter algunas cosas en una bolsa de viaje? Necesitaría llevarse algo de ropa.

Se puso la chaqueta de cuero y se dirigió a la puerta. A pesar de todos sus razonamientos, se sentía fatal por dejar a Ayme atrás. Estaba sola en la ciudad y no conocía a nadie.

Soltó una amarga carcajada. Ella no lo conocía en absoluto. Y por eso era todo tan ridículo. Aun así se paró ante la puerta. Podría llamar al conserje desde su coche y pedirle que cuidara de ella. Desde luego. Podría hacerlo. Ella estaría bien.

Avanzó un paso más y se paró en seco antes de soltar un juramento. No podía dejarla.

No sabía quién había llamado. No sabía quién andaba tras él, salvo que con toda seguridad era un enviado de los Granvilli. ¿Qué pasaría si el asesino llegara al apartamento después de que él se hubiera marchado? ¿Quién la protegería? Desde luego, el conserje no.

No podía dejarla atrás, a pesar de que había sido ella la que había atraído el peligro sobre él. Pero estaba casi seguro de que no tenía ni idea de lo que había hecho. Era una víctima inocente. No podía dejarla atrás.

Tras soltar un gruñido exasperado, volvió sobre sus pasos y entró en el dormitorio de invitados.

—¿Ayme? —llamó—. Siento despertarte, pero tengo que irme y no quiero dejarte aquí.

—¿Qué? —ella se sobresaltó. Había dormido menos de una hora. Casi nada—. ¿Cómo?

—Lo siento —insistió él—. Te vienes conmigo —miró a su alrededor—. ¿Has traído más ropa?

—Dejé mi bolsa en el rincón —ella pestañeó mientras intentaba encontrarle algún sentido a la pregunta.

—Vamos —David le tendió una mano.

—¿Adónde vamos? —ella le tomó la mano y la contempló como si se tratara de algún objeto extraño.

—Lejos de aquí —David tiró de ella suavemente, sin encontrar resistencia.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —la miró a los ojos en busca de algún atisbo de engaño—. Porque quedarse es demasiado peligroso.

—Ah…

Aquello pareció convencerle, pues saltó de la cama y se envolvió en la sábana mientras empezaba a buscar su ropa y David se daba la vuelta para dejarla sola. Sin embargo, algo en la imagen que retuvo en su retina le hizo pararse. Había algo en esa figura envuelta en la sábana, con un hombro al aire y la mayor parte de sus largas y

doradas piernas expuestas. Poseía una belleza natural y elegante que lo dejó sin aliento y le recordó algo. ¿Qué era? Algún cuadro histórico. Una fábula olvidada…

Ambria. La leyenda del lago. La familiar historia de pérdida y redención. Recordó sentarse en el regazo de su madre mientras ella pasaba las páginas del libro y le leía la leyenda.

—Mira, Darius, ¿no te parece hermosa?

La dama se sentaba sobre una enorme piedra que dominaba el lago y lloraba sobre las manos ahuecadas. El vaporoso vestido que llevaba se parecía mucho a la sábana de Ayme. Curioso. Hacía años que no había pensado en esa escena y de repente había regresado a su mente con toda claridad. Y había sentido la misma punzada de compasión que cuando era niño.

Bueno, no exactamente la misma. Ya no era un niño y la simpatía que sentía se mezclaba con otra cosa, algo que tenía mucho que ver con el aspecto tan suave que tenía esa piel, sobre todo cuando la sábana se deslizaba y dejaba expuesta la curvatura del pecho justo por debajo del sujetador sin tirantes.

El corazón le volvía a latir desbocado, pero en aquella ocasión no tenía nada que ver con ninguna llamada telefónica.

Ayme levantó la vista y lo pilló mirándola. La mirada que le devolvió fue fría e inquisitiva.

—¿Adonde dijiste que íbamos?

—No lo dije. Será una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas —ella frunció el ceño—. Podría quedarme aquí con Cici hasta tu regreso.

—No sé cuándo volveré. Si es que vuelvo.

—¡Oh! —ella se sobresaltó.

—Y no sabemos quién podría aparecer. De modo que lo mejor será que vengas conmigo.

—Entiendo —la gravedad reflejada en el tono de voz de David por fin la alertó—. En ese caso, ¿podrías disculparme? —necesitaba quitarse la sábana y desde luego no iba a hacerlo delante de él.

—Por supuesto —captada la indirecta, David inició su marcha hacia el salón.

Sin embargo, se paró y volvió a mirarla. ¿En qué estaba pensando? Demasiadas cosas relacionadas con lo que esa mujer le hacía a su libido y no las suficientes sobre lo que podía hacer para poner en peligro su vida.

—Espera un momento —volvió a entrar en la habitación—. Escucha, Ayme, necesito saberlo y tiene que ser ahora mismo. ¿Llevas algún micrófono o dispositivo de rastreo?

Ella sujetó la sábana contra el cuerpo con expresión estupefacta. ¿Se trataba de un juego de espías? Estaba demasiado aturdida como

para encontrarle algún sentido.

—¿Cómo? ¿De qué hablas?

—Lo digo en serio. Voy a tener que comprobarlo.

Ayme dio un paso atrás con los ojos desorbitados al comprender lo que pretendía.

—Ni lo sueñes.

—Espera —gruñó él—. Tengo que hacerlo. Lo siento. Si llevas algo encima, tendremos que deshacernos de ello.

—Te juro que no llevo nada.

—Eso no basta —le hizo un gesto para que se acercara—. Ven aquí.

—¡No!

El tono de voz era fuerte, pero le faltaba firmeza. Le había sorprendido su actitud y su fuerza de voluntad empezaba a desmoronarse. No era ningún pervertido, pero tampoco bromeaba. No sabía por qué, pero estaba segura de ello.

—Puede que lleves un micrófono sin saberlo —extendió una mano —. Déjame ver tu móvil.

En eso no había ningún problema.

—Sírvete —ella se lo arrojó mientras se ajustaba la sábana y se mantenía fuera de su alcance.

David sacó la batería del móvil y miró en su interior. Nada. Volvió a colocar la batería y apagó el teléfono antes de devolvérselo.

—Tendré que pedirte que lo mantengas apagado —le informó—. Un móvil encendido es un dispositivo de rastreo.

Curioso, y triste. Hasta hacía muy poco, apagar el móvil habría sido como cortarle el suministro de oxígeno. Sin embargo ya no le importaba. La mayoría de las personas de las que podría esperar una llamada ya no existía en su vida. Ignoró el hecho con un estremecimiento.

Su mente empezaba a aclararse y comprendió que todo ese ejercicio de seguridad no era la rutina habitual para un invitado, al menos no en su mundo. ¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Te importaría explicarme por qué de repente este lugar es tan peligroso? —lo miró furiosa—. ¿Y por qué tienes la necesidad de buscar micrófonos y dispositivos de rastreo? ¿Esperas alguna clase de invasión? ¿O es que eres así de amable?

—Sólo tomo precauciones —sus labios dibujaron un amago de sonrisa—. Mejor pasarse que lamentarlo.

—Ya —ella ladeó la cabeza—. Y yo que me he sentido toda la vida segura sin tener que registrar a nadie. Supongo que he sido una ingenua.

—Ayme, créeme, esto me gusta tan poco como a ti.

—¿En serio? —el tono de voz era cada vez más sarcástico, pero se

lo tenía merecido.

David dio un paso al frente y ella dio el correspondiente paso atrás.

—¿Podrías decirme exactamente qué estás buscando? —exigió saber—. ¿Lo reconocerás cuando lo veas?

—Sí —él asintió—. ¿Te importaría quedarte quieta un momento?

—Creo que no lo haré —ella se movió hacia un lado, aumentando la distancia entre ellos.

—Ayme, procura ser razonable.

—¡Razonable! —ella soltó una carcajada—. ¿Razonable? ¿Consideras razonable registrarme en busca de un micrófono? Yo lo llamo inaceptable. Y no pienso aceptarlo.

—Vas a tener que hacerlo.

—¿No crees que sería más lógico que los micrófonos estuvieran en mi ropa o mi maleta?

Él asintió. Tenía razón. Pero había otro elemento en aquella situación. Después de haber descubierto sus intenciones tenía que seguir adelante sin darle la oportunidad de deshacerse de algo que supiera que llevaba encima. El tren había empezado a descarrilar y tenía que llegar al final para conseguir algo.

—Voy a registrar tus cosas. Pero primero debo registrarte a ti.

—Ni te muevas —ella lo miró con severidad mientras alargaba una mano y colocaba una silla entre ellos—. ¿Por qué lo haces, David? ¿Quién te busca? ¿De quién sospechas?

—No tenemos tiempo para eso —él apartó la silla y se acercó un poco más.

—No, espera —Ayme rodó sobre la cama y se puso en pie del otro lado sin soltar la sábana.

Sabía que su éxito sería efímero, pero esperaba que él comprendiera lo poco que le gustaba aquello y que no estaba dispuesta a ceder.

—David, explícame qué ha cambiado —lo desafió—. Tiene que haber pasado algo. Cuando me descubriste te mostraste molesto, desde luego, pero esto es diferente. Estás en guardia y tenso —entornó los ojos—. Fue la llamada de teléfono, ¿verdad?

—Sí —admitió él tras dudar unos segundos.

—¿Sabes quién era?

—No, pero fue como una llamada de atención. Me hizo comprender que me mostraba demasiado descuidado respecto a ti.

—¡Descuidado! Siento discrepar.

—Ayme, ya basta —él la miró furioso—. Tenemos que irnos, pero primero debo registrarte. Alguien podría haberte colocado un micrófono de algún modo.

—¿Sin que yo me diera cuenta?

—Así es como lo hacen, Ayme. Son expertos en colocar

dispositivos en la ropa, en el bolso, incluso en tu cuerpo de maneras que ni siquiera te imaginarías.

—¿Quién? ¿Quién crees que podría hacerme algo así?

—No lo sé. Puede que el tipo ése que te dio mi nombre.

—También me dio tu dirección —ella sacudió la cabeza. No tenía sentido—. Si ya sabe dónde vives, ¿para qué iba a…?

—Ayme, no lo sé —se impacientó David—. Y cuando no sabes alguna cosa, lo mejor que puedes hacer es cubrir todos los flancos. ¿Te importaría quedarte quieta para que yo pueda echarte un vistazo? Te prometo que no…

—No —contestó con voz temblorosa, pero decidida—. De todos modos no serviría de nada. Lo he visto en televisión. Han desarrollado sistemas increíbles para esconder cosas en el cuerpo de las personas. No hay manera de descubrirlo. Y no te lo voy a permitir.

—¿Y crees que no lo sé? —él dejó caer las manos a los lados del cuerpo—. Sólo encontraré algo si está muy a la vista. Pero debo intentarlo. Escucha, Ayme, lo siento de veras, pero…

El rostro de la joven se iluminó. Había tenido una idea y lo miró dubitativa mientras se preguntaba si él accedería. No tenía nada que perder.

—Lo haré yo —anunció con firmeza.

—¿Lo harás tú? —él la miró perplejo—. ¿Harás qué?

—Lo haré yo misma. ¿Por qué no? —sonrió casi maliciosamente—. ¿Quién conoce mi cuerpo mejor que yo? Tendrás que confiar en mí.

¿Confiar en ella? No funcionaría. ¿O sí?

«¿Por qué no?», preguntó una voz en su cabeza. «Mira esa cara. Si no puedes confiar en esa mujer, no puedes confiar en nadie».

Y eso era precisamente lo que había decidido desde el principio, no confiar en nadie. Aun así, había momentos en los que había que hacer alguna concesión a la realidad.

—De acuerdo —accedió al fin—. Adelante. Veamos cómo lo haces.

—Yo veré cómo lo hago —le corrigió ella—. Tú mientras registrarás a mi ropa y mi equipaje. De espaldas a mí. ¿Lo has entendido?

—Ayme…

Ella le hizo un gesto con la mano para que se diera la vuelta. Estaba claro que no le quedaba otro remedio que obedecer para que pudieran salir de allí. De modo que, a regañadientes, hizo lo que le ordenaba.

Registró los efectos personales de Ayme con meticulosidad. Había asistido a clases de seguridad y no le importunó manipular bragas y sujetadores, pero no encontró nada. No le quedaba más remedio que confiar en que ella estuviera cumpliendo con su parte del trato.

—Lo entiendo, de veras —ella no paraba de parlotear—. Y quiero

hacerlo bien porque si me voy contigo, Cici y yo estaremos tan en peligro como lo estás tú.

—Eso es —contestó David—. Veo que lo has entendido.

—Y por eso quiero que sepas que estoy siendo realmente meticulosa.

—Me alegro.

—Estoy registrando cada rincón de mi cuerpo.

En la mente de David aparecieron imágenes en las que no debía recrearse y que desechó con un ligero estremecimiento.

—¿Has terminado? —preguntó mientras esperaba recibir el permiso para darse la vuelta.

—Casi. Escucha, vi un programa en televisión en el que esos pequeños dispositivos estaban metidos bajo la piel de un hombre. ¿Qué opinas? ¿Es posible?

—Desde luego.

—Perfecto entonces —ella dudó unos segundos—. He repasado cada centímetro de mi piel en busca de algún bulto extraño, y no he encontrado nada sospechoso. Pero para estar seguros…

Él se volvió y la miró. Estaba de pie, como antes, con la sábana sujeta alrededor de su cuerpo, mirándolo con esos enormes ojos marrones.

—¿Qué?

—No me veo la espalda —ella suspiró con tristeza—. Ni tampoco puedo alcanzarla.

—Entiendo —se quedó muy quieto sin despegar los ojos de ella.

—Tendrás que hacerlo tú —Ayme se humedeció los labios e intentó sonreír.

—Entiendo —repitió él. De repente se le secó la boca y tuvo la sensación de no haber respirado desde hacía largo rato.

—De acuerdo entonces.

David estaba más que dispuesto.

Capítulo 4

Aquello era de locos.

David soltó un juramento en voz baja mientras intentaba controlar la enloquecedora reacción que estaba experimentando. No era más que una mujer. Había estado con más mujeres de las que recordaba. Las mujeres no le ponían nervioso desde hacía años. Había tenido sus escarceos con algunas famosas: actrices, cantantes, incluso una torera, sin perder la calma. Entonces, ¿por qué latía su corazón de esa manera mientras se acercaba a Ayme para inspeccionar su espalda?

La joven lo esperaba tímidamente sujetando la sábana con fuerza al pecho, pero dejando al descubierto la espalda. La única interrupción la proporcionaba el trocito de raso del sujetador aunque él ni siquiera se fijó. Alargó una mano, la posó sobre la delicada nuca y empezó a deslizar los dedos por la cálida piel.

—De acuerdo, lo haré lo más deprisa que pueda —carraspeó en un intento de deshacerse del ridículo temblor en la voz—. Pasaré la mano por tu espalda unas cuantas veces.

—Adelante —contestó ella con valentía—. Podré soportarlo… pero no te recrees.

«No te recrees».

Las palabras resonaron en la mente de David una y otra vez. Ayme tenía la piel suave y cálida. Tentadora, y cada milímetro de esa piel parecía vibrar al contacto con su mano. Sin embargo se juró a sí mismo que no sentiría nada, por muy loco que le volviera. No iba a darse cuenta de lo bien que olía ni de la forma en que las deliciosas curvas parecían encajar a la perfección en su mano.

¿Por qué respiraba tan agitadamente? ¿Por qué se tensaba su cuerpo? Aquello era una locura. Reaccionaba ante ella como no había hecho ante ninguna mujer desde hacía años, a pesar de que lo único que hacía era buscar un dispositivo en su espalda… y sentirse seducido por el espléndido cuerpo. Cerró los ojos y deslizó la mano por última vez, bajando lo más que se atrevió, antes de dar un paso atrás.

—Será mejor comprobar también la ropa interior —su voz se quebró en mitad de la frase.

Se maldijo furioso y sintió cómo el rostro se ruborizaba como jamás le había sucedido. Ayme no se volvió. Metió la mano bajo la sábana y se quitó el sujetador y las bragas en dos rápidos movimientos para registrar las prendas ella misma.

—A mí me parecen limpias —seguía sin volverse hacia él—. Puedes comprobarlo tú mismo si quieres.

—Aceptaré tu palabra —contestó él.

Aquello era inaudito. Se sentía como si tuviera nuevamente dieciséis años. En la habitación se respiraba una tensión casi eléctrica.

¿Cómo habían llegado a esa situación? ¿Acaso era el único que lo sentía o a ella también le pasaba? No podía dejarse llevar. Se dio la vuelta para abandonar la estancia sin siquiera mirarla.

—Espera —dijo ella—. ¿Crees que estoy limpia?

—No he encontrado nada —David se volvió a regañadientes, pero sin mirarla—, por lo que supongo que lo estarás.

—Me alegro. ¿Entonces ya no sospechas de mí?

—Sospecho de todo el mundo, Ayme —él la miró a los ojos—. No te lo tomes como algo personal.

—Lo intento —ella se encogió de hombros—, pero no me resulta fácil.

Sus miradas se fundieron. David no era capaz de apartar los ojos de ella. En la voz de Ayme había habido un temblor, un hilillo de emoción, que lo había conmovido. De repente se sintió confuso y sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Vístete —le ordenó secamente en cuanto consiguió apartar la mirada y mientras se dirigía a la puerta—. Nos vamos enseguida.

Ayme no contestó y él se dirigió a la cocina, donde se bebió de golpe un vaso de agua fría, antes de respirar hondo mientras intentaba racionalizar lo que acababa de hacer.

Por supuesto no era lo que parecía. ¿Cómo podía serlo? Él no hacía esa clase de cosas. La exagerada reacción física que había experimentado ante su cuerpo no sería más que un efecto de todo lo que estaba sucediendo a su alrededor: el miedo, la preparación para huir, los recuerdos de su propio y trágico pasado. Una exagerada, aunque lógica, aprensión. Nada de lo que alarmarse.

No era más que una cría.

Aliviado y decidido, recuperó la habitual pose del confiado hombre de acción y regresó al dormitorio con paso firme. Afortunadamente ella ya se había vestido y estaba preparada para partir. Al contemplar su rostro, no halló nada especial en él, ni lamento ni reproche, ninguna emoción que le hiciera sentirse incómodo.

—Vamos, tenemos que salir de aquí —se colgó el bolso de viaje del hombro y se dirigió hacia el bebé—. Yo llevaré a Cici. Tú lleva tu equipaje, ¿de acuerdo?

David encabezó la marcha hacia las escaleras traseras, evitando el ascensor. Tardaron bastante, pero al fin llegaron a la planta baja, se dirigieron al garaje y se detuvieron frente al pequeño coche deportivo. Por último hizo que Ayme y el bebé esperaran contra una pared mientras se preparaban para partir.

Lo hizo todo bien. Apagó las luces de la matrícula del coche, miró los bajos en busca de explosivos e incluso miró bajo el capó. Pero eso no evitó que sintiera un estremecimiento mientras ponía en marcha el motor con el mando a distancia. Después sobrevino el alivio al

comprobar que nada había saltado por los aires.

Un día más, otro movimiento arriesgado, pensó mientras ayudaba a Ayme a sentarse en el coche y empezaba a guardar los efectos del bebé. Algún día, lo último que oiría bien podría ser el sonido del motor al arrancar.

El siguiente dilema que se le planteó fue si debería dirigirse a una gran ciudad para perderse entre la multitud, o al campo, donde a nadie se le ocurriría buscarle. Eligió el campo.

El trayecto era largo. En primer lugar se dirigió en dirección opuesta al lugar elegido. Tras conducir durante una hora, paró en una zona segura e hizo bajar a Ayme y al bebé del coche, junto con todo el equipaje. Después llamó a un taxi y se dirigieron en dirección opuesta, deteniéndose en un garaje donde tenía aparcado otro de sus coches, completamente distinto al primero. Era un coche pequeño, cuadrado y nada llamativo.

Ayme no quería parecer una quejica e intentó mantener una expresión de agrado, pero cuando se metieron en el pequeño e incómodo coche, no pudo aguantar más.

—Me gustaba más el deportivo.

—Créeme, a mí también —contestó él—. Este es mi coche de camuflaje.

—No me cabe duda. Con este chisme pasarías inadvertido hasta en el desfile de las rosas.

Él la miró de reojo y le obsequió con una fugaz, aunque cálida, sonrisa que le hizo estremecer. Le gustaba saber que ese hombre era capaz de algo así. Le empezaba a preocupar que sólo supiera fruncir el ceño y gruñir. Pero al parecer había lugar para la esperanza. Podría ser que hubiera en él algo más que *sex-appeal*.

Ayme sonrió para sus adentros, satisfecha con su pequeña broma. Le encantaría bromear con él, pero no se atrevía, aún no. Si David estaba en lo cierto, huían del peligro. No era momento para el humor.

Frunció el ceño y contempló los edificios al pasar. Ojalá supiera algo más del peligro al que se enfrentaban. ¿Quién era esa persona tan peligrosa y por qué perseguía a David?

Recordó lo sucedido en el dormitorio antes de abandonar el apartamento. Recordó cómo se le había acelerado el pulso como respuesta a las tórridas miradas de un hombre que representaba todo el peligro al que se sentía capaz de enfrentarse en aquellos momentos. Un peligro evidente y presente. Eso era lo que representaba para una chica como ella.

«Mujer», se corrigió en silencio. «Eres una mujer, maldita sea. ¡Compórtate como tal!».

—Deberías relajarte —observó él mirándola nuevamente de soslayo—. Tardaremos unas cuantas horas en llegar a nuestro destino.

—Estoy relajada —protestó—. No te preocupes por mí.

—¿Por qué no intentas dormir un poco mientras lo hace Cici?

Era una sugerencia muy sensata, pero en esos momentos no se sentía sensata. A pesar de lo agotada que estaba, tenía demasiada adrenalina en la sangre para dormirse.

—Es que entonces me perderé las vistas —protestó—. Quiero ver el paisaje campestre.

—Ahora mismo no vamos por el campo precisamente —él contempló los edificios que se sucedían a su paso—. Es más bien un vertedero industrial.

—Ya me había dado cuenta —ella asintió con los ojos muy abiertos.

—Nuestra ruta es sinuosa y me temo que no nos llevará por las regiones más bonitas de Inglaterra. Intento no destacar y mantenernos alejados de lugares en los que podría encontrarme a algún conocido.

—De momento sólo hemos visto una ciudad cargada de contaminación —observó ella—. De acuerdo, puede que intente dormir un poco.

—Las vistas mejorarán dentro de una hora —le prometió David.

—Muy bien —ella se acurrucó en el asiento, cerró los ojos y se apagó como un interruptor.

David se sintió aliviado. Mientras estuviera dormida no haría preguntas.

Sus sentimientos con respecto a Ayme eran encontrados. ¿Por qué la había llevado con él? Había estado a punto de dejarla atrás y seguramente habría sido lo más razonable. Pero tenía una extraña sensación de responsabilidad con respecto a ella y, por supuesto, quería asegurarse de que no corriera peligro.

Por otro lado era poco probable que al final le diera las gracias por arrastrarla con él en esa alocada huida. Estaría mejor en un bonito hotel en la zona turística de Londres, donde podría dedicar su tiempo libre a pasear y a hacer compras. Eso le hubiera permitido a él atravesar varios países sin tener que preocuparse de un bebé. A lo mejor, después de que pasaran un día acarreando a la pequeña por el campo, aceptaría.

Sin duda era una propuesta tentadora, pero enseguida descubrió un gran fallo. Ahí fuera había alguien que engendraba hijos en su nombre y tenía que descubrir de quién se trataba para acabar con ello. Hasta que lo consiguiera, lo mejor sería mantener controlada a la joven que le había arrojado ese problema a la cara.

No era muy justo. El problema había estado allí todo el tiempo. Simplemente no había sido consciente de él hasta la aparición de la joven ante su puerta con la evidencia.

Por otro lado, podría ser simplemente una excusa para mantenerla

cerca porque le gustaba mirarla. Tenía un aspecto adorable cuando dormía.

Nunca había sido un hombre que perdiera la cabeza por una cara bonita. Había caras bonitas a montones por el mundo y él ya había tenido su buena dosis de aventuras en la época en que se había dejado llevar por los amores fugaces. No iba a permitir que la atracción que sentía obstaculizara sus planes.

Era testarudo y pragmático. Necesitaba serlo si quería que su hermano y él recuperaran el país. Un romance no sería aconsejable en esos momentos, incluso un flirteo casual podría nublar la mente de un hombre e impedirle conseguir su meta. Lo que su hermano y él pensaban hacer era difícil, peligroso y con riesgo de muerte.

Las relaciones no estaban permitidas. Punto.

Se preguntó, y no por primera vez, qué pensaría Monte de lo que estaba haciendo. Quería llamarle, pero no era el lugar apropiado. Más tarde, en cuanto encontraran un lugar cercano a la costa donde pasar la noche, contactaría con él.

Ayme durmió durante dos horas antes de desperezarse como un gatito y mirarlo con expresión sorprendida.

—Hola —lo saludó—. Aún estás aquí.

—¿Y adónde iba a ir? —preguntó él divertido.

—Desde que mi vida se convirtió en una pesadilla, temo que en cualquier momento esa pesadilla se haga realidad —ella se encogió de hombros—. No sé, puede que esté el sombrerero loco al volante o el erizo.

—Es un lirón —murmuró él mientras cedía el paso a un coche que se incorporaba a la autopista.

—Lo que tú digas. El lirón —sonrió ante el conocimiento que tenía su acompañante de la historia de *Alicia en el país de las maravillas*—. ¿De modo que no eres ninguno de los dos?

—No. Aunque sí me han acusado en el pasado de parecerme al conejo blanco —sonrió—. Siempre tarde para esa cita tan importante.

—Entiendo —ella asintió—. Eso resulta muy molesto.

—Sí. Dicen que llegar tarde por sistema refleja egoísmo, pero yo creo que es otra cosa.

—¿El qué? —Ayme sentía curiosidad, ya que siempre llegaba tarde a todas partes y le gustaría tener una buena excusa para ello.

Sin embargo él no tuvo oportunidad para contestarle ya que Cici decidió intervenir exigiendo a gritos un poco de atención.

—Qué hambre tiene —observó Ayme mientras se arrodillaba sobre el asiento para atender al bebé instalado en el asiento trasero. Sacó un biberón de leche de la bolsa y lamentó no poder calentarlo. Pero Cici no se mostró nada quisquillosa y chupó la tetina como si estuviera famélica.

—No te creas tan especial —bromeó Ayme—. Hay más gente pasando hambre por aquí.

—Qué sutil —comentó él.

—Puedo ser menos sutil si lo prefieres —ella le dedicó una sonrisa —. ¿Tenemos algo de comer para nosotros?

—No, que yo sepa.

—Vaya —la respuesta había sido frustrante, aunque tampoco se había esperado otra cosa—. ¿Y tenemos pensado hacer algo al respecto en un futuro inmediato? —intentó ser diplomática.

—Supongo que podríamos parar en algún sitio que parezca prometedor —gruñó él.

—Menos mal, porque no creo que te apetezca oírme berrear como Cici.

Ayme dedicó los siguientes diez minutos a dar de comer al bebé antes de sujetarla torpemente contra su hombro para que eructara. David no pudo evitar fijarse en la poca habilidad que tenía, pero no dijo nada. Con el tiempo, supuso, aprendería. O encontraría al padre de Cici y regresaría a Texas, libre de responsabilidades y abjurando de bebés para el resto de su vida.

—Necesitamos una sillita para el coche —anunció ella mientras colocaba de nuevo al bebé en el asiento trasero—. Si nos para la policía, esta cuna improvisada no les convencerá. Seguramente nos detendrán por poner en peligro la vida de un bebé.

Se reclinó de nuevo en el asiento y se ajustó el cinturón antes de ponerse tensa. En cualquier momento empezarían las inevitables protestas provenientes de la parte trasera del coche. Pero tras unos segundos empezó a relajarse. Para su sorpresa, Cici no lloraba. ¡Menudo alivio!

—Cuando era pequeña —le contó a David—, mi padre solía meterme en un cesto que fijaba al asiento y me llevaba por toda Texas mientras trabajaba.

—Antes se podían hacer esas cosas —él asintió—. Pero ya no.

—Es una lástima.

David casi sonrió mientras se la imaginaba de pequeña asomada al borde del cesto.

—¿En qué trabajaba? ¿Era vendedor?

—No, era supervisor del departamento de agricultura. Comprobaba el estado de las cosechas y ofrecía consejos —ella sonrió al recordarlo —. Era muy divertido. Mi madre era la secretaria de la escuela, de modo que mi hermana y yo estábamos prácticamente al cuidado de mi padre.

Rió al recordar aquellos tiempos.

—El cesto de Sam estaba fijado junto al mío. Cuando nos hicimos mayores nos permitían jugar con los animalitos de las granjas.

Aquéllos eran buenos, tiempos —suspiró—. Siempre me gustaron más los animales que las personas.

—¡Oye!

—Me refería a cuando era pequeña, tonto. Las cosas han cambiado desde entonces.

Él no estaba tan seguro de que hubieran cambiado. Por lo poco que le había contado de su vida, se había hecho una idea bastante aproximada de lo mucho que había trabajado y lo poco que había jugado. Alguien debería enseñarle a divertirse un poco.

Alguien. Él no, por supuesto. Alguien.

Pararon en una pequeña tienda y David las dejó en el coche mientras entraba y regresaba minutos después con una silla para coches.

—Debería bastar con esto —anunció mientras regresaban a la carretera.

—Parece que le gusta —observó Ayme—. Ya se está durmiendo de nuevo.

Después miró con cara de escepticismo los sándwiches que él le ofrecía, también comprados en la tienda.

—Supongo que no será una de esas extravagancias británicas, ¿verdad? —preguntó—. Vegemite o Marmite o lo que sea…

—Esas cremas para untar son, respectivamente, australiana y británica. Yo soy holandés. Nosotros comemos *kippers*.

—¿Qué es un *kipper*?

—Arenques en conserva, normalmente ahumados.

—¿Pescado? —ella desenvolvió el bocadillo—. ¡Oh, no! ¿A qué huele?

—Huele estupendamente —protestó él—. Un delicioso olor a mar. Con muchas proteínas. Come. Te encantará.

Ayme se moría de hambre y obedeció, aunque no dejó de protestar todo el tiempo mientras él degustaba su propio *kipper* con evidente deleite.

—Qué rico —observó mientras lo terminaba. Por algún motivo, el hecho de que ella no dejara de quejarse le ponía de un extraordinario buen humor—. Con esto aguantaremos hasta esta noche.

Ella puso los ojos en blanco. Después de comer tuvo sueño de nuevo, pero se sentía culpable.

—¿Quieres que conduzca yo? —se ofreció—. Debes estar muerto. También necesitas dormir.

—¿Tienes permiso de conducir? —él sacudió la cabeza.

—Únicamente para Texas —admitió ella.

—Pues no nos servirá.

—Lo siento —ella suspiró antes de dormirse de nuevo.

El mero hecho de mirarla le provocaba a David una sonrisa.

Intentó rechazarla. No estaba dispuesto a permitir que esa mujer le influyera. No era un hombre tan fácil. ¿O sí?

Al no poder resistirse a mirarla de nuevo decidió que quizá sí fuera fácil. Además, qué demonios, no significaba nada. Tan sólo que la muchacha era muy abierta y natural, y completamente diferente de las mujeres que conocía. Llevaba años rodeándose de una gente bastante sofisticada con un propósito muy concreto. Había descubierto que se conseguía mucha información hablando con la gente adecuada y, sobre todo, escuchando. En su vida había un vacío muy grande y necesitaba una información muy especializada para llenarlo.

Veinticinco años atrás lo habían despertado en medio de una noche horrible. Lo habían sacado a la carrera del castillo en el que había vivido durante los seis años de su vida. Con el tiempo, había descubierto que sus padres estaban siendo asesinados mientras él huía, y seguramente también muchos de sus hermanos. Pero a él le había salvado la vida aquella noche un anciano cuyo rostro aún protagonizaba sus sueños.

Unos extraños lo habían sacado de la isla que era su nación y lo habían metido a escondidas en Holanda, llegando al día siguiente, traumatizado y asustado, al bullicioso y alegre hogar de los Dykstra. Le habían dicho que aquél sería su nuevo hogar, su nueva familia, y que jamás debería hablar de Ambria ni permitir que nadie supiera algo de su pasado. Las personas que lo habían llevado allí desaparecieron y jamás volvió a verlos. De repente, era un Dykstra. De repente era holandés. Y no se le permitía hacer preguntas.

Los Dykstra se habían portado bien con él. Sus nuevos padres eran bastante cariñosos, pero había tantos niños en la familia que uno se perdía fácilmente entre la multitud. Aun así, todos tenían que arrimar el hombro y así aprendió a cuidar de los más pequeños. También aprendió a escuchar y a obtener información disimuladamente. Desde el primer día se hizo el firme propósito de averiguar qué le había sucedido a su familia y descubrir el modo de entrar en contacto con cualquiera de ellos que pudiera seguir vivo. A medida que se hizo mayor, empezó a conocer a las personas adecuadas y a ganarse la confianza de hombres poderosos y, poco a poco, empezó a encajar las piezas.

Al principio, la socialización había obedecido a una inclinación natural, pero con el tiempo había empezado a darse cuenta de que esas personas se movían en círculos próximos a los más ricos e influyentes, aspectos que podrían serle de utilidad en su intento de averiguar lo sucedido con su familia, y con su país. A lo largo de los años, cosas que oía o creía comprender le enviaban a la caza de una respuesta por todo el continente. Sin embargo, hacía seis meses, había dado en la diana.

Estaba jugando al tenis con Nico, el hijo de un diplomático francés, el joven se había parado en medio de un servicio y, con la pelota en la mano, se le había quedado mirando fijamente.

—¿Sabes una cosa? —le había preguntado—. La semana pasada conocí a un tipo durante una cena en París que podría ser tu hermano gemelo. Fue en el banquete en honor del nuevo ministro de Asuntos Exteriores. Era clavado a ti.

—¿Quién? ¿El ministro?

—No, idiota —había reído Nico—. Ese tipo al que conocí. No recuerdo su nombre, pero creo que estaba en la delegación británica. ¿No tendrás ningún hermano en el gobierno?

El corazón de David ya se había lanzado a una alocada galopada. Sabía que podría ser la pista que había estado buscando, pero debía mantener la sangre fría y fingir que aquélla no era más que una charla intrascendente.

—No que yo sepa. Todos mis hermanos son empresarios de éxito, y viven la mayor parte del tiempo en Ámsterdam —sonrió al otro lado de la pista—. Y ninguno se parece a mí.

—¿El patito feo de la familia? —bromeó Nico.

—En carne y hueso.

Nico reanudó el partido, pero David tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por devolver el saque.

El golpe de Nico se estrelló contra la red y David aprovechó para hacer un par de preguntas, aunque su amigo no parecía saber mucho más.

Aun así fue un comienzo y la información reavivó los sueños y esperanzas de encontrar a su familia. Enseguida se puso manos a la obra para intentar obtener la lista de los invitados al banquete y en cuanto la tuvo, empezó a buscar los nombres en internet. Por fin creyó encontrar a su hombre.

Se llamaba Mark Stephols. Había un par de posibilidades más, pero cuanto más miraba las fotos de Mark más seguro estaba. Sin embargo se le planteaba el problema de cómo abordarle.

Averiguar a qué evento público iba a asistir Mark no fue problema, pero no podía plantarse sin más ante él y decirle, «hola, ¿eres mi hermano?». Y si lo era realmente, lo último que haría sería arriesgarse a colocarse junto a ese hombre para que todos pudieran advertir las semejanzas y empezar a hacer preguntas. De modo que mientras esperaba su oportunidad, se había teñido el cabello en un tono más oscuro y dejado bigote. No debía facilitar demasiado la identificación.

Sus amistades en las altas esferas le sirvieron de gran ayuda y pronto consiguió una invitación para asistir a una recepción en la que poder abordar a Mark Stephols. A pesar de los cabellos teñido y del bigote, en cuanto fueron presentados: «Señor Stephols, le presento al

señor David Dykstra, de la naviera Dykstra», sus miradas se fundieron y la conexión se estableció. Hubo un instante de silencioso reconocimiento entre ambos.

—Reúnete conmigo en la rosaleda —le había susurrado Monte al oído.

Minutos después, se habían vuelto a encontrar cara a cara sin ningún testigo, contemplándose como si no estuvieran seguros de estar viendo lo que creían ver.

—Las paredes escuchan —Monte se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio, cuando David empezó a hablar.

—¿Qué tal los arbustos? —David sonrió excitado.

—Es una posibilidad. No hay que confiar en nada ni en nadie.

—Demos un paseo entonces.

—Buena idea.

Caminaron, en un tranquilo paseo por el pequeño lago intercambiando durante unos minutos comentarios banales, hasta que estuvieron lo bastante lejos de la casa y de cualquier persona que pudiera observarlos. Hasta que pudieron sentirse mínimamente seguros. Entonces se miraron fijamente sin saber muy bien qué decir, temerosos de decir demasiado en caso de que estuvieran equivocados.

—¿Recuerdas la letra de la canción que mamá solía cantar mientras nos metía en la cama? —de repente Monte habló.

David se paró en seco y se concentró en un intento de recordar. ¿Cómo era?

Cerró los ojos y empezó a murmurar palabras de otros tiempos, de otro lugar. Oyó la voz de su madre en su cabeza. Y de su boca surgió la canción de su infancia en el idioma de Ambria. Al terminar abrió nuevamente los ojos y se volvió hacia su hermano. Mark no decía nada, pero por sus mejillas rodaban abundantes lágrimas. Tomó la mano de David y la apretó con fuerza.

—Por fin —susurró—. Por fin.

Capítulo 5

Ayme apenas durmió y enseguida pudo empezar a disfrutar de la belleza de la campiña.

—No sé por qué no he venido antes a Europa —exclamó—. He estado demasiado absorta en mis estudios, la carrera y mi familia.

Con las últimas palabras su voz se quebró y tuvo que tragar saliva para contener la emoción. Ya tendría tiempo de enfrentarse al dolor y la pena. Pero ese tiempo aún no había llegado.

—¿Y los novios? —preguntó David—. Seguro que tienes algún novio.

—Pues en realidad, no —admitió ella.

—Hablo en serio.

—Yo también —reflexionó durante unos segundos. El novio siempre había estado en su lista de tareas pendientes para cuando no estuviera tan ocupada—. Estudiaba en la universidad y trabajaba. No he tenido tiempo para novios.

—Debes estar de broma —tal y como le había parecido, la chica era una adicta al trabajo que debería intentar aprovechar su juventud mientras pudiera—. La mayoría de las mujeres encuentran el tiempo para tener un novio.

—Pues yo no. Estaba concentrada plenamente en tener éxito para que mis padres se sintieran orgullosos de mí.

—¿Te refieres a tus padres adoptivos?

Ella asintió mientras se mordía el labio.

—Entiendo —él también asintió. Era el típico caso de compensación. Seguramente se había matado para convencerles de que habían hecho bien al elegirla—. Eras la chica que se sentía obligada a sacar sobresalientes.

Ella sonrió tímidamente. Parecía complacida de que él lo hubiera comprendido.

—¿Y tu hermana, Sam?

—Ella no tanto —Ayme hizo una mueca deseando no haberlo dicho.

No quería decir nada que se pareciera mínimamente a una crítica hacia su hermana adoptiva. Apoyó una mano sobre el corazón, como si con ello pudiera hacer desaparecer el dolor.

—Llegué a Texas junto con un montón de niños que habían perdido a sus padres en la rebelión. Todos fuimos adoptados, sobre todo por familias estadounidenses con orígenes en Ambria.

—Una especie de operación de rescate organizada.

—Más o menos. Ya te lo he contado, ¿no? fui adoptada por los Sommers, de Texas, y crecí como cualquier otra niña de allí.

El rostro de sus padres apareció en su mente y de inmediato se le formó un nudo en la garganta. Habían sido muy buenas personas.

Deberían haber vivido otros veinte o treinta años más. La vida no era justa.

—¿No recuerdas nada de Ambria? —preguntó él tras un breve silencio.

—Tenía dieciocho meses cuando me sacaron de allí.

—Demasiado pequeña para comprender la historia política del país —él sonrió—. Entonces, ¿qué sabes de Ambria?

—No mucho —ella se encogió de hombros—. En casa había algunos libros —el rostro se le iluminó con los recuerdos—. En una ocasión vino un tío nuestro a vernos y nos contó a Sam y a mí que en realidad éramos de Ambria. También nos contó algunas historias de allí —sonrió al recordar cómo su hermana y ella habían bebido cada una de sus palabras, encantadas de formar parte de algo que les distinguía de sus amigas.

Ambria. Sonaba exótico, como Italia o Lituania.

—Aparte de eso, no sé mucho más.

David reflexionó durante unos minutos. Él había gozado de la ventaja de tener seis años, de modo que se acordaba de muchas cosas, pero en el fondo, casi todo lo que había aprendido sobre su familia lo había descubierto en libros y en internet. Sus padres adoptivos le habían acogido como un miembro más de su familia, un holandés hasta la médula, y eso le había provocado cierta inquietud. En cualquier otro aspecto habían sido muy buenos con él, pero respecto a mantener vivos los recuerdos de sus orígenes, habían decidido, como todos los demás, que lo mejor sería que lo olvidara.

Y de no haber sido por el anciano proveniente de Ambria que se había mudado a Holanda, y que vivía cerca de la casa de veraneo de la familia, a lo mejor habría olvidado.

—Es una pena que tus padres no te contaran más cosas —murmuró comparando las experiencias de ambos y preguntándose por qué unas circunstancias tan diferentes en origen habían recibido un tratamiento tan parecido por las personas implicadas.

—Estaban muy ocupados con sus trabajos y la educación de dos niñas pequeñas, llevándonos a clase de baile y de violín, y esas cosas.

Ayme se revolvió inquieta en el asiento. La sensación de dolor volvía a acercarse peligrosamente. Aún no le había hablado de sus padres, y no estaba segura de que fuera a hacerlo alguna vez. No podía hablar de ellos sin desmoronarse, algo que quería evitar a toda costa.

—Fueron unos padres estupendos —era consciente de sonar un poco a la defensiva—, pero supongo que no se sentían demasiado unidos a Ambria. Sin embargo, haber nacido en Ambria me proporcionó una beca para estudiar derecho, incluso me facilitó el trabajo.

—¿El bufete para el que trabajas es de Ambria? —David recordó que había mencionado algo al respecto, aunque no había escuchado muy atentamente. De repente se le ocurrió que podría ser un factor importante.

—Bueno, muchos de los socios tienen raíces en Ambria, aunque no tanto como para hablar entre nosotros en su idioma.

Aquello era muy interesante. La conexión con Ambria era más relevante de lo que ella se imaginaba, estaba seguro. Apretó la mandíbula con fuerza y recordó que aún no conocía realmente el motivo de su aparición en el apartamento, ni sabía quién la había enviado.

Una explicación muy sencilla podría ser que, involuntariamente, hiciera de avanzadilla del asesino.

O a lo mejor estaba tanteando el terreno para alguien que llegaría después con el propósito de asegurar que David jamás supusiera una amenaza para el gobierno de Ambria. No era fácil saberlo, pero estaba convencido de que la joven no sabía más de lo que le había contado.

Recordó su admisión de no saber de qué lado habían estado sus padres y, dado que carecía de cualquier vinculación con ninguno de los dos bandos, seguramente era del todo inocente. Si la había enviado algún enemigo, no era probable que ella lo supiera.

Aun así, no debería habérsela llevado con él. Había sido una estupidez. Debería dejarla en algún sitio, suponiendo que no fuera ya demasiado tarde.

Porque desde luego no podía llevarla con él. A finales de la semana se le esperaba en Italia para la reunión anual de la comunidad de expatriados de Ambria. Sería la primera vez que asistiría. Iban a reunirse muchos de los exiliados que habían ostentado posiciones de poder en los viejos tiempos, o que habían estado relacionados con ellos. Necesitaba centrarse en el futuro de Ambria, no en Ayme y Cici. No podía llevarlas con él.

Pero, mientras tanto, ¿qué podía hacer con ellas?

Le había prometido a Ayme ayudarla a encontrar al padre de Cici y tenía intención de cumplir su promesa. Desde que su nombre entrara a formar parte de la ecuación, la cosa se había complicado, y no le quedaba mucho tiempo, pero tenía algunos contactos. Haría todo lo posible por ayudar.

Sólo se le ocurría Marjan, su hermana adoptiva, casada y con dos niños y que vivía en un zona agrícola al norte de Holanda. Era un lugar aislado donde podrían perderse. Quizás incluso él podría esconderse allí.

Sorprendía lo rápido que se había puesto en alerta, aunque seguramente se había preparado para ello desde que abandonara Ambria. Lo cierto era que nunca había tenido la sensación de poderse

abrir plenamente a nadie. Siempre había tenido que ocultar su identidad verdadera, así como sus sentimientos.

—Entonces, supongo —David reanudó la conversación— que no te importa en absoluto quién gobierne Ambria.

—¿Importarme? —ella lo miró perpleja—. Jamás he pensado en ello.

—Claro que no.

David desvió la mirada con una sensación de amargura. ¿Acaso su hermano y él eran los únicos a los que aún les importaba? De ser así, iba a resultarles muy difícil atraer a los demás hacia su causa. Sin embargo, no era justo pagarlo con ella. No era culpa suya que nadie la hubiera instruido sobre su pasado.

Para ser sincero, sus propios sentimientos se habían fortalecido únicamente tras contactar con su hermano. Antes de encontrar a Monte, su interés por Ambria había sido fuerte, incluso apasionado, pero difuso. Los matices habían llegado a través de su hermano.

Encontrar a Monte como lo había hecho había sido excitante, pero no les había resultado fácil mantener una relación. No podían confiar en la mayoría de los medios para comunicarse. No podían aparecer juntos dada la enorme semejanza entre ellos y siempre cabía la posibilidad de que alguien oyera sus conversaciones. A Monte al fin se le había ocurrido la solución perfecta: un crucero de seis semanas por el Pacífico Sur.

Se habían reunido en Bali y zarpado juntos. Se conocieron, discutieron y reconciliaron. Compartieron ideas, esperanzas, sueños y emociones, y se despidieron unidos como sólo podrían estarlo dos hermanos. Al finalizar las seis semanas se habían vuelto unos entusiastas de la idea de recuperar el país. De algún modo. Algún día. Enseguida empezaron a conspirar y a trazar un plan.

Decidieron seguir viviendo con sus identidades ocultas. Era imprescindible para su supervivencia. Monte se movería en los círculos internacionales a los que ya tenía acceso e intentaría recabar información, y algún apoyo. Y David haría lo propio con sus contactos en el mundo de los negocios por un lado y con los miembros de la alta sociedad con los que alternaba por otro. Su principal meta había sido la de encontrar a sus hermanos perdidos e iniciar el camino hacia la restauración de la monarquía.

De modo que disfrutaba de una gran ventaja sobre Ayme. Desde luego no podía esperar que ella compartiera sus sueños cuando ni siquiera habría oído hablar de la mayor parte, ni sabría qué hacer con ellos.

La conversación entre los dos se había apagado y ella disfrutaba contemplando el paisaje. El mediodía extendía sus sombras sobre los campos. La campiña resultaba aún más interesante con los campos

cuadrados rodeados de setos verdes y los pintorescos pueblos. Aquello se parecía más a la Inglaterra que se había imaginado.

Sin embargo, la sombra de las preguntas sin respuesta planeaba sobre el viaje. ¿Adónde iban? Y, sobre todo, ¿por qué?

Pararon para echar gasolina y David se fijó en un parque cercano.

—¿Te apetece estirar un poco las piernas? —sugirió mientras aparcaba junto a un árbol—. Necesito hacer una llamada.

Bajaron del coche y él se alejó lo suficiente como para que Ayme no pudiera oírle. No quería perderla de vista, pero necesitaba hablar con su hermano.

En cuanto tuvo a Monte al aparato le habló de Ayme y su presencia junto a él. Monte no se mostró demasiado entusiasmado.

—Supongo que no pensarás llevártela a Italia.

—No, claro que no. La llevaré a casa de mi hermana, Marjan. Ella les cuidará bien.

—Bien.

—Pero mientras tanto, quisiera pedirte un favor.

—Lo que sea. Ya lo sabes.

—Quiero algo de información. Primero necesito saber algo sobre un accidente de coche a las afueras de Texas, ocurrió un día de la semana pasada. Una joven llamada Samantha Sommers murió. Me gustaría conocer algunos detalles, si hubo supervivientes, etc.

—Lo estoy anotando todo.

—Genial. Aparte de eso me gustaría saber lo que puedas encontrar sobre Ayme. Ayme Sommers. Es abogada en una firma de Dallas que tiene un departamento especializado en temas relacionados con Ambria.

—Lo buscaré.

—Y otra cosa más. Al parecer hay alguien, seguramente en Londres, que está engendrando bebés haciéndose pasar por el príncipe Darius.

—Eso no me gusta —observó Monte tras una pausa.

—A mí tampoco. ¿Podrás hacer algunas averiguaciones?

—Puedo hacer más que eso: una completa investigación.

—¿Sin descubrir tus intereses en el asunto?

—Eso es. No te preocupes. Lo haré sin problemas.

—Gracias. Supongo que ha descubierto que con el truquito de la realeza tiene más éxito con las mujeres, o…

—O es un agente que intenta obligarte a salir de tu escondite.

—Eso es.

—Voto por lo segundo, pero ya veremos —el tono de voz de Monte se hizo más animado—. Mientras tanto, David, tengo buenas noticias. Te he encontrado la esposa perfecta.

David echó la cabeza hacia atrás. A pesar del enorme respeto que

sentía por su hermano, habían discrepado sobre ese asunto desde el principio.

—Ahora no me hace falta una esposa —protestó—. Y si me hiciera, la encontraría yo mismo.

—Tú puedes encontrar una amante, Darius —la voz de Monte reflejaba un ligero reproche—, pero tu esposa es un asunto de Estado.

David lamentó su reacción. ¿Por qué le había contestado de ese modo? Su hermano y él ya lo habían hablado y sabía muy bien que necesitaba una esposa para apoyar su causa. Una esposa adecuada. Era una de sus obligaciones reales.

Ambos habían acordado que todo lo que hicieran a partir de ese momento sería en beneficio de Ambria. Ninguna ambición egoísta o satisfacción de apetitos se interpondría en su camino. Estaban dispuestos a sacrificar su vida privada, incluso su vida, llegado el caso. Estaba firmemente decidido a conseguir su objetivo. Nada más importaba.

—La familia es la base del imperio —decía Monte despreocupadamente—. Debes casarte y mantener una relación sólida. Ya lo hemos hablado. Pensaba que estabas de acuerdo.

—Y lo estoy —se apresuró a aclarar David—. Lo siento, Monte, es que estoy cansado y un poco irascible. No me hagas caso.

—De acuerdo. Espera a conocerla. Es preciosa, inteligente y totalmente entregada a derrocar la dictadura de los Granvilli. Luchará a tu lado y gobernará junto a ti cuando logremos nuestro objetivo —rió—. No me preocupa tu reacción. Te dejará K. O. en cuanto la veas.

—Seguro que sí.

Sin embargo, David hizo una mueca y se preguntó si Monte no se estaría excediendo. Había conocido a muchas mujeres espléndidas y ésta sólo sería una más. La disposición a luchar por la causa no sería más que la cobertura del pastel. Ya lo había visto todo.

Pero no podía obviar la opinión de su hermano. Había pasado muchos años a la deriva, sin saber adónde iba ni qué iba a hacer con su vida. Le había ido bien con el negocio de su padre holandés, pero no había puesto su corazón en él.

Tras encontrarse Monte y él, la trayectoria futura se había vuelto evidente. Por fin sabía cuál era su cometido en la vida. Su vida había adquirido un sentido. Debía encontrar al resto de su familia y devolverles el poder que les había sido arrebatado.

—Mantenme informado. Y si puedes, dime dónde estás.

—Lo haré.

David colgó la llamada y se reunió con Ayme y el bebé. Únicamente se detuvo para arrojar el móvil a una papelera. Toda precaución era poca y, además, tenía todo un arsenal de repuesto.

El parque era verde y bonito, dispuesto alrededor de un lago con un pequeño puente que ofrecía un encantador punto de observación de unos pequeños peces plateados.

—Mira, Cici. Mira los peces —Ayme sujetaba al bebé peligrosamente sobre la barandilla y provocó la carcajada de David, que se movió rápidamente para evitar la tragedia.

—Es un poco pequeña para un chapuzón —observó—. Dámela.

Ayme suspiró. Mientras que a ella le costaba un triunfo, él la manejaba estupendamente con gran naturalidad.

Se los quedó mirando hasta que David levantó la vista y entonces desvió la mirada inquieta. Seguía sin encontrarle sentido a todo aquello. Las preguntas no dejaban de agolparse en su cabeza y necesitaba algunas respuestas.

—Muy bien, te diré qué es lo que no entiendo —lo desafió mientras caminaban sobre la hierba—. Si eres holandés, ¿cómo es que te importa tanto Ambria? ¿Qué te une a ese lugar?

—¿Quién dice que me importa Ambria? —él pareció sobresaltarse, como si ocultara algo.

—¡Por favor! Impregna cada una de tus palabras.

Eso no era bueno. Iba a tener que ir con más cuidado. Por otro lado era un poco ridículo ocultarle esa información cuando todo iba a salir a la luz a no mucho tardar. En cuanto llegara a Italia, se descubriría todo. Decidió que merecía ser de las primeras en saberlo, aunque todavía no.

—Hablaremos de ello más tarde —intentó escabullirse.

—Un momento —ella se cuadró frente a él y apoyó las manos en las caderas—. Acabo de iniciar una pequeña rebelión.

Los oscuros ojos centelleaban y el bonito rostro tenía una expresión decidida. David reprimió una carcajada, aunque no sin esfuerzo. Estaba tan mona…

—¿De qué hablas? —preguntó.

—No lo entiendo —Ayme suspiró y sacudió la cabeza—. ¿De qué demonios estamos huyendo?

—Del peligro.

—¿Qué peligro? ¿De quién? —alzó las manos—. Yo no creo que haya hecho nada para ponerme en peligro. Sólo me limité a subir a un avión y venir a Inglaterra en busca del padre de Cici.

—No lo ha hecho… exactamente —David se mesó los cabellos con aire incómodo—. Me ha puesto en peligro a mí —respiró hondo—. Y dado que de momento estás conmigo, a ti también.

—Entonces quizás debería dejar de estar contigo —Ayme alzó la barbilla y lo miró desafiante.

Lo había dicho para provocarlo, para ver su reacción. Pero si lo

pensaba fríamente, la idea de separarse de él le aterraba. No sabría qué hacer sin él. Y no quería tener que descubrirlo.

—A lo mejor deberías —contestó él con calma, como si no le importara lo más mínimo—. Es una buena idea, de verdad. ¿Por qué no lo haces? Te buscaré un bonito hotel y…

Ayme se fijó en la naturalidad con que sujetaba al bebé. Después contempló el atractivo rostro. ¿De verdad estaba dispuesta a cambiar las estériles paredes de una habitación de hotel por todo aquello? ¿Peligro incluido?

De eso nada.

Aunque quizás debería pensárselo antes de ir demasiado lejos. Pero, ¿a quién quería engañar? No iba a separarse de él a no ser que no tuviera más remedio. Se quedaría. Lo sabía. Y él seguramente también lo sabía.

—Por otro lado —adoptó un tono más conciliador—, estaría bien que me contaras qué está pasando para que lo entienda y pueda prepararme. Me gustaría poder decidir por mí misma —lo miró esperanzada—. Me sería de gran ayuda.

—Quieres saber qué está pasando —él apretó la mandíbula.

—Sí.

David asintió. Desde luego se merecía más información de la que le había dado. No podía contárselo todo, pero sí algo más de lo que había hecho hasta el momento. Se cambió el bebé de brazo y se quedó parado con las piernas separadas, como un luchador, mientras la miraba a los ojos. Iba a arriesgarse hablándole de ello. Pero, qué demonios, la vida era riesgo. Sin embargo, a pesar de todo, tenía la sensación de que podía confiar en ella.

—De acuerdo, Ayme. Te lo contaré. Soy de Ambria. Lo adivinaste desde el principio.

—¡Lo sabía! —sus ojos bailaban de alegría y estuvo a punto de abrazarlo y darle un beso, aunque se contuvo.

—Y hay más.

David la taladró con la mirada y ella se puso seria de inmediato.

—Estoy en tratos con otros exiliados de Ambria para arrebatarles el poder a los usurpadores y recuperar nuestro país.

Ella lo miró boquiabierta. Tenía la sensación de que se le había abierto un agujero en el interior.

—¡Madre mía! —exclamó con voz temblorosa—. No me extraña que te persigan.

Él había elegido el riesgo, pero ella no. ¿Qué demonios hacía poniéndose en peligro y al bebé también?

A lo mejor terminaría por sentirse obligada a alejarse de él.

—Las personas que gobiernan Ambria en estos momentos tienen espías por todas partes —el rostro de David era serio y habló en voz

baja—. Están empeñadas en destruir cualquier oposición que surja a su régimen. Por eso debo tener cuidado y por eso temo que me sigan.

—Muy bien —ella cruzó los brazos sobre el pecho—. Ahora lo entiendo. Gracias por contármelo —pestañeó y abrió desmesuradamente los ojos. Era la viva imagen de la inocencia—. Tranquilízate, no voy a traicionar tu confianza.

David sintió el impulso de besarla. Su rostro era fresco y sincero, los labios carnosos y ligeramente separados, las mejillas sonrosadas por el aire. No creía que hubiera nada más bonito. El impulso pasó sin que hiciera nada al respecto.

Pero le produjo una nueva sensación: culpabilidad.

Era evidente que ella confiaba en él. El sentimiento de culpabilidad se acrecentó. No le había dicho toda la verdad. Para empezar, Ayme no tenía ni idea de que era la persona que andaba buscando. Bueno, no lo era exactamente, pero se le acercaba bastante. Si lo descubría, podría centrarse mejor en buscar al verdadero padre. Por otro lado, a lo mejor creería que el padre era él. Y entonces, ¿qué iba a hacer?

No habría tiempo para pruebas de ADN. Se le esperaba en Italia en menos de una semana. Y no podía hablarle de ello. Aún no. Seguramente nunca. A fin de cuentas, no iba a acompañarlo, ¿para qué necesitaba saberlo?

Regresaron al coche y acomodaron al bebé, que dormía plácidamente, antes de sentarse ellos mismos y arrancar. Sin embargo, el recuerdo de la conversación persistió en la mente de David.

Había demasiadas cosas que no podía contarle, pero sí un poco más.

—Te diré una cosa, Ayme —empezó a hablar tras haber recorrido unos kilómetros—. Lo cierto es que somos iguales.

—¿Iguales?

—Sí. Yo también soy un huérfano de Ambria. Fui adoptado por una familia holandesa justo después de estallar la rebelión. Igual que tú.

Ayme reflexionó sobre ello. Parecía encajar en el esquema de las cosas y le produjo una cálida sensación de conexión con ese hombre. Sin embargo, al contemplar su rostro no veía ninguna reciprocidad en ese sentimiento. Su perfil parecía tallado en piedra.

De momento tenía cierta información que podría utilizar para rellenar algunos huecos. Para empezar sabía por qué David temía que alguien lo siguiera.

Y sabía por qué sus sentimientos hacia Ambria eran tan profundos. Y sabía por qué tenía conexiones en la comunidad de Ambria que podrían ayudarle a encontrar al padre de Cici. Pero no sabía…

Se volvió hacia él y lo miró fijamente.

—Muy bien, caballero —anunció con firmeza—. Suéltalo. Quiero

más verdades. Entiendo por qué sentiste la necesidad de abandonar el apartamento. Y por qué quieres seguir en movimiento. Pero lo que no entiendo es por qué me llevaste contigo.

Capítulo 6

Aquella era una buena pregunta y David no estaba seguro de tener el valor suficiente para contestarla, ni siquiera a sí mismo.

Miró a Ayme. Su intención había sido la de echarle una rápida ojeada, pero algo en el bonito rostro hizo que se detuviera más tiempo del aconsejable y tuviera que dar un volantazo cuando el coche se salió del carril.

Aquello había sido una advertencia para que no volviera a hacerlo jamás.

La belleza de Ayme lo atrapaba siempre, aunque no entendía por qué. Desde luego, era guapa, pero había algo más, algo que tenía que ver con la química que se genera entre un hombre y una mujer y que era incapaz de obviar.

—Vamos, David —decía ella—. Cuéntamelo. ¿Por qué me has traído contigo?

—¿Tú qué crees? —él se encogió de hombros e intentó adoptar un aire apático.

—¿Por mi belleza y mis encantos? —Ayme habló en tono sarcástico.

—Por supuesto.

—En serio —ella puso los ojos en blanco—. ¿Cuál fue el factor decisivo?

David la miró antes de devolver su atención a la carretera.

—De acuerdo, te seré sincero —dudó unos segundos.

Había llegado el momento de la verdad. Daría un paso más. Seguro que ella lo soportaría.

—No te resultará fácil entenderlo. Vas a pensar que exagero. Puede que incluso pienses que me he vuelto loco, pero sólo te pido que me escuches antes de decidir.

—Por supuesto.

—Hay un par de cosas. En primer lugar… —respiró hondo antes de continuar—, siempre he tenido un buen motivo para pensar que alguien intentaría encontrarme y matarme algún día, pero no te diré ese motivo.

Ayme se quedó muy quieta, aunque emitió un sonido gutural, como si se estuviera ahogando, que David ignoró.

—Cuando apareciste en mi casa tuve que considerar la posibilidad de que tú, o alguien que te hubiera enviado, podría estar implicado en algo así.

—David —ella habló con voz ronca—. ¿Pensaste que era una asesina? —parecía espantada.

—Por supuesto —él la miró fijamente y se encogió de hombros—. ¿Por qué no iba a pensarlo?

Ayme soltó un juramento y él continuó.

—Aunque es más probable que sea ese Carl Heissman. ¿No lo ves? Si te traigo conmigo no podrás contactar con él y hacerle saber dónde estoy.

—David, ¿qué he hecho que te haya podido hacer pensar que…?

—Nada. Y créeme, Ayme, no sospecho de ti en absoluto. Es por la gente que te envió que me he puesto en guardia.

—¿La gente que me envió? —ella sacudió la cabeza—. Nadie me envió. Vine por mi cuenta.

—Alguien descubrió tus intenciones, te buscó y te dio mi nombre. ¿Por qué?

Ella lo miró estupefacta, consciente de que podría tener algo de razón. Recordó la sorpresa que había sentido cuando Carl Heissman había contactado con ella y manifestado su deseo de verla. Se había mostrado amable, preocupado, encantador y había conseguido que sus dudas se evaporaran. Pero David había hecho que esas dudas regresaran y no tuvo más remedio que tomarlas en serio.

Aun así le parecía una locura. No estaba habituada a la idea de que las personas se mataran unas a otras. Asesinatos. Asesinos. Espías. Eran cosas propias de la televisión y el cine, no de la vida real.

¿Hablaba David en serio o sería un paranoico? Cuanto más estudiaba el hermoso rostro, más convencida estaba de que hablaba en serio.

¿Lo convertía eso en verdad? Quién sabía.

—Hay un pequeño problema con tu teoría —señaló Ayme de inmediato—. Si me hubieras dejado atrás, yo nunca habría sabido adonde te dirigías. ¿Cómo iba a poder descubrirle tu paradero a nadie?

—Cierto —él hizo una mueca. Era evidente que ya se le había ocurrido.

—De todos modos —insistió ella tras una pausa—, yo pensaba que me estabas protegiendo de los malos. ¿No dijiste eso?

—Lo dije, ¿verdad?

—Pero no sabemos quiénes son los malos, ¿verdad? —Ayme frunció el ceño—. Quiero decir que sabemos que son rebeldes de Ambria, pero no sabemos qué aspecto tienen ni cómo se llaman. ¿Correcto?

—Tienes toda la razón. Es un dilema, ¿no crees?

—Lo que yo creo es que esto es de locos —ella sacudió la cabeza—. A lo mejor deberíamos habernos quedado en el apartamento. Si nos hubiésemos quedado a esperar a que aparecieran, habríamos descubierto quiénes eran.

—Habríamos descubierto bastante más que eso. No hubiera sido una buena idea.

—Puede. Pero no puedes huir toda tu vida. ¿Verdad?

—No lo sé. Acabo de empezar. Ella hizo un sonido de exasperación y él se echó a reír.

—Tenemos un destino, Ayme. No estamos huyendo por huir.

—Entiendo. ¿Y qué tal si me dices cuál es ese destino para que pueda sentirme más tranquila?

—Aún no.

—En ese caso… —ella suspiró con impaciencia— no soy más que un lastre inútil. Luego, no entiendo por qué me llevas contigo.

—Porque me siento responsable de ti. Viniste a mí en busca de ayuda. ¿No basta con eso?

—¿De modo que tienes realmente pensado ayudarme? —preguntó, no sin cierta sorpresa.

—Por supuesto. Ya te dije que lo haría.

Ayme se reclinó en el asiento e intentó reflexionar. Tenía la sensación de estar metiéndose en la boca del lobo. Cuando sólo se había limitado a buscar al padre de Cici, se había sentido muy vulnerable, pero en esos momentos seguía buscándolo y, además, era perseguida por unos asesinos. Y todo el mundo sabía qué le sucedía a la gente que frecuentaba a personas perseguidas por asesinos. Nada bueno.

Era como alcanzar el siguiente nivel de un videojuego. El peligro aumentaba exponencialmente y era más difícil escapar de la muerte.

Por lo que podía deducir de la información que tenía, David estaba metido en una revuelta contra el régimen que gobernaba Ambria. Lástima que no supiera algo más de todo aquello para poder decidir si era un buen tipo o no. Según él, evidentemente, era de lo mejor, pero no era probable que fuera objetivo. De repente, tuvo una extraña idea. ¿Y si la veía como una rehén?

Un lloriqueo proveniente del asiento trasero interrumpió sus pensamientos. Cici había vuelto a despertarse.

—Allá vamos —exclamó Ayme con aprensión.

—Parece que te aterra la idea de que se despierte el bebé —David la miró—. Apenas ha anunciado su presencia y lo cierto es que se ha portado muy bien todo el día.

—No tienes ni idea de lo que fue viajar en avión con ella —Ayme suspiró, consciente de que no debería desahogarse con la pequeña.

—Bebés y aviones —asintió él—. Sí, debo admitir que la perspectiva no suena agradable. Pero seguramente la presurización de la cabina le hacía daño en los oídos.

—¿Tú crees? —de repente Cici había pasado a engrosar la lista de víctimas y no la de verdugos. Miró al bebé y levantó el pulgar.

—Estoy seguro. No parece propensa a llorar sin parar.

Tenía razón. Últimamente la niña se había portado muy bien, pero lo había atribuido a la relajante influencia de David. Desde luego no

había sido gracias a ella. Ojalá conociera el secreto para tranquilizar a un bebé y acallar su llanto.

Cici estaba despierta, pero emitía alegres gorjeos mientras el coche se adentraba en la zona costera, donde pasarían la noche.

—¿Dónde vamos a parar? —preguntó mientras echaba una ansiosa mirada al hotel Ritz que acababan de pasar.

Pero lo peor fue cuando pasaron de largo frente al lujoso hotel Grand.

—Un poco más allá —contestó él.

Ayme se dio cuenta de que cuanto más se alejaban de los lujosos hoteles, más se alejaban también de las luces brillantes y las elegantes fachadas. En pocos minutos fueron engullidos por la penumbra.

—Ya estamos —anunció David mientras aparcaba en un destartalado y oscuro aparcamiento—. El Gremmerton.

—Pues no parece muy apetecible —ella inspeccionó las manchas de aceite en el asfalto y la destartalada fachada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó él mientras paraba el motor.

—Nada —era consciente de comportarse como una niña caprichosa —. Nada de nada.

Él hizo una mueca. Sabía exactamente en qué pensaba, pero no se molestó en explicarle por qué se alojaban allí. Cuando intentabas viajar sin ser localizado tenías que alojarte en lugares en los que nadie te buscaría. Tampoco podías llamar la atención y levantar sospechas haciendo que la gente se preguntara qué hacía allí una persona con ese aspecto.

—Nos estamos ocultando —le recordó él mientras descargaban el coche y se preparaban para llevar el equipaje a la habitación.

—De camino he visto un pequeño supermercado —observó ella—. Si te ocupas de Cici un rato, iré a comprar algunas cosas. Después nos instalaremos.

—Me parece bien.

Subieron dos pisos de escaleras y encontraron la habitación. Resultó no estar tan mal, aunque el papel pintado se despegaba por una esquina y sólo había una bombilla colgando del techo.

Y no había más que una cama.

Ayme la contempló fijamente durante un rato antes de volverse, perpleja, hacia él.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó—. Podríamos pedir una cama supletoria.

—No —contestó él con calma. Resultaba fascinante observar la secuencia de emociones que atravesaban el bonito rostro de la joven —. Se supone que somos una familia. Compartiremos la cama.

—No sé si deberíamos —ella abrió los ojos desmesuradamente.

La afirmación, junto con la mirada horrorizada, le dijeron a David

todo lo que necesitaba saber sobre su grado de inocencia, y también de su imaginación. Reprimió una carcajada y tosió antes de poder responder.

—Ayme, ¿crees que no seré capaz de controlarme? ¿De verdad piensas que voy a atacarte durante la noche?

Ella lo miró con suma gravedad. Era evidente que era justo lo que estaba pensando.

—De acuerdo —asintió al fin—. Te diré la verdad. Jamás me he acostado con un hombre.

—¡No! —David fingió sorpresa antes de lamentarlo. No quería que ella pensara que se burlaba. Su preocupación resultaba adorable. Comparada con la mayoría de las mujeres que conocía, era una delicia.

—No, de verdad —ella lo miraba muy seria—. No sé qué sucederá. Yo… yo no conozco muy bien a los hombres —sacudió la cabeza con preocupación—. He leído cosas…

—Ayme, no hagas caso de todo lo que leas.

Alargó una mano hacia ella. Fue un impulso natural para consolarla. Tomó el bonito rostro entre sus manos y sonrió.

—Escúchame atentamente. No voy a fingir que no me siento atraído por ti. Lo estoy. Cualquier hombre lo estaría. Pero eso no significa nada. Y, de todos modos, podré controlarlo. No voy a volverme loco de pasión en medio de la noche.

Ayme asintió aunque seguía pareciendo indecisa. Lo que David no había comprendido era que ella sólo había reaccionado a una de las cosas que él había mencionado: el que la atracción que sentía por ella no significara nada.

David decidió que no debería haberla tocado y se apartó mientras hundía las manos en los bolsillos de los vaqueros. Después frunció el ceño y observó el desfile de emociones que pasaba por su rostro, deseando no haber dicho nada.

Al hecho de que no significaba nada para él, ella añadió el vacío ante la ausencia del cálido y maravilloso contacto de sus manos sobre el rostro. Cualquier atracción entre ellos no sería más que un impulso biológico. Podría haber sido cualquier otra mujer, habría dado lo mismo.

«¡Vaya!», pensó con tristeza. «Eso sí que es destrozar el espíritu de una chica. No significo nada».

Pero, ¿qué otra cosa esperaba? Lo miró fijamente, todo lo grande y hermoso que era. Un hombre excepcional. Seguramente salía con montones de mujeres excepcionales. Y seguramente pensaba que ella era tonta y demasiado joven. Mientras tanto, su opinión de él era que se trataba de alguien bastante maravilloso.

David carraspeó, deseando poder comprender a las mujeres. Ayme

parecía muy infeliz y no sabía si era por el asunto de la cama o por alguna otra cosa.

—Vayamos paso a paso, ¿de acuerdo? —intentó tímidamente.

—De acuerdo —contestó ella en un susurro.

—Tú dormirás en tu lado y yo en el mío. Si te sientes mejor, puedo montar una barrera en medio del colchón con las almohadas.

—¿Igual que los viejos puritanos? —ella sonrió tímidamente.

—Si así lo deseas…

Ayme pareció ligeramente más tranquila, aunque no lo estuviera. Aún sentía la suavidad de la mano de David sobre su mejilla. No debería haberla tocado.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —preguntó, mientras miraba a su alrededor.

—Al final del pasillo —contestó él—. No tiene pérdida.

—¿Cómo? —Ayme se estremeció. Aquello era la gota que colmaba el vaso—. ¿En el pasillo?

—Eso es.

—De eso nada. Yo no puedo compartir el cuarto de baño —sacudió la cabeza con desesperación—. ¿Te has vuelto loco?

—Así funcionan los hoteles viejos —le explicó—. Tendrás que acostumbrarte. Estarás bien.

—No, no lo estaré —gritó ella con dramatismo mientras se dejaba caer sobre la cama—. Tráeme un orinal. No pienso salir de esta habitación.

Ayme se mordió el labio. ¿De verdad había reaccionado tan explosivamente? No se reconocía. Sin embargo, la combinación de circunstancias se había vuelto en su contra y se había desmoronado.

Estaba cansada, asustada y agotada, y no sabía adónde iba ni qué iba a suceder cuando llegara allí. Era lógico que estuviera de los nervios.

Pero David no tenía la culpa. Si lo pensaba bien, había demostrado una gran paciencia con ella. De hecho era un tipo estupendo y eso no hacía más que empeorar la estúpida rabieta que acababa de sufrir. Sintió cómo sus mejillas enrojecían.

—Muy bien —levantó la mirada hacia él—. Ya he terminado.

—¿Seguro?

—Lo siento —ella asintió mientras intentaba no llorar—. Iré a echarle un vistazo a ese cuarto de baño. Seguro que será un lugar encantador.

David tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no echarse a reír ante la dulce y adorable carita que había puesto. Le tomó ambas manos y tiró de ella para que se pusiera en pie.

—Vamos. Puedes hacerlo. Otros han sobrevivido para contarlo —sonrió.

Sus miradas se fundieron. Estaban muy cerca. Durante un segundo o dos, ella experimentó una fantasía, sólo un destello, de lo que podría ser si él la besara.

Aquello era ridículo. No tenía ningún motivo para besarla. La situación no era la apropiada para besos y, de todos modos, no mantenían una relación que incluyera besos. Jamás la mantendrían. Cualquier sentimiento que pudiera surgir entre ellos no significaría nada. ¿No había dicho eso?

«Métetelo en la cabeza», se reprendió en silencio.

No podía negar que había habido un par de miradas tórridas entre ellos durante el incidente de la inspección de su cuerpo. Y, desde luego, la sensación de sus manos sobre la piel la había catapultado a una especie de órbita sensual durante unos segundos. Pero no se trataba más que de atracción sexual. Podría haberle sucedido con cualquiera.

Quizás.

No tenía ningún dato al respecto. Se conocía bien y sabía que era la típica persona que veía romanticismo en casi cualquier situación. Cuando veía una película o un programa de televisión en el que no había ninguna trama romántica, enseguida perdía el interés. No era una persona profundamente reflexiva. Las teorías especulativas sólo conseguían atrapar su atención durante unos segundos. Lo que a ella le gustaba era ver a la gente amándose.

Quizás se debía a que ella misma nunca había disfrutado de un verdadero romance. No perdía la esperanza, pero no había surgido la persona maravillosa.

«Hasta David», le recordó una vocecita en su cabeza.

Desde luego no podía negar que era estupendo. Pero jamás sería hombre para ella y lo sabía. Estaban juntos en aquella aventura. Se ocultaban. Huían de alguien. Cuidaban juntos de un bebé. No había mucho romanticismo en todo eso, pero les mantenía unidos. Lo importante era no olvidar que aquello no significaba nada.

Sucediera lo que sucediera, no significaba nada.

Apretó la mandíbula y se dirigió pasillo abajo hasta el cuarto de baño que, descubrió, no era lo que había esperado. En realidad resultaba bastante acogedor, recién decorado y con más accesorios que el dormitorio.

Lo peor era un enorme espejo dispuesto sobre una coqueta junto a una silla. Se vio a sí misma en vivo y en directo, con un aspecto todavía peor del que había pensado. Sus cabellos parecían el nido de un pájaro, los ojos reflejaban cansancio y las ojeras eran monumentales. Soltó un gruñido y se dispuso a lavarse la cara antes de pellizcarse las mejillas para imprimirles algo de color. Después intentó peinarse para que el desorden resultara al menos algo menos

desagradable. Y entonces se dio cuenta del por qué de tantos esfuerzos. Le importaba lo que David pensara de ella.

—Maldita sea —susurró mientras se contemplaba en el espejo. No había ninguna esperanza. Él ya había visto lo peor de ella.

Se dirigió al supermercado y encontró una leche para bebés que tenía buen aspecto. En la cola de la caja se dio cuenta de que no llevaba la moneda adecuada.

—Esto… —hizo un gesto patético en un intento de ablandar a la cajera—. Sólo tengo dólares americanos. Supongo que no…

—No —la otra mujer sacudió la cabeza—. Hemos tenido algunas malas experiencias. No aceptamos dinero americano después de las seis.

—¿Y si…? —Ayme miró a la cajera mientras se preguntaba qué tendría que ver la hora.

—Lo siento —sentenció la chica mientras fruncía los labios pintados con carmín brillante y miraba al siguiente cliente.

Ayme suspiró. Tendría que regresar al hotel, subir los dos pisos de escaleras, conseguir que David le diera el dinero y volver a repetir toda la operación. Pero antes de que saliera por la puerta, alguien intervino y dio un paso al frente para impedirle a la cajera atender al siguiente cliente.

—Permítame, señora —inclinó graciosamente la cabeza. En su mano tenía el importe exacto, que entregó a la cajera con cierta floritura.

—Gracias… muchísimas gracias —Ayme contuvo el aliento y sonrió aliviada.

Qué hombre tan agradable. Tenía el aspecto de un compositor, o un director de orquesta. Sus brillantes ojos miraban hacia el horizonte y los cabellos grises parecían haberse escapado del pequeño sombrero de fieltro que llevaba. Sonreía ampliamente, como si estuviera escuchando música celestial. En conjunto, su aspecto era adorable.

—Es usted muy amable. En circunstancias normales no lo aceptaría, pero estoy muy cansada. Además, tengo el dinero. Si quiere, puede acompañarme a la habitación de hotel en la que nos alojamos…

Antes de terminar la frase ya supo que aquello no era una buena idea. Se suponía que debían ocultarse, no invitar a cualquier extraño. Rápidamente corrigió su sugerencia.

—Por favor, déjeme su nombre y dirección y me aseguraré de hacerle llegar el dinero.

—No se preocupe, querida —el hombre agitó una mano en el aire antes de saludarla con una inclinación del sombrero hacia ella—. Espero que tengan un buen viaje hacia el continente.

—Muchas gracias.

La sonrisa de Ayme se esfumó a medida que el hombre desaparecía

de su vista. ¿Cómo había sabido que viajaban hacia el continente? Casi ni lo sabía ella misma. La pequeña localidad costera era una especie de plataforma de lanzamiento para cruzar el canal. Seguramente se había tomado las palabras de su benefactor demasiado en serio.

Aun así, le hizo sentir inquietud.

—¿Vamos al continente? —preguntó en cuanto regresó al hotel y mientras sacaba los biberones de leche—. ¿Nos dirigimos hacia allí?

David había dormido a Cici y la había instalado en la nueva sillita de coche que podía reclinarse para formar una cuna.

—Sí —contestó David—. Mañana cruzaremos el canal.

—¿Vamos a Francia? —preguntó esperanzada. ¡Francia! ¡París! Le encantaría visitar todo aquello.

—A lo mejor —el sonrió enigmáticamente y evitó continuar la conversación.

—Estuve a punto de no conseguir la leche —le informó ella mientras preparaba una toma para Cici y le relataba el incidente con la cajera y el hombre de cabellos grises—. Fue muy amable —concluyó.

En la cabeza de David se dispararon todas las alarmas, aunque enseguida recuperó la calma. A fin de cuentas, era una joven muy atractiva y cualquier hombre se habría ofrecido a ayudarla en caso de necesidad. Él mismo lo habría hecho. Seguramente no había que darle más importancia.

Aun así se sintió inquieto.

—¿Qué te dijo exactamente? —la interrogó—. Cuéntame todos los detalles.

—No era más que un anciano adorable —insistió ella, aunque le contó todo lo que pudo recordar sin que encontrara nada extraordinario en sus palabras.

—Si vuelves a verlo, házmelo saber —David consideró por un instante cambiar de hotel, pero concluyó que estaba siendo un poco paranoico. No había verdaderamente ningún motivo para sospechar de ese hombre—. Y ahora mismo quiero que te tumbes en esa cama.

—¿Cómo? —ella se sobresaltó.

—Quiero que duermas un poco —él hizo una mueca ante lo predecible que era la joven—. Voy a salir un rato y cuando vuelva cuidaré de Cici si se despierta. Puede que tengamos que marcharnos muy temprano y quiero que aproveches ahora para descansar.

Ayme se volvió hacia él. Nunca le había parecido tan atractivo, aunque su mirada reflejaba cansancio.

—¿Y tú qué? Has conducido todo el rato y también necesitas dormir.

—Yo nunca duermo —él le dedicó una lánguida sonrisa, la que

reservaba para las ocasiones especiales.

—¡Por favor! —Ayme rió encandilada por la sonrisa—. ¿Acaso eres un superhéroe?

—Casi.

Ella sabía bien lo que era: un hombre receloso y desconfiado. ¿Por qué se sentía amenazado exactamente? ¿De qué huía? Le había descrito brevemente sus teorías, pero sin entrar en detalles. Si le contara más, ella podría compartir sus preocupaciones.

—Ayme, hazme caso —ordenó, al ver que no se movía—. No tenemos tiempo para discusiones largas y agotadoras.

—A la orden —contestó ella mientras se sentaba en el borde de la cama.

—Así me gusta —asintió él—. Considerando que se trata de una operación cuasi militar, yo soy el oficial al mando. De modo que harás lo que yo te diga sin cuestionarte nada.

—¡Ni lo sueñes! —ella puso los ojos en blanco.

—Eso me temo —él sacudió la cabeza—. Tengo que ir a hacer una llamada.

—¿Por qué no puedes llamar desde aquí? ¿No tienes tu móvil?

—Sí —contestó él—, pero no quiero utilizarlo para esta llamada.

—Entiendo —seguramente lo que no quería era que ella oyera la conversación.

—Enseguida vuelvo.

Ayme no se molestó en seguir preguntando. Se sentía confusa. A veces él se mostraba encantador con ella y entre ellos saltaba una chispa especial. Y, de repente, todo había desaparecido. Deseó poder comprenderlo.

No obstante tenía otras cosas en las que pensar. Saltó de la cama y se entretuvo un rato en guardar la ropa en el armario y recoger algunas cosas. Cici aún dormía. A lo mejor podría echarse ese sueñecito que le había sugerido David.

Un impulso hizo que se acercara a la ventana desde la que se veía el camino que conducía a la entrada del hotel. De repente vio a David. Daba la impresión de mantener una conversación acalorada por el móvil, gesticulando con la mano libre. Luego entró en el callejón contiguo al hotel y ya no pudo verlo más. Se preguntó con quién hablaría. Con suerte sería con alguien que conociera al padre de Cici.

Siempre pensaba en él de ese modo: el padre de Cici, y no Darius, príncipe de Ambria de la familia real depuesta. En el fondo estaba segura de que, una de dos, o Sam le había engañado, o alguien había engañado a Sam. La historia no parecía tenerse en pie, aunque quizás David podría descubrir la verdad.

Lo curioso era que confiaba plenamente en él y no quería analizar el motivo. Algo le decía que tenía que ver con una profunda necesidad

de estabilidad en su vida. Necesitaba que fuera bueno. Por tanto tenía que ser bueno. Así se sencillo.

Posó su mirada en Cici. Los bebés resultaban adorables cuando dormían. Poco a poco empezaba a saber manejarlo, o al menos eso creía. Intentaba repetir todos los movimientos de David. Resultaba evidente que una mano firme y una voz tranquila generaba una sensación de confianza que suponía una gran diferencia. Cici lloraba cada vez menos, lo cual suponía un alivio.

—Aprendo deprisa —se dijo a sí misma—. Sobreviviré.

Después se tumbó en la cama y se durmió de inmediato.

Capítulo 7

David hizo un par de llamadas antes de volver a hablar con su hermano. Monte tenía información para él. La historia de Ayme cuadraba a la perfección. Había tenido una hermana adoptiva llamada Sam que había sufrido unos cuantos arrestos siendo adolescente por pequeños hurtos y que había muerto en un accidente de coche unos pocos días antes. Pero eso no era todo. Los padres de la chica habían fallecido en el mismo accidente.

—Qué raro —murmuró David mientras reflexionaba sobre el horror que debía haber vivido Ayme—. Me pregunto por qué no me dijo nada.

—Nunca te fíes de una mujer, David. ¿No te estarás enamorando de ella?

—Claro que no. No me menosprecies tanto.

—Era broma. Nunca he dudado de tu capacidad de control. Pero pasemos a otros asuntos. No he descubierto nada sobre el impostor que finge esparcir tu amor por el mundo. Te lo haré saber en cuanto sepa algo.

—Gracias.

—Mientras tanto tengo noticias. Nuestro tío Thaddeus ha muerto.

—¡Oh, no! —David sintió una gran pena. Era el último de la vieja guardia—. Qué pena. Me hacía ilusión llegar a conocerlo y, con suerte, escuchar de él alguna historia sobre nuestros padres y los viejos tiempos.

—Lo mismo digo. Pero no ha podido ser. Sin embargo su funeral es otra cosa. No podemos faltar.

—¿Lo dices en serio? —David frunció el ceño.

—Sí. Por suerte la ceremonia se celebrará en Piasa durante la reunión del clan. Será un gran acontecimiento. Se le considera el patriarca de la comunidad de expatriados de Ambria. Todo el que sea de Ambria estará allí. Será nuestra oportunidad de dar un paso más para tomar las riendas del movimiento de restauración. El que se haga cargo en el momento adecuado será quien gobierne el futuro —hizo una pausa para que calara la importancia de su afirmación. Darius, debes venir. Te necesito a mi lado.

—Por supuesto. Si me necesitas, allí estaré.

—Al parecer toda la ciudad se convertirá en Ambria por unos días —Monte le dio los detalles.

—Nos vamos a descubrir.

—Sí.

—Gracias a Dios —David sonrió. Ambos rieron.

—No te olvides de Italia. Si no vas, tú te lo pierdes.

—Tú lo has dicho.

David colgó con una mezcla de emociones encontradas. Tenía

ganas de ir a Italia. Iba a ser una lección importante y excitante sobre su pasado, así como una oportunidad para establecer las bases del nuevo futuro. Pero al regresar al hotel lo que tenía en mente era a Ayme y la información que había averiguado sobre sus padres.

Regresó a la habitación y abrió la puerta sin hacer ruido. Ayme y Cici estaban profundamente dormidas. En la habitación había una luz encendida en una esquina. Se quitó el jersey y se desabrochó la camisa, pero no se quitó los vaqueros.

Se acercó a la cama que iba a compartir con Ayme y se deleitó en la contemplación del bonito rostro, el encantador hombro desnudo y la silueta de las largas piernas que se percibía bajo la sábana. Se sentía atraído por ella, de eso no había duda. Esperó a que el deseo pasara. No le había pillado por sorpresa, pero lo que sí le sorprendió fue otra sensación que acompañaba a la primera: una opresión en el pecho y una urgencia cálida y nada familiar. Le llevó un momento comprenderlo y, cuando lo hizo, cerró los ojos y soltó un juramento en voz baja.

Todo su ser deseaba protegerla. Todos sus instintos querían asegurarse de que nadie le hiciera daño.

¿De dónde había surgido? No recordaba haberlo sentido nunca. Había dedicado la mayor parte de su vida a protegerse a sí mismo y nunca había sentido la necesidad de preocuparse por los demás. En otras palabras, era un imbécil egoísta y egocéntrico. Eso podía aceptarlo. Entonces, ¿de dónde venía esa blandengue necesidad de protegerla?

Quizás fuera por culpa del bebé. Quizás estaba mezclando ambas cosas de una manera visceral que era incapaz de controlar. Debía tener cuidado con eso. Podría meterle en problemas y no quería cometer ninguna estupidez.

Lo más probable era que lo que había averiguado sobre la muerte de los padres de Ayme hubiera sido el factor desencadenante. Y quizás también influyera el hecho de que estuviera tan cansado. Podría ser. Necesitaba dormir. Y justo delante de él había una cama. Era una pena que ya estuviera ocupada.

Ayme se había sentido tan espantada ante la idea de dormir juntos que no se atrevía a meterse en la cama con ella sin previo aviso, sin que pudiera prepararse para ello. Sin embargo no era ningún depredador. Sólo un tipo con sueño. Y la cama resultaba demasiado tentadora como para pasarla por alto. Suspiró y se preparó para dormir.

Ayme se volvió y dio un respingo.

¡Había un hombre en su cama!

Por suerte resultó ser David. Aquello era lo que había temido. ¿Debía permitirlo? ¿No debería haberse resistido?

A lo mejor no. Todavía llevaba puestos los vaqueros, aunque el torso estaba desnudo. Aun así, dormía profundamente y no resultaba nada amenazador. Ayme se relajó y se apoyó sobre un codo para contemplarlo como no había podido hacer antes.

Le había dicho la verdad al confesarle que nunca había tenido una relación seria. Había salido con chicos en la facultad, pero nunca había llegado demasiado lejos. La mayoría de los hombres que había conocido la habían defraudado o irritado. Siempre atraía a una clase de hombres que nunca resultaban ser lo que ella deseaba en su vida.

David, de momento, no le había irritado, pero tampoco había intentado nada con ella. Hizo una mueca y pensó que si su desinterés duraba mucho más tiempo, acabaría por irritarle también.

—Nunca estás satisfecha —se acusó a sí misma soltando una carcajada—. Quisquillosa, más que quisquillosa.

Sin duda alguna era el hombre más atractivo que hubiera visto en su vida. Le gustaban sus brillantes cabellos color café y cómo caían sobre su frente en una sofisticada onda que sólo podría conseguirse en una peluquería de prestigio. Volvió a reír ante sus reflexiones.

—Oye —susurró—. Qué buen corte de pelo.

Sin embargo el resto de él era completamente natural, sin artificio alguno. Sus rasgos eran uniformes, la línea de las cejas era suave, la nariz romana, la barbilla cuadrada y cubierta por una incipiente barba que no hacía más que subrayar su masculinidad. Tenía un aspecto fuerte y rudo, pero también parecía un buen tipo.

Y luego estaba el resto. Tenía un cuerpo, a medio camino entre una estatua griega y un nadador olímpico, que aceleraría el corazón de cualquier mujer. La piel era suave y dorada y el vello que partía del bonito ombligo hacia abajo brillaba bajo la luz de la lámpara. Los vaqueros eran de los caros y la camisa impecable, a pesar de haberla llevado puesta todo el día. Tenía unas manos fuertes aunque suaves. Se acercó un poco más y aspiró el limpio y masculino aroma, percibiendo el calor que desprendía su cuerpo. De repente sintió un anhelo que no llegaba a comprender. Sentía la tentación de inclinarse y rozar su piel con los labios. Se acercó aún más y fantaseó con la idea de tocar ese ombligo con la lengua, de deslizar las manos por los espléndidos músculos.

Al levantar la vista hacia su rostro se encontró con los ojos azules abiertos de par en par, contemplándola fijamente.

—¡Oh! —dio un respingo y empezó a apartarse de él, pero las fuertes manos se lo impidieron.

—No hagas ningún movimiento brusco —susurró—. Cici se está moviendo.

Ayme se quedó quieta a escasos centímetros del rostro de David.

—Bueno —él la miró con un brillo burlón en los ojos—, creo que te he pillado espiándome.

—No es verdad —susurró ella mientras se sonrojaba violentamente.

—Sí lo es —David casi reía—. Te he visto.

—No, yo sólo… —su voz se apagó al no ocurrírsele ninguna excusa.

—El interés es una emoción perfectamente humana —bromeó él con dulzura—. Venga, admítelo. Sentías curiosidad.

—No pienso admitir nada —susurró Ayme—. Que sepas que no eres tan estupendo. Puede que resultes tentador, pero podré resistirme a ti.

Por algún motivo no había sonado como ella había pretendido y se sintió sonrojar de nuevo. David la sujetaba con fuerza de la muñeca, obligándola a permanecer pegada a él. Tan pegada que sentía el masculino aliento en la mejilla. Era una sensación encantadora y excitante y se le secó la boca. Los ojos de David ya no brillaban burlones sino tórridos, asustándola un poco. No podía quedarse allí pegada a él. Tiró con fuerza de la mano y consiguió soltarse.

—Creo… creo que voy a levantarme —Ayme se sentó en el borde de la cama—. Deberías dormir un poco y… y…

—Creo que me va a costar dormirme —él se apoyó sobre el codo en el instante en que Cici empezó a lloriquear—. Vamos a tener que levantarnos los dos.

Ella se acercó al bebé y lo tomó en brazos mientras David se levantaba y se ponía un jersey.

—Iré a buscar algo de comer —anunció él—. Debes tener hambre. ¿Te parece bien pescado y patatas fritas?

—¿Más pescado? —ella arrugó la nariz.

—Es muy sano —dudó un instante—. Aunque supongo que podría encontrar una hamburguesería si lo prefieres.

—No, lo cierto es que me gusta el pescado con patatas fritas. Siempre que no sean arenques.

—No te preocupes —él rió—. No suelen abundar mucho.

David salió de la habitación y ella suspiró sintiendo que en el aire había quedado una deliciosa tensión. Había dejado claro que no significaba nada, pero empezaba a pensar que él se estaba engañando a sí mismo. En cuanto a ella, cada vez significaba más.

El pescado con patatas resultó estar muy bueno, así como la cerveza con que lo acompañaron. Sin embargo había llegado el momento de ocuparse de Cici y esperar que volviera a dormirse para que ellos pudieran descansar. Después de media hora caminando por la habitación con el bebé apoyado contra el hombro, Ayme sintió la

necesidad de hacer una declaración.

—He decidido que no voy a tener hijos —sentenció.

—Vaya —David levantó la vista del periódico que había comprado —. Quizás lo mejor sea que esperes hasta estar casada.

—Tampoco voy a casarme —ella lo taladró con la mirada.

—Entiendo —él sonrió.

—Lo digo en serio —insistió—. Los bebés dominan tu vida. Es increíble la gran cantidad de trabajo que dan.

—Cierto —David sentía cierta simpatía hacia su postura. Él mismo lo había vivido—. Monopolizan todo tu tiempo, pero no es para siempre.

—Pues mientras dura sí lo parece.

—Sólo momentáneamente —él se reclinó en la silla—. Antes de que te des cuenta, salen por la puerta con sus amigos y ya no te necesitan.

—¿Y cuánto hay que esperar para ese maravilloso día? —ella lo miró con gesto de sufrimiento.

—Bastante.

—Iré tachando los días en el calendario.

—Puede que sea duro —él rió—, pero piensa en la recompensa.

—¿Qué recompensa?

Cici se movió en sus brazos, estirándose y haciendo un ruido parecido al de un gatito. La mirada de Ayme se suavizó visiblemente.

—¿Lo ves? —señaló él con dulzura.

—Sí, claro —ella sonrió con tristeza—, pero, ¿de verdad merece la pena?

David sacudió la cabeza. ¿Cómo demonios se había convertido en el gurú de las relaciones familiares? Sin embargo, Ayme parecía necesitar que la tranquilizaran un poco y eso sí podía hacerlo.

—Cuando tengas tus propios hijos —le aseguró—, creo que lo descubrirás por ti misma.

Se puso en pie y tomó a Cici de los brazos de Ayme mientras recordaba lo que le había contado Monte. Desde el primer día le había parecido ver un reflejo de tristeza en los bonitos ojos. ¿Por qué no le había hablado de sus padres? Algún motivo habría. O quizás, como había sugerido su hermano, era la demostración de que no se podía confiar en ella.

Claro que Monte no confiaba en nadie.

—Ayme, dijiste que no sabías gran cosa sobre tus padres biológicos ni sobre Ambria. ¿Qué es lo que sabes exactamente?

—Sólo algunas cosas que averigüé casualmente con los años —ella arrugó la nariz.

—Deberías saber más.

—¿Y cuánto sabes tú? —ella lo miró e hizo una mueca.

—No tanto como debería. Tendría que haber aprendido más.

—O sea que los dos somos ignorantes, por así decirlo.

—¿Por qué no sentiste más curiosidad? —él asintió. Entre los conocimientos de uno y otro, no obstante, había un abismo.

Ayme no contestó. En su cabeza rondaba otra idea.

—Tú fuiste adoptado igual que yo —observó—. ¿Nunca sentiste la necesidad, no sé, de demostrarles a tus padres que podían estar contentos por haberte elegido?

—Jamás —él la miró fijamente.

—Pues yo sí —ella se encogió de hombros—. Siempre me esforcé por hacer que se sintieran orgullosos de mí.

Se notaba. David se la imaginaba de niña con sus vestiditos almidonados y zapatitos de piel.

Cici se había dormido al fin y la acostó en su cuna improvisada antes de volverse de nuevo hacia Ayme.

—¿Y lo estaban? —preguntó con delicadeza sin quitarle los ojos de encima—. Orgullosos.

—Desde luego. Yo era la hija perfecta. No sacaba más que sobresalientes, ganaba premios, estaba en el equipo de natación, conseguía becas. Creo… creo que hice todo lo que pude.

Ayme recordó cuando se inscribió en los campeonatos escolares a pesar de ser la concursante más joven y de estar segura de no tener ninguna posibilidad. Jerry, el chico que le gustaba entonces, lo había intentado sin conseguirlo y se burló de ella y le hizo la vida imposible durante días diciéndole que iba a ser el hazmerreír del colegio.

Cuando por fin llegó la noche de la competición, Jerry había dejado de ser objeto de su devoción, pero había conseguido minar su autoconfianza. Subió nerviosa al escenario con las rodillas temblorosas y sin estar segura de oír bien las preguntas. Le entró el pánico. Jerry tenía razón: no era lo bastante buena. Miró hacia los lados, dispuesta a salir corriendo.

Después había mirado al público. Allí estaba su madre, tan dulce; y su padre, sujetando un cartel con su nombre. Los dos aplaudían entusiastas y lanzaban besos en su dirección. Creían en ella. Se le formó un nudo en la garganta, pero de repente supo la respuesta a la pregunta aunque creyera no haberla oído bien. Le otorgaron diez puntos. No iba a salir huyendo. Una sensación de gran calma le invadió. Lo haría por sus padres.

Ayme había ganado el trofeo en nombre del colegio. Caminando de regreso a casa entre sus padres, de repente, su madre se había adelantado para abrir de par en par las puertas de la casa y dentro estaban los vecinos y algunos amigos soplando cornetas y arrojando confeti. Era una fiesta sorpresa por su victoria. Más tarde cayó en la cuenta de que la celebración había sido planeada antes de que sus

padres supieran que iba a ganar. Lo iban a celebrar de todos modos.

Al pensar en aquella noche se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que morderse el labio para contenerlas.

—Les hice muy felices. ¿No crees? —preguntó mientras miraba a David con ojos brillantes.

David no tenía la respuesta, pero le tomó la mano y la sujetó entre las suyas mientras la miraba a los ojos deseando saber qué decir para ayudarla a encontrar consuelo.

—Sé que lo hice —ella respiró hondo y cerró los ojos mientras empezaba a llorar.

David la abrazó y la acunó mientras murmuraba palabras de consuelo que no significaban nada, pero que consiguieron que se calmara y se apartara de él como si se sintiera avergonzada. Él le permitió alejarse a regañadientes.

—Lo siento —murmuró ella con una tímida sonrisa—. No sé por qué me he derrumbado así. No es propio de mí.

—Estás cansada.

David le dio tiempo para recuperarse mientras se preguntaba cuándo iba a contarle que sus padres habían fallecido en el accidente de coche. Sin embargo, Ayme se calmó y empezó a hablar de un perro que se había encontrado de niña.

—¿Y qué pasa con Sam? —preguntó él al fin para hacerle retomar el tema.

Una vez empezado a desahogarse, Ayme se sintió dispuesta a continuar, como en una especie de catarsis.

Tenía que contárselo todo en ese mismo instante. Había un pequeño sofá en un rincón y ambos se sentaron mientras continuaba su relato.

—Era la otra cara de la moneda —empezó—. El lado oscuro, supongo. Cuanto mejor me iba a mí, peor le iba a ella —intentó sonreír, pero su rostro se negaba a obedecer—. Cuanto más parecía brillar yo, más rechazaba Sam ese camino. Se convirtió en una rebelde, la que fracasaba a propósito. Se hizo tatuajes en contra de las órdenes de nuestros padres, se puso un pirsin en la nariz y empezó a frecuentar malas compañías.

—Un caso típico. Ya lo había visto antes.

—Supongo —Ayme se encogió de hombros—. Es curioso, pero ahora lo veo más claro que nunca. Sabía que estaba resentida contra mí —levantó la vista y consiguió sonreír—. No me malinterpretes, también compartimos muy buenos momentos, pero siempre había un resentimiento subyacente. Yo pensaba que si lo intentara un poco más… pero ella creía que yo ya me había llevado todo el cupo de amor de la familia. Que no había hueco para su éxito. Tenía que encontrar otro papel que interpretar.

—Debió ser duro para tus padres.

—Desde luego, pero en cierto modo tampoco ayudaron. Nunca se reprimieron al decirle a Sam lo que pensaban de ella.

—¿Y la comparaban contigo?

—Desgraciadamente, sí. Lo cual no ayudó en nuestra relación.

—Me lo imagino.

—De modo que Sam se marchó de casa en cuanto pudo. Estuvo años entrando y saliendo, marchándose con un novio tras otro y regresando únicamente cuando necesitaba algo. Rompió el corazón de nuestros padres. Y de repente apareció con un bebé en brazos. Por supuesto, por un lado estábamos encantados, había un nuevo miembro en la familia, pero al mismo tiempo, mis padres se sintieron horrorizados. ¿Dónde estaba el padre de Cici? ¿Se habían casado? Ya sabes la respuesta.

—Creo que sí.

—Al principio se mostró sumisa. Creo que estaba sometida a mucho estrés por tener que cuidar del bebé ella sola. Pero en cuanto descansó y comió lo suficiente, volvió a su ser desafiante. Y cuando mamá intentó que hiciera algunos planes realistas, estalló.

—Lo cual serviría de mucho.

—Sí. Más tarde aquella noche me dijo quién era el padre de Cici. Vino a mi habitación y me pidió que cuidara del bebé. Dijo que la maternidad no era para ella y que se marchaba.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más.

—¿Y qué le dijiste?

—¿Tú qué crees? —Ayme se volvió hacia él—. Me puse histérica. No podía aceptar su bebé. Me negué y grité mucho. Le dije que si nuestros padres no se hacían cargo de ella, habría que entregarla en adopción.

—¡Ay…!

—Sí. Dije cosas horribles —contempló al bebé que dormía. ¿Había cambiado en algo su opinión?—. Cosas que no eran verdad. Pero intentaba obligarla a enfrentarse a la realidad. Tenía una responsabilidad. No podía sacudírsela de encima sin más.

—Y sin embargo eso fue lo que terminó haciendo.

—Le quitó a mi madre las llaves del coche —ella asintió—, y se marchó en medio de la lluvia.

—¿Y tus padres fueron tras ella?

—Sí, y la encontraron enseguida.

—¿Y?

—Hubo un accidente y Cici se convirtió en mi problema —ella se puso tensa.

David la contempló perplejo. ¿Por qué no continuaba y le contaba

que sus padres habían muerto en el mismo accidente? ¿Qué se lo impedía? Había sido algo terrible y seguramente seguiría traumatizada, pero lo mejor sería abrir la herida, trabajarlo e incluirlo en el contexto de su vida. Hasta que no lo hiciera, mucho se temía que sus ojos seguirían reflejando esa profunda tragedia. Y lo que más deseaba para ella, y lo deseaba dolorosamente, era su felicidad.

Capítulo 8

Cici pasó la noche muy inquieta y Ayme y David se turnaron para pasear con ella en brazos y conseguir así dormir un poco. Por la mañana se sentían relativamente descansados y dispuestos a enfrentarse a un nuevo día.

Hacía una mañana preciosa. Tomaron un desayuno rápido y caminaron por el paseo empedrado hasta el puerto mientras contemplaban los reflejos plateados del sol sobre el mar y la brisa que empujaba algunas algodonosas nubes. Cici se portó estupendamente y miraba a su alrededor con sus enormes ojos azules.

Ayme había encontrado unos bonitos vestiditos en la bolsa del bebé que le permitieron vestirla de manera muy elegante para el paseo matutino.

—Ésta es la parte divertida: vestirlos con ropa bonita.

—A mí nunca me ha llamado la atención —David puso en duda su afirmación.

—Hay que aprender de los errores —le aconsejó ella con una sonrisa descarada.

David rió. Le gustaba esa sonrisa descarada. En realidad empezaban a gustarle muchas cosas de esa jovencita. Demasiadas. Pero no podía detenerse a pensar en ello. Se limitaría a disfrutar del tiempo, el paisaje… y de su compañía.

Observaron los barcos entrar y salir del puerto y a los marineros regresar con la captura. Escucharon los sonidos, olieron el mar y respiraron el aire marino. Después llegó la hora de regresar y caminaron lentamente hacia el hotel. David sentía un extraño bienestar al que no estaba acostumbrado. Cici emitió un gracioso gorjeo y ambos rieron. Él sonrió. Era un bebé muy mono.

Pero, ¿de quién era?

¿Había alguna posibilidad real de que fuera el padre de Cici? Había repasado mentalmente todas sus citas desde hacía un año. Lamentablemente, su estilo de vida no ayudaba mucho. ¿Qué demostraba eso? Quizás nada, pero sí indicaba que había mantenido relaciones con mujeres que no habían significado nada para él. Y no era precisamente un motivo de orgullo.

Estaba casi seguro de no ser el padre del bebé. Pero una diminuta duda no dejaba de molestarle. Era la clase de cosa que te rondaba por la mente cuando despertabas de golpe en medio de la noche. Durante el día quedaba aparcada a un lugar irrelevante, apenas perceptible. Aun así, nunca desaparecía del todo.

Estaba pensando en ello cuando Ayme se giró repentinamente y señaló hacia un hombre que desaparecía a la vuelta de una esquina.

—¡Mira! Ése es el hombre de la tienda de anoche.

—¿Qué hombre? —David se volvió, pero ya había desaparecido.

—El del pelo blanco… ¿no lo has visto?

—No. ¿Quién es?

—En realidad no lo sé, pero fue encantador conmigo anoche en la tienda. ¿Recuerdas? No tenía dinero británico y él pagó mi cuenta. En realidad le debo dinero. Estaremos atentos por si le vemos y así podré pagarle.

El incidente puso a David en alerta. Ver dos veces a la misma persona era demasiado.

—Maldita sea —exclamó—. Tenemos que irnos.

—¿Irnos? —Ayme se volvió hacia él—. ¿Adónde? ¿Por qué?

No podía explicárselo. Seguiría haciendo preguntas. Además, no les quedaba tiempo.

—Vamos, date prisa. Tenemos que irnos.

—De acuerdo, pero explícame por qué.

—Quería esperar a que anocheciera —él eludió contestar—. Todo resulta más fácil en la oscuridad.

—O más difícil, depende de qué.

—Cierto —él le dedicó una sonrisa—. Haremos el equipaje y nos marcharemos a toda prisa.

—David —Ayme corría a su lado, pero el rostro reflejaba rebeldía —. Cuéntame nuestros planes.

—Escapar del hombre de pelo blanco.

—¿Qué? ¿Por qué? Fue muy amable.

—La mayoría de los asesinos son unos tipos estupendos para ir a jugar a los bolos —murmuró él—. Puedes buscarlo. Es pura estadística.

Ella sacudió la cabeza. No la estaba tomando en serio y eso empezaba a irritarle. Se plantó ante él y le bloqueó el paso hacia el hotel con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Sabes una cosa? Tendrás que darme una buena explicación. No puedo hacer nada sin un motivo. Tengo una mente metódica y lógica y necesito saber por qué hago las cosas.

—Lo haré —David parecía molesto aunque intentó conservar la calma—. Dame un poco más de tiempo.

—Por lo que yo sé —ella agitó las manos en el aire—, podríamos dirigirnos a robar un banco o atracar una tienda de caramelos, o secuestrar a un famoso jugador de hockey o…

—No es nada de eso —le aseguró, aunque sabía que no lo había dicho en serio—. Ayme, no tenemos tiempo ahora. Lo hablaremos cuando estemos en marcha.

Ella suspiró. Sabía que no iba conseguir salirse con la suya. Aún no. Pero…

—De acuerdo —cedió al fin mientras corrían hacia las escaleras.

Consiguieron una plaza en el transporte de coches a través del

túnel y lo atravesaron en tiempo récord. Poco después volvían a salir a la autopista, en el lado francés del canal.

Ayme estaba emocionada. En parte se trataba de un viaje turístico para ella. Pero cuando David giró a la izquierda en contra de sus previsiones, protestó.

—El cartel dice que a París se va por la derecha.

—Es que no vamos a París —él la miró receloso.

—¿Adónde vamos? —preguntó apesadumbrada.

—Ya lo verás.

Ayme se mordió la lengua. Ya estaba harta de oír «ya lo verás». Si no confiaba en ella lo suficiente para hacerle saber adónde se dirigían, ¿qué sentido tenía acompañarlo?

En un instante de lucidez cayó en la cuenta de que debería preocuparse únicamente de su propio comportamiento. ¿Por qué huía por todo el continente con un hombre al que apenas conocía? Ya era malo haberlo dejado todo impulsivamente para viajar a Londres con Cici sin más que una dirección. Pero ¿qué hacía en esos momentos? Aquello era una locura. La obsesión de David con el peligro era sincera, de lo contrario no adoptaría tantas medidas para ocultarse. Y ella lo acompañaba como si fuera su destino. ¡Una locura!

Sin embargo, sabía bien por qué lo hacía. El que fuera un ejemplar masculino espectacular ayudaba bastante. Entre ellos había chispa, eso no podía negarse.

Pero también había algo más, algo más profundo, algo peor. Lo hacía para evitar enfrentarse a la realidad.

Curiosamente se había lanzado a una persecución peligrosa para evitar su situación real. Parecía una contradicción, pero así eran las cosas. Cualquier cosa era mejor que sentarse a reflexionar sobre su vida. Cuanto más tiempo durara ese periplo a ninguna parte, más tardaría en tener que enfrentarse a lo que les había sucedido a su hermana y sus padres. Y más tardaría en tener que enfrentarse a su propio futuro.

De acuerdo. Sabía por qué lo hacía. Y sabía por qué lo hacía él, al menos tenía una buena idea. Pero eso no significaba que tuviera que aceptar más «ya lo verás». O era su cómplice en el crimen o abandonaba. Bueno, quizás no exactamente, pero le haría saber que no era feliz e insistiría en recibir un trato mejor.

Se reclinó en el asiento y contempló el hermoso perfil, la sensual barba de varios días y los brillantes cabellos que cubrían su frente.

—¿Qué pasa? —David frunció el ceño.

Ayme no contestó. Se limitó a seguir mirándolo. David miró varias veces en su dirección hasta que al fin, exasperado, paró el coche a un lado de la carretera y se volvió hacia ella.

—¿Qué sucede? —preguntó airado—. Me estás volviendo loco con

este silencio. Dime qué quieres.

—Confianza —ella se sumergió en sus ojos azules—. Quiero tu confianza.

Por la expresión de perplejidad de su rostro quedó claro que no sabía de qué le hablaba.

—Yo confío en ti —protestó.

—No, no lo haces. Si confiaras en mí me dirías la verdad.

Él la miró receloso.

«¡Lo sabía!», pensó ella. En su rostro estaba la evidencia de su culpabilidad.

—¿La verdad sobre qué? —preguntó él con cautela.

—Sobre todo —contestó ella con firmeza.

Todo. David se reclinó contra el reposacabezas y rió suavemente. Ayme no tenía ni idea de lo mucho que se complicarían las cosas si lo supiera todo.

—Ayme, Ayme, ¿qué te hace pensar que sé la verdad sobre algo?

—Sabes más que yo. Y me conformo con eso —ella se acercó y apoyó una mano en su brazo en un intento de subrayar la importancia que tenía para ella—. No soporto que tú sepas algo que yo no sé. Tú me guías y yo te sigo a ciegas. Necesito controlar mi propio destino. No puedo quedarme sentada y permitir que lo controles tú. Necesito poder decidir libremente —apretó con más fuerza el brazo de David—. Dame los hechos, déjame tomar mis propias decisiones. Déjame cometer mis propios errores. Pero no me trates como a una niña, David. Por favor. Déjame ser tu compañera.

David contempló el rostro cargado de sinceridad y sintió una oleada de emoción distinta a lo que había sentido jamás. Le gustaba. Le gustaba mucho. Demasiado. Pero no le importaba. Había algo bueno y sincero y valioso en ella. Le tomó una mejilla con la mano ahuecada y sonrió. La necesidad de besarla era apremiante. Pero otra necesidad competía con la primera. La necesidad de proporcionarle todo lo que deseara en la vida. Quería protegerla y estar allí para ella y, al mismo tiempo, dejarle volar en libertad.

Pero, sobre todo, lo que quería era besarla. Se acercó un poco más sin apartar los ojos de los bonitos labios. Casi podía saborearla…

Un momento. Soltó un juramento y se contuvo. Alguien tendría que hacerlo. Respiró hondo y apartó la mano de su mejilla mientras desviaba la mirada y recuperaba la compostura. ¿Qué demonios hacía?

—¿Quieres hechos, Ayme? —frunció el ceño—. Muy bien, pues ahí van. He recibido la confirmación de que alguien me persigue. No era mi imaginación.

Una madrugadora llamada a Monte le había proporcionado esa información.

—Creo que tu hombre de los cabellos blancos podría ser uno de ellos.

—¡Oh!

—Ahora mismo intento pensar en el modo de llegar a un lugar seguro sin que los malos sepan dónde estamos. De modo que nos dirigimos a una bonita granja en Holanda. Mi hermana vive allí. Si lo conseguimos sin que nos pase algo, nos quedaremos un tiempo.

Ayme suspiró. Era lo que quería saber. Una pequeña señal de que confiaba en ella.

—Gracias —respondió antes de sonreír—. Parece un buen plan. Siempre me han gustado las hermanas de los demás.

David observó iluminarse el bonito rostro y gruñó para sus adentros. La tentación de besarla no lo abandonaba en ningún momento. Cada vez que la miraba se imaginaba lo que sería abrazar su cuerpo y sus instintos masculinos cobraban vida. Tenía que encontrar el modo de apagar su libido. La atracción sexual no era más que una nueva manera de complicar su vida y tenía que resistirse a ella.

—Estoy seguro de que tú también le gustarás —contestó secamente.

—Muy bien —ella sonrió alegremente—. Tú nos guías.

Y él lo hizo.

Sin embargo, David sabía bien que no había hecho más que empezar a proporcionarle información. Estaba en la naturaleza humana. Cuando lo probabas, siempre querías más. Antes de que pasara media hora, Ayme estaba de nuevo haciendo preguntas.

—¿Y exactamente quiénes son esas personas que te buscan?

—Supongo que son agentes del gobierno de Ambria —David se encogió de hombros—. Pero no estoy seguro.

—¿Saben que trabajas contra ellos?

Él asintió. De momento no le daría más detalles.

—Necesitamos darles un nombre —ella frunció el ceño y se mordió el labio—. Chicos malos parece demasiado genérico.

—¿Eso crees?

—Sí —reflexionó durante un par de minutos—. Ya lo tengo. Los llamaremos los acechadores.

—Está bien —él se encogió de hombros, divertido, ante la necesidad de Ayme de organizado todo.

Ella sonrió encantada con su idea.

También estaba encantada con la idea de viajar a Holanda.

—Esto es precioso —observó unas horas más tarde—. Parece un cuento de hadas. Todo es tan bonito y está tan limpio.

—Así es Holanda —asintió él—. Es un lugar bastante agradable.

—Y tú creciste aquí.

—En efecto.

—¿Te convirtió eso en una persona agradable?

—Me alegra que te hayas dado cuenta —él rió.

Ayme sonrió. La familiar chispa saltó y ambos desviaron la mirada, pero ella sintió el calor hasta los dedos de los pies y le pareció estar flotando en una nube.

A última hora de la tarde llegaron a las afueras de la ciudad de Twee Beren, donde vivía la hermana de David.

—Te diré otra cosa más, Ayme —serpentearon por las calles de la ciudad—. Si mi plan sale bien, nos dirigiremos a la granja de mi hermana en un carro de heno. ¿Qué te parece?

—Qué interesante —la expresión de Ayme no ocultaba cierto recelo.

—Pensé que te gustaría. Espero que Cici pueda con la paja.

—¿La paja? —ella pestañeó—. ¿Qué paja?

—Estaremos enterrados en heno. Paja —David la miró perplejo—. No sabes lo que es un carro de heno, ¿verdad?

—Pues… creo que sí. De hecho, creo que monté en uno de pequeña y recorrí varios ranchos con mi padre.

—Ahí lo tienes. Deberías ser una experta.

—No sé…

—El hecho es que estoy seguro de que las personas que nos siguen…

—Los acechadores.

—Los acechadores —él asintió y sonrió abiertamente—. Seguro que tienen la matrícula de este coche, de modo que tenemos que deshacernos de él. Después nos subiremos al carro de heno. Eso debería echarles atrás.

—A mí desde luego me echa —murmuró ella mientras se preguntaba cómo se le había ocurrido ese plan.

—Muy bien —David aparcó el coche junto a un descampado y se volvió hacia ella—. Allá vamos. Tenemos que caminar unas dos manzanas. Yo llevaré a Cici. Tú procura pasar desapercibida.

—¿Y cómo hago eso? —ella lo miró perpleja.

David le echó una rápida ojeada. Tenía razón. Estaba preciosa con el sol del atardecer iluminando sus cabellos dorados. Todo el mundo se volvería para mirarla.

—Ponte fea —decidió, aunque sabía que resultaría imposible—. Toma este gorro de lana.

Ayme se lo puso y adquirió el aspecto de un pilluelo callejero. David no pudo evitar sonreír. Era tan malditamente adorable…

Sin embargo, un transeúnte que también sonrió ante la imagen le

hizo fruncir el ceño.

—Vamos. Estamos llamando la atención. Tendremos que darnos prisa.

Recogieron sus pertenencias y sacaron a una durmiente Cici del coche antes de apresurarse calle abajo hasta doblar la esquina y encontrarse frente a una taberna con un caballo sarnoso enganchado a un carro en el que había apilado un montón de heno.

David asintió satisfecho.

—Menos mal. Algunas cosas nunca cambian. El viejo granjero Shoenhoeven lleva toda la vida parando aquí cada tarde para tomarse unas copas. De camino a su casa pasa por la granja de mi hermana —sonrió ante los recuerdos—. La última vez que lo hice fue hace quince años. No sé cuántos años tendrá el hombre. Ya me parecía viejo entonces…

—¿Lo conoces? ¿Crees que nos llevará?

—Nos llevará, aunque no lo sabrá —contestó David mientras inspeccionaba la calle con la mirada—. No podemos quedarnos aquí para que todos nos vean. Tendremos que ocultarnos en el carro.

—¿Qué has dicho que vamos a hacer? —ella se paró en seco y lo miró espantada—. Ni siquiera en Texas hacemos cosas tan estúpidas.

—Pues aquí, en Holanda, sí —miró a su alrededor. No había nadie a la vista—. Vamos. Al pasar junto al carro, gírate un poco. ¿Ves el escalón? Desde ahí podrás subirte y zambullirte en la paja.

—¿Estás de broma? —Ayme lo miró horrorizada.

—Date prisa, Ayme —le ordenó en un tono que no admitía discusión—. Antes de que alguien nos vea.

—Pero…

—¡Hazlo!

Ayme agitó las manos en el aire, pero obedeció. David la siguió de cerca, pasándole al bebé para hacer un hueco en el heno en el que cupiesen los tres. Se acurrucaron bajo la paja y se quedaron muy quietos. Ayme contenía la respiración, escuchando, pero nadie parecía haberles visto.

—¿Está bien Cici? —susurró David al cabo de un rato.

—Sigue dormida —Ayme miró al bebé y le quitó una pequeña brizna de paja—. ¿Qué te parece?

Con mucho cuidado dejó al bebé sobre una manta, asegurándose de que la paja no tocara su carita. Después se volvió hacia David. El pequeño nido que se habían hecho resultaba casi acogedor y no pudo reprimir una pequeña sonrisa.

—Esto es bastante estúpido —susurró—. Tengo la sensación de que mis pies asoman por un lado. Me siento como la bruja de *El mago de Oz*.

David sonrió apoyado sobre un codo, tremendamente atractivo con

los cabellos cubiertos de heno.

—¿Parezco un granjero? —preguntó mientras mordisqueaba una larga paja.

—Desde luego.

—Calla —le urgió—, o la gente empezará a llamar a la policía para denunciar un carro de heno parlante.

—Míranos, ocultos en un carro de heno —ella no podía mirarle a los ojos sin echarse a reír.

—Calla —repitió él en tono amenazador.

—Es demasiado divertido y tan ridículo… —habló entre carcajadas —. Quiero decir, ¿qué demonios hacemos aquí?

—Te estás poniendo histérica —le advirtió susurrándole al oído.

—No estoy histérica. Me haces cosquillas.

—Yo no te hago cosquillas.

—Tu aliento. Me hace cosquillas en la piel.

Por algún motivo, eso le hizo estallar de nuevo en unas carcajadas que intentó reprimir sin éxito. David también estaba a punto de echarse a reír sólo con mirarla. Pero si querían sobrevivir, tenía que hacer que se callara y dejara de hacer que todo el montón de heno se agitara. Y Ayme no parecía capaz de lograrlo.

De modo que la besó. A su entender era la única opción, aparte de estrangularla.

Pretendía que fuera algo rápido que la sobresaltara e hiciera que las carcajadas se pararan en seco. Una advertencia. Una sugerencia. Un modo de evitar que les perjudicara a todos. Pero se convirtió en mucho más que eso.

Cuando la boca de David cubrió la suya, Ayme separó los labios de inmediato y sacó la lengua invitándolo a entrar. Él aceptó la invitación y todo empezó a nublarse. Todo era suave y tierno, y todo lo que él tocaba parecía fundirse. Jamás se había sentido tan bien. Y no quería parar.

Ella tampoco. Los demás chicos a los que había besado no habían sido más que experimentos que no habían resultado cálidos ni tentadores. Pero aquello era diferente. Se sentía como si hubiera caído por un precipicio al intentar atrapar una fruta madura. La caída le provocaba una deliciosa sensación tras otra y no quería llegar al fondo. Quería caer eternamente, siempre que estuviera en brazos de David.

Se apretó contra él, suplicándole más. El abrazo resultaba tan consolador, tan cálido y seguro, que se sumergió en el beso como si al fin hubiera encontrado su lugar en el mundo.

Sin embargo no duró mucho tiempo. David se apartó mientras se censuraba por haber sido tan imbécil. Aquello era lo que había estado evitando. No podía hacerlo. Era una estupidez, pero, sobre todo, no

era justo para ella.

—Lo siento —la miró a los ojos—. No quería hacerlo.

—Calla —ella abrió los ojos desmesuradamente—. Ya viene.

Escucharon en silencio y sin moverse mientras el hombre se despedía y se acercaba al carro cantando.

—¡David! —Ayme soltó un respingo—. ¡Está borracho!

—No…

—Sí lo está —le susurró junto al oído—. Escucha.

—No está borracho. Sólo un poco achispado. Ha bebido mucho y se siente flotar. Nada más.

El granjero se sentó en el pescante y, tras darle una orden al caballo, se pusieron en marcha. El carro crujía y los cascos del caballo repiqueteaban sobre el asfalto mientras el granjero cantaba a pleno pulmón.

—¡Desde luego ha bebido demasiado! —exclamó Ayme.

—Sí —reconoció David—. Es cierto, pero no pasa nada. Esto no es un coche. El caballo conoce el camino. Él se encargará de todo.

—¡El caballo! —ella sacudió la cabeza.

—Siempre puedes confiar en el caballo. Aquí en el campo puedes quedarte dormido al volante… o más bien a las riendas, y es el caballo el que te lleva a casa.

—¿Cómo sabes todo eso? —Ayme no estaba muy segura de creérselo o no.

—Yo solía vivir aquí. Todos los veranos pasábamos al menos un mes en el campo.

Las ruedas de madera tropezaron con una piedra y el carro dio un bote.

—¡Ay! No recuerdo que fuera tan doloroso. Supongo que mis huesos han envejecido.

Ayme reía de nuevo y él se contagió. Era verdad. Aquello era una locura, pero al menos despistarían a los acechadores. O eso esperaba. No estaba seguro de saber qué querían, pero sí que no estaba dispuesto a dárselo. Tenía la sensación de que estaba relacionado con un empeño en impedirle acudir a la cita en Italia a finales de la semana.

Se alegró ante la perspectiva de ir a casa de Marjan. Era la hermana más cercana en edad de todos los hermanos adoptivos y habían crecido muy unidos. Estaba casada y vivía en las afueras de Twee Beren. Aunque no había podido llamarle, sabía que se alegraría de verlo. Con suerte, aceptaría acoger a Ayme y a Cici hasta que encontraran al padre del bebé. Eso le dejaría libre para actuar, y libre para reunirse con Monte en Italia. Y también le permitiría alejarse de la tentación que empezaba a representar Ayme.

Se bajaron del carro sin tantas precauciones como al subir. El

granjero cantaba tan alto que no se hubiera dado cuenta aunque una orquesta de trompetas ensayara bajo el montón de heno.

David llamó a la puerta de la granja y una mujer de aspecto agradable, y ligeramente entrada en carnes, se arrojó en brazos de su hermano sin decir palabra.

Ayme observaba la escena mientras les seguía al interior de la casa y Marjan explicaba que su familia estaba fuera y que se encontraba sola allí.

—Hans se lleva a los niños a visitar a su madre cada año para su cumpleaños. Normalmente yo también les acompaño, pero este año había prometido hacer unas tartas de queso para el festival de la ciudad y aquí estoy.

David se alegró de tener que dar explicaciones sólo a una persona. Había estado reflexionando sobre qué decir, cómo explicar su huida y por qué quería que Ayme se alojara con ella. Sin embargo disfrutó de un momento de respiro mientras las mujeres charlaban animadamente y Marjan preparaba un dormitorio para Ayme y el bebé. Cici empezó a inquietarse y su hermana la tranquilizó con mano experta.

—Se te da tan bien como a David —admiró Ayme.

—Aquí todos crecimos cuidando de los más pequeños. A veces creo que he estado cuidando bebés toda mi vida.

—También tuviste esos años en la Sorbona —David carraspeó.

—Sí, pero será mejor no hablar de eso —Marjan sonrió y puso los ojos en blanco—. Una total pérdida de tiempo.

—¿No te divertiste? —su hermano enarcó una ceja.

—La diversión está sobrevalorada —Marjan miró a David con severidad—. A menudo deja un montón de desperdicios atrás —se volvió hacia Ayme—. Supongo que querrás tener a tu hija contigo, ¿verdad?

—¡Por supuesto!

—Aún guardo una cuna que será perfecta.

Tras darles de cenar un poco de sopa, envió a Ayme a la cama ante la cara de cansancio de la joven. Después se volvió a su hermano.

—El bebé no es suyo, ¿verdad?

—¿Ya te has dado cuenta? —él sonrió.

—No sólo es el hecho de que no tenga mano para cuidarlo —ella asintió—. Hay algo en su manera de mirarlo —se encogió de hombros—. Falta ese sentimiento profundo.

—Tienes razón —David asintió lentamente—. Pero lo disimula infinitamente mejor que cuando irrumpió en mi vida.

—¿En serio?

—Sólo le faltaba llevarlo colgando de una pierna.

—¿Pretendía hacer creer que era suyo? —Marjan rió.

—Sí, pero no hacía más que hablar de un libro sobre el cuidado de

bebés y enseguida me di cuenta de que era un fraude.

—Una afirmación muy poco amable, ¿no crees? —su hermana frunció el ceño.

—Tienes razón —reconoció él—. Mentirosa es mucho más acertado.

—¿Vas a contármelo o tendré que esperar a leerlo en los periódicos?

David la miró con cautela, sin saber muy bien hasta dónde podía contarle.

—Podrías empezar por decirme hacia dónde os dirigís.

—No «nos dirigimos» —contestó a la defensiva—. No somos pareja.

—¿Ah, no?

—No. Yo voy a Italia y ella… —suspiró—. Esperaba que pudiera quedarse contigo unos días.

—Por supuesto —asintió Marjan—. Leí en el periódico lo de la muerte del último miembro de la familia real de Ambria. Thaddeus, ¿verdad? el funeral se celebrará en Italia.

—Interesante —David la miró fijamente.

—Sí —su hermana sonrió inocentemente—. ¿Vas a asistir?

—¿Por qué lo preguntas? —el corazón de David latía con fuerza.

—Por nada —ella se levantó—. ¿Te apetece un poco más de sopa? —preguntó con una sonrisa.

Él no contestó y se limitó a mirarla fijamente largo rato.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó al fin.

Capítulo 9

—¡Oh, David! —Marjan revolvió los cabellos de su hermano con cariño—. Hace mucho que sospecho quién eres y por qué viniste a vivir con nosotros hace años.

—Espero que no comentes tus ideas con nadie —David la miró con gesto preocupado.

—No lo haré. Comprendo el peligro que supone —Marjan se sentó a su lado y le tomó la mano—. Hace años que lo descubrí. ¿Recuerdas el verano que cumpliste quince años? De repente estabas demasiado ocupado para acompañarnos en la excursión en bicicleta por los canales. Te pasabas el día leyendo un libro, como si estuvieras poseso. Yo no entendía qué te pasaba, de modo que miré ese libro a escondidas. Era sobre Ambria, esa extraña isla que casi nadie conoce. Pero tú estabas loco por ese lugar y yo tenía celos. Mi mejor amigo estaba enganchado a algo nuevo y no lo compartía conmigo.

David apretó la mano de su hermana y ella sonrió.

—De modo que yo también empecé a leer sobre Ambria y encontré información sobre los príncipes perdidos. Las fechas encajaban con el momento en que viniste a vivir con nosotros. Después consulté fotos de la familia real —sacudió la cabeza y volvió a sonreír—. Entonces lo supe. Era una historia fascinante. Mi hermano, un príncipe.

—¿Lo saben los demás? —él suspiró.

—No lo creo —su hermana sacudió la cabeza—. No creo que ninguno de ellos se preguntara siquiera por qué estabas con nosotros, ni de dónde venías, o por qué una familia que ya tenía cinco hijos, y otro más en camino, querría uno más. Simplemente dieron por hecho que tu familia era amiga de nuestros padres y que te acogimos porque lo necesitabas.

Ella rió dulcemente.

—¿Lo recuerdas? Nos pasábamos las noches de verano hablando de lo humano y lo divino. Siempre sospeché que había algo más en ti. Además, recuerdo la noche en que llegaste. Todos susurraban y se comportaban como si estuviera a punto de suceder algo terrorífico —asintió—. Y cuando leí sobre el aristócrata fallecido pensé que seguramente irías a Italia al funeral. Creo que es la primera vez que haces tuya la causa.

—¿Vamos a Italia? —la voz de Ayme irrumpió en la intimidad de la cocina.

Los hermanos dieron un brinco y David escudriñó de inmediato el rostro de Ayme en busca de alguna señal de que hubiera oído más de lo conveniente. Sin embargo sus ojos reflejaban inocencia. No debía haber oído gran cosa.

—Yo voy a Italia —le informó—. Marjan se ha ofrecido a alojarte aquí hasta que vuelva.

—¡Oh, no! —los ojos de la joven lo miraron suplicantes—. Aún no hemos encontrado a ese Darius.

David se levantó y se acerco hasta ella tomándole ambas manos. Vestía el camisón blanco que su hermana le había prestado y parecía un verdadero ángel. Se le hizo un nudo en la garganta. Era tan hermosa que dolía.

—Ya hablaremos de ello mañana —le aseguró—. Duerme un poco. Necesitas descansar.

—De acuerdo —asintió ella al fin—. Sólo quería el biberón caliente de Cici, pero…

—Aquí lo tienes —Marjan se lo entregó—. Buenas noches, Ayme. Si necesitas algo, dímelo.

—Buenas noches, y muchas gracias —Ayme sonrió vacilante.

Tras una última mirada a David, se giró para marcharse.

—¿Y dices que no sois pareja? —Marjan miró a su hermano y asintió para sus adentros.

Sin embargo él no le quitaba ojo a Ayme y no pareció oírla.

Ayme le dio el biberón a Cici y volvió a acostarla en la bonita cuna antes de meterse en la cama. Era una cama cómoda y calentita. A lo mejor si cerraba los ojos y se relajaba conseguiría dormirse de inmediato y no tendría que pensar.

Lo intentó, pero no funcionó.

Tenía los ojos abiertos de par en par, fijos en la oscuridad.

No iba a pensar en Sam ni en sus padres. Jamás conseguiría dormir. Lo mejor sería pensar en David. Se acurrucó bajo las mantas y cerró los ojos mientras se imaginaba a David con ella en la cama. Enseguida estaba durmiendo.

El día siguiente amaneció ligeramente borrascoso. David hizo un rápido repaso desde su ventana de la segunda planta, pero no detectó ninguna señal de que estuvieran siendo vigilados. Ayme y Cici aparecieron frescas y descansadas y Marjan les preparó a todos un magnífico desayuno.

David intentó recordar cómo había empezado esa loca carrera por el continente y cómo se había dado cuenta de que estaba en peligro y necesitaba huir. ¿Realmente había sido la aparición de Ayme el desencadenante? ¿O había sido la llamada telefónica en medio de la noche? ¿O acaso la proximidad del viaje a Italia había desencadenado la sensación de que su vida estaba en peligro?

—¿Has intentado contactar con el hombre de Dallas? —le preguntó a Ayme.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Ha intentado alguien telefonearte?

—¿Y cómo iba a saberlo? —ella sonrió con amargura—. Me hiciste apagar el móvil.

—Comprueba tu buzón de voz —sugirió él.

Ayme lo hizo, pero no había nada. Tampoco había ningún mensaje de su madre, que habitualmente le dejaba un mensaje de saludo; y eso le provocó un nudo en la garganta.

David abrió un maletín de cuero en el que había cuatro móviles y eligió uno.

—¿Por qué tienes tantos teléfonos? —preguntó ella.

—Por si acaso. Me gusta estar preparado —sacó uno del maletín y levantó la vista—. Muy bien, ahora dime su número.

—¿Qué número?

—El número de ese Carl. Quiero investigarle.

Ayme encontró el número y él lo marcó. En pocos segundos una voz contestó.

—Ha llamado a Euro Imports. El señor Heissman no está disponible en estos momentos. Por favor, deje su nombre y número de teléfono para que él pueda llamarle. Gracias por llamar a Euro Imports.

—Euro Imports —murmuró David mientras buscaba la referencia en Internet.

Enseguida lo encontró y no le pareció nada extraño.

Miró a Ayme, que no le había quitado la vista de encima.

—Parece que es cierto que tu amigo Carl es un hombre de negocios de Dallas —empezó—. De modo que si fue él quien llamó la otra noche, a lo mejor no suponía tanta amenaza.

Ella asintió.

—Aunque quizás fuera otra persona la que llamó. Nunca se sabe. Los problemas de tres insignificantes seres como nosotros no tienen importancia en este loco mundo.

Ella rió al pensar en quiénes eran esas tres personas. Casi tuvo la impresión de que formaban parte de una familia.

Terminaron el café y David le pidió a su hermana que cuidara de Cici durante una hora para que pudiera llevarse a Ayme a dar una vuelta. Quería que conociera al viejo Meneer Garvora, el hombre que le había enseñado algunas de las cosas más importantes de Ambria y que seguía viviendo en la zona.

Emprendieron la marcha por un camino flanqueado por setos y David le explicó cómo el anciano le había sorprendido pescando en una propiedad privada cuando tenía unos diez años y, como escarmiento, le había obligado a leer un libro sobre Ambria y luego hacerle un completo resumen.

—No sé cómo adivinó mi relación con ese país, suponiendo que lo supiera, pero insistió en que lo aprendiera todo sobre aquél lugar. Y le estaré eternamente agradecido por ello.

David era consciente de lo mucho que ese hombre le había avivado la llama, asegurándose de que no cayera en la apatía. ¿Cómo había sabido lo importante que sería para su futuro?

—Ojalá alguien me hubiera enseñado algo así —comentó Ayme.

—Yo te enseñaré todo lo que necesites saber —él la miró y sonrió.

Ayme lo miró con expresión airada y él supo de inmediato que estaba pensando en sus planes de abandonarla en casa de su hermana.

Llegaron a la cabaña ocupada por el mentor de David, pero el lugar parecía desierto.

—Parece la casa de un *hobbit* —observó ella—. O quizás la de los siete enanitos.

David llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Dieron una vuelta por el jardín y encontraron un banco de piedra en el que se sentaron, contemplando un pequeño estanque y disfrutando del sol de la mañana. Y allí le contó a Ayme algunas de las lecciones que el anciano le había enseñado cuando era niño.

La memoria era curiosa. En cuanto hubo abierto la mente al pasado, surgieron muchas cosas en las que no había pensado en años. En especial recordó lo perdido y solo que se había sentido mientras intentaba encontrarle un sentido a su situación. Había pasado años preguntándose por su familia, preguntándose lo que les había sucedido.

En un momento de su infancia había interrogado a su madre adoptiva. Sus padres de acogida nunca habían mencionado el hecho de que fuera un añadido a su boyante nido. Le trataban como si hubiera llegado a la familia igual que el resto de sus hijos y, echando la vista atrás, se sintió agradecido por ello. Pero en su momento le había dificultado poder hablar de su antigua vida. Se sentía como si traicionara su amabilidad. Aun así, tenía que descubrir todo lo que pudiera.

Cuando al fin se había armado de valor para preguntar, su madre adoptiva lo había mirado con expresión de tristeza y lo había abrazado. Tras explicarle lo mucho que sentía las tragedias ocurridas en su vida, le había mostrado su cariño acompañado de unas cuantas lágrimas. Pero lo que no le dijo fue la verdad.

Quizás ella no supiera nada, pensó después, pero en aquella época se había mostrado resentido por la falta de información. Tenía la sensación de estar ciego. Quería información sobre sus hermanos.

Quería saber cómo habían sido sus padres. Tenía miles de preguntas y sus padres adoptivos sólo le ofrecían su cariño.

A medida que se fue haciendo mayor había empezado a hacer

averiguaciones por su cuenta. Casi todo el mundo parecía dar por hecho que toda su familia había sido eliminada durante la rebelión, pero él sabía la verdad y no se lo tomaba muy en serio. Sabía que había esperanzas de que algún otro miembro de la realeza hubiera sobrevivido. Aun así, siempre estaba alerta, como aquella oscura y tormentosa noche, porque un movimiento equivocado, o una palabra descuidada, podría acarrearle el desastre.

Y entonces lo había encontrado Meneer Garvora. El anciano, a su modo, le había abierto el mundo de Ambria. Con el tiempo se había dado cuenta de lo valioso que había sido.

—De modo que él te dio lo que tus nuevos padres no podían darte —observó Ayme—. Tuviste suerte de que llegara a tu vida.

—Mis padres adoptivos se portaron muy bien conmigo —él asintió—, y les estoy muy agradecido. Gracias a mi padre, me he labrado una buena carrera en su empresa —la mirada se le enturbió—, pero nunca los sentí como mis verdaderos padres, como pareces sentir tú a los tuyos. Nunca estuvimos tan unidos —se encogió de hombros—. Quizás se deba a que yo sí recuerdo a mis padres biológicos, lo que podría haber dificultado mi apego hacia los adoptivos. Y seguro que también se debió a que éramos un montón de niños y no resultaba sencillo conseguir un poco de atención individualizada.

—Yo recibí toda la atención del mundo —Ayme suspiró—. Era la niña bonita y disfruté cada segundo de ello. Con el tiempo he comprendido que las alegrías por mis éxitos desplazaron a Sam y lo siento muchísimo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y David le pasó un brazo por los hombros atrayéndola hacia sí. Cuando ella levantó la vista, la besó con dulzura en los labios.

—Me gustas —susurró ella con una sonrisa.

David sólo había pretendido consolarla. Protegerla del dolor. Pero al mirarla a los ojos, había visto tanta dulzura que había perdido todo sentido de la realidad.

Quería hablarle, pero el nudo que tenía en la garganta se lo impedía. Era más que atracción lo que sentía por ella. La deseaba, la necesitaba, sentía una abrumadora necesidad de tomarla en sus brazos y besarla en los labios, besarle los pechos y hacerle sentir su deseo hasta que estuviera dispuesta a aceptarlo en cuerpo y alma.

La idea de hacerla suya despertó en él un deseo que amenazaba con dinamitar sus inhibiciones. Era todo necesidad y deseo. Durante un instante se sintió como un lobo que ha avistado la presa que el destino le ha reservado. ¿Cómo negarse?

Le tomó el rostro entre las manos y vio aceptación en los ojos marrones. Apenas podía respirar y el corazón le latía con tanta fuerza que no oyó el ruido de la verja trasera.

—¿Quién anda ahí?

David se quedó helado y su cuerpo se rebeló. Cerró los ojos y se obligó a recuperar la calma mientras Ayme se le escapaba de las manos y se ponía en pie para saludar a la anciana que se aproximaba a ellos.

—Hola —saludó la mujer—. He venido para recoger el correo.

David también se puso en pie, sintiéndose como un hombre que acababa de evitar caer en un pozo oscuro. Respiraba con dificultad, aunque consiguió sonreír y hablarle a la mujer.

—¿Ya no vive aquí Meneer Garvora?

—Sí, desde luego que sí, desde hace treinta años —contestó amablemente la anciana—. Pero se ha ido de viaje. Es la primera vez que se marcha de aquí desde hace años. Dijo que a lo mejor tardaba un tiempo en regresar —agitó una mano en el aire—. Yo le riego las plantas mientras está fuera.

—Entiendo. Siento mucho no haber podido saludarlo.

Ayme lo miraba con expresión perpleja, algo lógico teniendo en cuenta que había estado a punto de cometer una locura y ella sin duda se preguntaría si era de fiar. Soltó un juramento para sus adentros. Iba a tener que controlarse mejor si no quería descubrirse por completo.

«Piensa en Ambria», se dijo a sí mismo. «Piensa en Monte».

—Eso es —la anciana continuaba hablando—. ¿No es uno de los Dykstra? Creo recordar haberle visto por aquí hace años. ¿Tengo razón?

—Tiene razón. Meneer Garvora me dio unas importantísimas lecciones de geografía. Sólo quería darle las gracias por ello.

—Le diré que ha venido.

—Por cierto —a punto de marcharse, David se volvió—. ¿Le dijo adónde iba?

—Sí, por supuesto. Se marchó a Italia.

David enarcó las cejas y, tras darle las gracias a la mujer, hizo un gesto a Ayme y emprendieron el camino de regreso.

—Vaya… —Ayme rompió el silencio—. ¿Nosotros también vamos a Italia?

Él gruñó, pero no contestó.

—Si pudiera encontrar a ese Darius —murmuró ella.

—Escucha, necesitamos hablar de eso —él la miró con el ceño fruncido antes de dudar—. ¿Eres consciente de que no es muy probable que tuviera la intención de casarse con tu hermana?

—Eso ya lo sé —Ayme agitó una mano en el aire—. Conociendo a Sam, dudo que ella tuviera idea de casarse con él —sonrió con tristeza al recordar a su hermana—, Sam no solía permanecer junto al mismo tipo más de un fin de semana.

—¡Uf!

—Ya te digo —ella asintió—. Supongo que él será como la versión masculina de mi hermana. No sé si me entiendes —lo miró fijamente mientras reanudaban la marcha—. Pero creo que tiene derecho a saber que tiene una hija y Cici el derecho a tener una oportunidad de que su padre la quiera.

—Lo sé —David dio un respingo. Empezaba a darse cuenta de lo complicado que podría resultar aquello—. A mí también me preocupa.

—No le podemos echar la culpa. Supongo que será la clase de hombre que tiene a todas las mujeres a sus pies. Un hombre joven, atractivo, príncipe y todo eso…

—Por supuesto —él tuvo que darle la razón y asintió mientras sonreía fugazmente—. Pero eso no significa que tenga que aceptarlas a todas, ¿no? No, si tiene algo de integridad.

—¿Un famoso con integridad? —ella sonrió divertida—. Alguno debe de haber, pero… yo tengo mis dudas —se encogió de hombros—. Además, los hombres se han arrojado a mis pies toda la vida. Debe ser que algunos me encuentran encantadora y atractiva.

—Estoy totalmente de acuerdo —en la mirada de David había un brillo cálido.

—Pero jamás permitiría que se me subiera a la cabeza —Ayme intentó conservar la calma—. Si te acercas demasiado al borde, acabarás cayéndote al pozo.

Él rió ante el tono melodramático, pero su sonrisa se evaporó al recordar cómo había estado a punto de perder el control un rato antes. Jamás lo habría creído posible. Jamás había sentido nada parecido, tan fuerte, tan abrumador, tan irresistible. Casi daba miedo. Era su pozo particular.

—De todos modos, creo que debería darle la oportunidad de explicarse. Sobre todo por el bien de Cici.

David sintió que se le despertaba una gran admiración por Ayme. Sin embargo, estaba casi seguro de que ese tipo era una sabandija y que lo menos que se merecía era el exterminio.

A punto de tener la casa de su hermana a la vista, algo, quizás un instinto innato de supervivencia, hizo que se parara en seco. Fuera lo que fuera sintió un gran peligro agazapado y obligó a Ayme a continuar la marcha tras él, agazapados tras el seto que bordeaba el canal en lugar de caminar por la carretera. Se mantuvieron ocultos y entraron a hurtadillas por la puerta trasera sorprendiendo a Marjan en la cocina.

—Menos mal que habéis entrado por atrás —les recibió ella—. Acabo de saber por mi amiga Tilly Weil que hay un hombre vigilando la casa. Está tras ese grupito de árboles al otro lado del camino y finge observar pájaros.

—¿Cuánto tiempo lleva allí? —David se acercó a la ventana.

—Tilly cree que estaba allí a primera hora de la mañana, luego debió irse a desayunar y acaba de regresar, prismáticos en mano. Parece que el paseo en el carro de heno no sirvió para nada.

—Quizás —reflexionó David—. Aunque quizás esté vigilando la casa de mi hermana por si se me ocurriera aparecer. Nunca se sabe —miró a Ayme—. Será mejor que me marche.

Ayme lo miró con los ojos muy abiertos provocándole un profundo dolor. No le iba a resultar fácil dejarla atrás.

—En primer lugar —intervino su hermana—, sé que debes tener muchas ganas de irte, pero, por lo que he visto, creo que tienes razón y que no están seguros de si estás aquí o no. Yo te aconsejaría esperar a mañana. Si lo haces, tendrás un lugar en el que dormir y mañana puede que consiga sacarte de aquí sin que nadie te vea.

Él reflexionó durante un rato. Su hermana tenía razón. Si se marchaban de inmediato, tendrían que buscar un lugar en el que pasar la noche y ya empezaba a hacerse tarde.

—De acuerdo —asintió al fin—. Nos iremos mañana por la mañana. Temprano.

—Ayme, espero que te quedes aquí conmigo —Marjan intentó ayudar a su hermano a hacer lo correcto y se volvió hacia él—. Me sería de gran ayuda y, al mismo tiempo, yo podría enseñarle algunas cosas prácticas sobre bebés.

David estudió el agradable rostro de su hermana sintiendo ese sincero cariño que no sentía por casi ninguna otra persona. Pero fue incapaz de mirar a Ayme. Sabía que estaba conteniendo la respiración a la espera de su respuesta.

Por su mente atravesaron diversos y variados pensamientos. Pensamientos sobre la idea de su hermano de emparejarlo con la que sería una princesa perfecta, sobre las advertencias de Monte en contra de su implicación con Ayme, sobre lo mucho más sencillo que resultaría escabullirse solo si ella se quedaba atrás. No debía olvidar el premio. Lo sabía. La compañía de Ayme solía alterar su concentración.

Todo eso lo sabía y estaba de acuerdo, pero en su corazón latían otras ideas. Ella no podía permanecer a su lado para siempre, pero en esos momentos la deseaba muy cerca. La deseaba ¿Por qué? Aún no estaba preparado para expresarlo en voz alta.

Pero también quería asegurarse de que estuviera a salvo. Al menos por el momento. No sería posible hacerlo siempre, pero sí por el momento.

Había tomado una decisión. Se la llevaría a Italia con él. A Monte no iba a gustarle, pero le daba igual. Monte aún no era el rey.

—Gracias, Marjan, por tu ofrecimiento. Te lo agradezco de veras y te quiero, pero no puedo aceptarlo. Ayme debe acompañarme.

El corazón de Ayme daba saltos de alegría. ¡Sí!

—Bueno —la sonrisa de la otra mujer era elocuente—, ¿y qué pasa con el bebé? Podéis dejarla aquí. Yo la cuidaré. Os vendrá bien viajar por el mundo sin la carga de un bebé.

El corazón de Ayme latía con fuerza mientras contenía la respiración. En el fondo sabía que sería incapaz de dejar a la indefensa criatura atrás, pero, ¿qué opinaba David?

Él se volvió lentamente y la miró primero a ella y luego a Cici.

—Eso lo tendrá que decidir Ayme —contestó—. Aquí estaría segura —sugirió—. ¿Qué dices?

Ella lo miró fijamente en busca de alguna pista sobre lo que pensaba realmente. ¿Deseaba tener la libertad que no tendría con el bebé? Era comprensible que fuera así. Pero también le resultaba inaceptable. Necesitaba que Cici les acompañara.

Respiró hondo. Iba a tener que insistir en ello, aunque eso significara que David cambiara de idea y decidiera marcharse solo. No había otra manera. Cerró los ojos y pronunció una breve oración.

—Cici debe venir con nosotros —anunció con voz alta y clara—. Su lugar está con nosotros. No puedo separarme de ella.

—Bien —David sonrió—. Gracias, Marjan, pero nos llevamos a Cici.

Ayme sintió una llama de felicidad que ardía en su pecho, ocupando el espacio reservado al corazón. Corrió escaleras arriba para preparar el equipaje.

Disfrutaron de una encantadora cena preparada por Marjan con la ayuda de Ayme, con alguna que otra interrupción para atender a Cici. Comieron con apetito y rieron mucho. Aquella noche, durmieron bien.

Al día siguiente, cuando estuvieron dispuestos para marcharse, descubrieron que Marjan había ideado un plan para ellos.

—De acuerdo, Mari, cuéntamelo. ¿Cuál es esa idea? —le preguntó su hermano.

—Te lo explicaré. Dijiste que querías despistarles regresando al lugar en el que abandonaste el coche y recuperarlo.

—Sí.

—¿Y no lo sabrán? —la mujer frunció el ceño.

—Lo dudo —él se encogió de hombros—. Ya lo habrán registrado en busca de cualquier información que les resulte de utilidad. No hay motivo para que sigan vigilándolo si piensan que lo hemos dejado abandonado.

—Podrías llevarte mi coche —sugirió Marjan tras asentir a las palabras de su hermano.

—Gracias, Mari, pero seguramente también lo estarán vigilando, por si acaso. Creo que mi idea es mejor.

—De acuerdo entonces —ella volvió a asentir—. Pero, siguiendo con mi plan, mi amiga Gretja suele ir a la ciudad en barco por el canal

cada dos días. Hoy vendrá a recoger mis tartas de queso para llevarlas a la feria. ¿Qué os parecería regresar a la ciudad en barco?

—Sería perfecto —David sonrió abiertamente.

—Muy bien —ella lo abrazó antes de hacer lo mismo con Ayme—. Os quiero a salvo y felices. ¡Tened cuidado!

Cuarenta minutos después estaban a bordo del barco de Gretja, escondidos en la pequeña cabina, en un rincón imposible de ver desde la orilla. La que más disfrutó de aquello fue la propia Gretja, que sonreía y los miraba con los ojos brillantes, como si transportara a unos contrabandistas.

—¿No os parece divertido? Intento no mover los labios al hablar para que no me descubran. Ya sabéis, por si están espiándonos desde la orilla. Creo que voy a fingir estar cantando. Sí, eso funcionará. ¿No os parece?

La mujer les levantó el ánimo. El trayecto fue corto, pero resultó divertido. Al desembarcar en el muelle más abarrotado que encontraron, le dieron las gracias efusivamente y en pocos minutos estuvieron de vuelta en el coche de David, conduciendo hacia Francia.

—No sé cuánta más de esta locura podré aguantar —confesó Ayme instalada en el asiento trasero para darle el biberón a Cici—. No soy más que una chica de Dallas. No estoy acostumbrada a esta clase de vicisitudes.

—No olvides ese semestre en Japón —le recordó él con ironía.

—Bueno, sí, es cierto —ella entornó los ojos mientras reflexionaba —. Pero íbamos acompañados todo el tiempo. Estábamos muy controlados. Aquí me siento como si fuera en un tren que estuviera fuera de control. ¿Qué pasará si descarrila?

Él la contempló con una mirada que a ella le pareció excepcionalmente sensual.

—No te preocupes, si te caes yo te atraparé.

—¿En serio?

Era evidente que David bromeaba, pero ella le sonrió deseando poder preguntarle quién era realmente.

No formuló la pregunta en voz alta, aunque persistía en el fondo de su mente. Sabía que le ocultaba algo, pero no acertaba a adivinar qué podría ser.

Había oído algunas palabras intercambiadas entre él y su hermana, pero no entendía nada. Y en el fondo tampoco le importaba. Sólo quería estar con David. Desde el principio había abandonado toda precaución para acompañarlo, y seguía haciéndolo.

¿Se estaría enamorando de él? ¿Cómo podría saberlo si ni siquiera sabía quién era realmente? Desde luego había experimentado un auténtico flechazo, mucho más fuerte que cualquier sentimiento que hubiera tenido hacia ningún hombre. ¿Era amor? Necesitaba más

datos. Al fin consiguió armarse de valor para hacerle la pregunta.

—David, ¿cuándo vas a decirme quién eres realmente?

Él la miró y Ayme tuvo la clara sensación de que intentaba averiguar cuánto creía saber. ¿Qué significaría aquello?

—Quiero decir —continuó ella—, que sé que casi todo el mundo cree que eres un holandés llamado David Dykstra, pero en realidad no es así. De modo que, ¿quién eres realmente?

—No, Ayme, te equivocas —contestó él con exagerada paciencia—. De verdad que soy David Dykstra. Pero también soy otra persona.

—Alguien de Ambria.

—Eso es.

—¿Y cómo se llama ese alguien?

—Más adelante —él sacudió la cabeza.

—¡Por favor! —exclamó Ayme—. Odio que me digas eso.

—Es lo único que puedo decirte de momento.

—Pues no me vale —ella esperó que dijera algo más, pero al ver que permanecía callado, continuó—. ¿Y cuándo será «más adelante»?

—Te lo diré cuando crea que pueda decírtelo.

—¿Y por qué no ahora mismo?

—Ayme…

—Lo sé, lo sé —ella levantó una mano—. Es demasiado peligroso.

—Pues sí que lo es. No quiero que te pase algo por saber demasiado.

—Claro —sus labios dibujaron una cínica sonrisa—. Podrían secuestrarme. Y luego podrían torturarme hasta romperme todos los huesos —golpeó la tapicería del coche con un puño—. ¡Pero jamás conseguirán hacerme hablar!

Ayme suspiró.

—O también podría contarles todo lo que sé, lo cual sería más probable. De modo que entiendo que no quieras decírmelo. Crees que me romperé bajo presión —lo miró fijamente—. Pero, ¿qué sucederá cuando lo descubra por mí misma? ¿Entonces qué? Dime.

—Te lo estás tomando a broma, Ayme —contestó él con calma—. Pero no es ninguna broma que te torturen para sacarte información. Y podría suceder —frunció el ceño—. Lo cual me haría preguntarme por qué permití que me acompañaras.

—Muy bien —se apresuró ella—. Dejemos de especular. No te suplicaré más. Te lo juro.

—Mentirosa —él soltó una carcajada.

—De acuerdo, ¿y qué tal si me dices adónde vamos?

—A Piasa, Italia. Mi tío falleció y debo asistir a su funeral.

—Comprendo.

Aquello era mucho más de lo que se había esperado y le llevó un momento digerir la información.

—¿Tú tío de Ambria?

David asintió.

Ayme abrió la boca para hacer más preguntas, pero él la obligó a callar con un juramento.

—Ya basta, Ayme.

—De acuerdo —de repente, ella recordó algo—. Se me olvidó contarte que volví a ver al hombre del pelo blanco.

—¿Qué? —él se giró bruscamente hacia ella—. ¿Cuándo?

—Mientras íbamos del barco al coche. No pude advertirte de ello porque estábamos bastante ocupados, pero lo vi, o al menos a alguien que se le parecía mucho. Entraba en una tienda al otro lado de la plaza. No creo que nos viera.

—Maldita sea —David reflexionó durante unos segundos—. Muy bien. Agárrate.

En pocos segundos volaban por la carretera a una velocidad de vértigo.

—Oye, frena un poco. Ellos también sabrán conducir deprisa. No vas a despistarlos así.

—Tienes razón —él disminuyó ligeramente la velocidad—. Sólo quería tener la sensación de estar avanzando un poco.

—Con suerte no sabrán dónde estamos y no vendrán tras nosotros —observó ella—. Nunca se sabe —suspiró—. Hasta ahora nunca se me había ocurrido que gran parte de lo que te sucede en la vida se debe al estúpido azar.

—Hasta cierto punto —él asintió y redujo la velocidad un poco más—. Pero también cuentan las agallas, la determinación y cuánto estés dispuesto a sacrificar en la vida.

—Siempre hay esperanzas. Es mi lema. Si trabajas duro recibirás tu recompensa, o algo así. Pero… —alzó las manos—. Mira cómo me ha allanado el azar el camino en la vida. Fui adoptada por unos padres maravillosos que me adoraban y lo dieron todo por mí. ¿Qué habría sido de mí con otros padres? Tuve suerte de aterrizar con los Sommers.

—Tanta suerte que casi equilibró la balanza por la mala suerte de perder a tus padres biológicos —observó él secamente.

—Es verdad —ella frunció el ceño—. Hubo tanta mala suerte como buena, ¿verdad?

—Más o menos.

—El último día en Dallas, cuando estaba sola con Cici —Ayme reflexionó un instante—, se pasó el día durmiendo. A mí me aterrorizaba la idea de que se despertara, pues habría tenido que tomarla en brazos y no sabía qué hacer con un bebé. Mis padres se habían ido en busca de Sam para llevarla de vuelta a casa y sólo me habían dicho que cuidara de Cici.

Ayme suspiró antes de proseguir.

—Si Sam no se hubiera marchado. Si mis padres no hubieran descubierto tan rápido dónde estaba. Si… Si… —cerró los ojos durante unos segundos—. Pero cuando abrí la puerta y me encontré con la policía, lo supe. Enseguida. Lo supe. Era como si el fin del mundo hubiera aterrizado ante mi puerta. Al menos el fin de mi mundo.

David se preguntó si al fin iba a contarle cómo habían muerto sus padres.

—Pero hay que comprender que estaba en estado de *shock*, y que sólo fue por puro azar que, dado mi estado de alteración, no les mencionara la existencia de Cici. Si la hubiera tenido en brazos, o si hubiera empezado a llorar, me habría acordado de ella. Y se la habrían llevado. Y sin embargo me encontré con el bebé de Sam y sin familia.

Ahí estaba. Él esperó muy tenso. Sin familia. A lo mejor continuaba y le hablaría de sus padres. Esperó a que ampliara la información, pero ella miraba por la ventana.

—¿Y ésa fue la mala suerte? —la animó a continuar.

—No, en realidad no. Cuando por fin fui capaz de volver a pensar con sensatez, comprendí que Cici era responsabilidad mía. No podía entregarla a ninguna institución. Tenía que encontrar a su padre.

—Quizás si les hubieras hablado de ella a las autoridades, habrían encontrado a su padre —David se encogió de hombros.

—Quizás, pero dado el estilo de vida de Sam y las locuras que había cometido, tuve la sensación de que habría problemas. Y demoras. Y burocracia. No, desde el principio supe que lo mejor sería cuidarla yo misma. Además, necesitaba… —su voz se apagó.

—¿Qué necesitabas?

—Nada —Ayme carraspeó.

Necesitaba algo que hacer, algún sitio al que ir para no tener que enfrentarse a la muerte de sus padres.

—Hablaba de Cici. Al principio no sabía nada de bebés. Mi principal preocupación era llevarla a algún sitio para que la cuidaran y le dieran el amor que necesitaba. Y por eso vine aquí en cuanto encontré a quién acudir… tú.

—Y aquí estás.

—Otra vez el estúpido azar al resultar ser la clase de hombre que eres —ella lo miró sin disimular su afecto—. Te preocupaste de verdad. Me protegiste de la tormenta.

—No mucho —gruñó él—. Te arrojé al interior de un coche y desde entonces recorremos Europa sin parar.

—Has marcado toda la diferencia —su voz temblaba de pasión.

David desvió la mirada en un intento de recomponerse. Sabía muy

bien qué estaba sucediendo. Las palabras de Ayme habían alcanzado su corazón, emocionándolo como nunca se había emocionado antes. Si no tenía cuidado, iba a creérselo.

No era que sospechara que mintiera. No lo hacía. Su sinceridad era evidente. Pero esa sinceridad empezaba a enredar su cerebro y era consciente de cuánto le importaba ya esa mujer. Y no podía permitirse más. Si le permitía entrar en los lugares secretos donde estaban enterrados sus verdaderos sentimientos, estaría acabado.

Capítulo 10

David siempre había sabido que pertenecía a la realeza, aunque no era como Monte. Monte seguramente sería rey si estuvieran en Ambria, donde deberían estar. Se alegraba de que la responsabilidad fuera de su hermano y no suya. Aun así, si algo le sucediera a Monte, estaría más que dispuesto a ocupar su lugar. Era el orden natural de las cosas.

En ocasiones se preguntaba por qué parecía saberlo. No había tenido una familia que se lo inculcara, como la mayoría de los miembros de la realeza. No había tenido tutores que le hubieran enseñado todo sobre su reino, ni sirvientes que le hubieran tratado como si fuera alguien especial. Pero lo sabía. Sabía que era al mismo tiempo un privilegio y un peligro, así como una responsabilidad.

«Intranquila yace la cabeza que lleva la corona», recordó las palabras escritas por Shakespeare. Y lo aceptaba. Formaba parte de su destino. Pero no por ello era sencillo.

Y el romance desde luego complicaba las cosas. Durante mucho tiempo había asumido que un romance casual iba con el cargo. Todos los aristócratas sobre los que había leído parecían ser promiscuos por naturaleza. Y lo había intentado, aunque sin conseguir que le gustara. Algo en su interior parecía buscar a esa persona especial que completara su vida.

Ignoraba de dónde había sacado esa idea tan mundana. Quizás tuviera que ver con la buena y sólida familia holandesa que lo había educado en los valores y la moral que no parecía conseguir quitarse de encima. O quizás fuera algo más básico. No estaba seguro. Pero sabía que le dificultaba el considerar el amor como algo casual, tal y como todos esperaban que hiciera.

Y de repente ahí estaba Ayme.

Un momento. ¿Por qué había pensado en eso? ¿Qué tenía que ver esa mujer, aparecida de la nada para instalarse con un bebé en su apartamento? Desde luego no se estaba enamorando de ella. Por supuesto que no. Tendría que haberse vuelto loco.

—¿Y luego adónde vamos?

—Ya te lo expliqué —David sonrió. Las preguntas ya no le molestaban. Incluso las esperaba como algo inevitable—. Nuestro destino final es Italia.

—¿Vamos a atravesar París? —preguntó esperanzada.

—No. Nos ceñiremos a las carreteras secundarias.

—Entiendo —su desilusión era obvia—. Siempre soñé con tomarme una copa de vino en algún café parisino —inclinó la cabeza con expresión soñadora—. Preferentemente en una terraza y con un hombre que tocara el acordeón y una mujer cantando.

—Edith Piaf, sin duda.

—A ser posible —ella sonrió—. ¿Por qué no?

—Me temo que ya no está entre nosotros.

—Ya lo sé. Era sólo en sueños.

—Pues lo haremos —David la miró. Lo que deseaba más que nada era hacerle feliz.

—Pero tenemos mucha prisa —ella lo contempló sorprendida.

—No podemos ir a París —él asintió—. Pero no te preocupes, encontraré una terracita. Ten fe.

—En ti sólo puedo tener fe —contestó ella alegremente.

David la miró de reojo y paró el coche a un lado de la carretera. Con un delicado movimiento la rodeó con un brazo y empezó a besarla apasionadamente. Una vez recuperada de la impresión, ella le correspondió.

—Me parecía que necesitabas un beso —observó él con dulzura tras apartarse.

—Pues tenías razón —ella asintió.

Él sonrió y se colocó al volante. En pocos segundos volvían a estar en camino.

Un par de horas después, tomó un desvío y le informó a Ayme de la siguiente parada.

—Pronto encontraremos esa terraza —le prometió—. Pero ahora quiero que veas Ambria.

—¡Ambria! —ella se irguió en el asiento. De repente se sintió aterrada.

—Sí. Ambria.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —tragó con dificultad.

—Si la visibilidad es buena, se puede ver desde la costa. Yo lo he hecho. Está a pocos kilómetros de aquí.

—No estoy segura de querer ver Ambria —Ayme se cruzó de brazos con expresión inquieta.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Tengo miedo de que cambie algo.

—Puede que tengas razón —admitió él al fin—, pero de todos modos creo que deberías verlo.

—Lo haré —cedió ella al fin tras un prolongado silencio—, pero sólo si tú te quedas conmigo.

—Por supuesto. No olvides que naciste allí. En el fondo eres de Ambria.

—Yo soy americana —la observación de David no le gustó—, y tejana. Y puede que también sea de Ambria, pero no lo siento como tal.

—Por eso quiero llevarte allí —él sonrió con profundo afecto.

—Muy bien —Ayme absorbió el afecto como la flor absorbe la luz del sol—. Intentaré ver lo que quieres que vea. Intentaré que me guste

un poco.

—No puedo pedirte más.

—Pero recuerda —soltó una pequeña risa—. Como dice la canción, no se puede meterle prisa al amor.

—Ni siquiera al amor por un país —él asintió. Había comprendido perfectamente.

—Exactamente.

Hicieron una parada en el camino para comprar un par de refrescos fríos y para que Ayme pudiera darle un biberón a Cici. El bebé tenía ganas de jugar, por lo que la parada duró más de lo previsto. Cuando por fin llegaron a la costa ya era por la tarde.

Lo que Ayme vio no fue gran cosa. Si se fijaba bien divisaba una especie de montículo de tierra oculto tras un muro de niebla. El aspecto en su conjunto era sombrío y triste, como una isla prisión. Miró a David con la esperanza de que comprendiera su desilusión, pero él miraba fijamente al frente y ella lo imitó.

De repente las nubes empezaron a apartarse y Ayme tomó la mano de David sin apartar la vista del mar.

Se quedaron largo rato inmóviles y, al fin, el sol se abrió paso y la luz dorada iluminó la isla. La niebla levantó y allí estaba. Ayme se sintió repentinamente impresionada. Jamás había visto nada tan hermoso.

—¿Eso es Ambria? —preguntó con un hilillo de voz.

—Eso es Ambria —contestó él con satisfacción—. No he estado allí desde que tenía seis años, pero la llevo siempre en mi corazón.

Ella sacudió la cabeza y apartó la vista. Era tan brillante que casi tuvo que protegerse los ojos.

—Pues yo aún no la tengo en mi corazón, pero la siento llamar a mi puerta.

David empezó a hablarle de sus antepasados, de cómo debían haber vivido sus padres, de las vidas perdidas y los sueños rotos. Ayme escuchó atentamente. Empezaba a comprender todo lo que se había perdido. Cuando él le explicó que sus padres biológicos seguramente habían fallecido allí, sus ojos se inundaron de lágrimas.

Deseaba decirle que parara, pero no podía. David continuó con su relato y pronto las lágrimas se convirtieron en sollozos. La tomó entre sus brazos, pero no dejó de hablar. Y entonces mencionó la pérdida de su hermana, Samantha y de sus padres adoptivos.

Ayme ni siquiera se planteó cómo lo habría averiguado. Ese hombre parecía saberlo todo. Lo era todo. Confiaba en él y lo amaba. Y por fin estalló el muro de contención en su interior y pudo vivir su duelo.

Tenía mucho por lo que llorar. Sus padres biológicos, Sam, sus padres de Texas. No era justo que una joven tuviera que llevar ella

sola todo ese peso sobre los frágiles hombros. Lo había evitado mucho tiempo. Pero al fin podía dejarlo salir, y David estaba a su lado.

La abrazó con fuerza. La acunó y le susurró al oído palabras de consuelo. Y Ayme se aferró con fuerza a él, a lo único que impedía que fuera arrastrada por un río de dolor.

Cuando por fin pudo dejar de llorar, le habló del accidente. Le habló de cómo sus padres habían encontrado a Sam y de cómo Sam había saltado al coche y huido a toda velocidad, y de cómo sus padres habían iniciado una persecución. Sam había perdido el control en una curva y el coche se había dado la vuelta, encontrándose en dirección contraria, y su padre, incapaz de frenar a tiempo, había chocado de frente contra ella. Los tres habían fallecido en un estúpido accidente que no debería haber ocurrido. Al principio había pensado que lo mejor hubiera sido que ella también falleciera con ellos. Su vida había acabado.

Ya no pensaba del mismo modo, pero la nube negra que siempre llevaba encima seguramente nunca la abandonaría.

No estaba segura de lo que quería. Sus emociones habían sido puestas a prueba de muchas maneras en los últimos días y no creía poder aguantar mucho más. El único lugar en el que le apetecía estar era en una agradable y cálida bañera rodeada de velas.

De vuelta en el coche se terminó el refresco y besó a Cici. Cuando se sintió un poco mejor, arrancaron de nuevo. David estaba empeñado en encontrar una agradable terraza y eso fue lo que hizo en la primera ciudad a la que llegaron. La terraza era todo lo bonita y pintoresca que podrían haber deseado y los tres se sentaron a una mesa. Ayme y David tomaron vino y unas deliciosas galletitas. Las canciones surgían de la radio, pero eran perfectas. Todo era maravilloso.

Y de repente, Ayme lo volvió a ver. Pasó ante ellos montado en una bicicleta.

—¡David, mira! El hombre de pelo blanco.

—¿El del primer sitio donde nos alojamos? —David se volvió bruscamente.

—Sí. ¿Lo has visto?

—Sí —David contempló fijamente su copa de vino—. Ya lo había visto antes.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

Resultaba curioso que no se hubiera fijado antes, pero ese hombre había aparecido repetidamente en un segundo plano a lo largo de su vida. Al señalárselo ella lo había visto claro. ¿Suponía una amenaza? ¿Qué otra cosa podría ser?

—Tenemos que salir de aquí —ordenó mientras se ponía en pie—. Será mejor que nos vayamos.

—¿Al coche?

—No. No podemos llevarnos el coche. Tendremos que pensar en otra cosa. Vamos.

Abandonaron la terraza y empezaron a caminar a buen paso por la calle. De repente apareció una furgoneta a su lado y dos hombres saltaron del interior. Y la vida se convirtió en un confuso y violento embrollo.

Todo sucedió demasiado deprisa. Los hombres agarraron a David. Él luchó, pero Ayme vio sangre y supo que le habían herido con algo. Su primer impulso fue el de quedarse quieta y gritar a pleno pulmón, pero eso no habría servido de nada. Otro hombre salió de la furgoneta y estaba casi segura de que iría a por ella.

David estaba herido. Lo sabía. No podía hacer nada al respecto, pero a lo mejor podría salvar a Cici. Empezó a correr como no había corrido en su vida, entre edificios, saltando las vías del tren, a través de un patio, por encima de una valla, por un callejón, en un campo y otra vez entre edificios.

Apenas podía respirar. Era como si una piedra le oprimiese el pecho. Aun así no dejó de correr llevando a Cici lo más sujeta posible mientras la adrenalina bajaba como un torrente por sus venas. Si encontrara un lugar en el que esconderse, un hueco en la pared, una pequeña cueva, una caja de madera, algo.

Sin embargo la suerte se le acabó antes de encontrarla. No supo si lo que le hizo desmayarse fue el golpe en la cabeza o el trapo empapado en cloroformo bajo la nariz, pero de repente descubrió a varias personas a ambos lados del callejón.

—Final de trayecto, jovencita —dijo un hombre corpulento justo antes de que le pusieran el trapo sobre la cara y algo le golpeara por encima de la sien. Y se apagó como una luz.

Despertó en la cama de un hospital. A su alrededor se oían voces, pero al principio no lograba concentrarse en lo que decían. Se desmayó y volvió a despertarse un poco más despejada. Había un hombre sentado junto a la cama y al volverse hacia él reconoció al hombre del pelo blanco.

Dio un respingo y buscó un lugar por el que escapar, pero él se inclinó sobre la cama con una dulce sonrisa dibujada en el rostro mientras sacudía la cabeza.

—No soy uno de los malos, Ayme —intentó tranquilizarla—. Lo creas o no, fui uno de los que os rescató antes de que los villanos de los Granvilli os pudieran llevar a Ambria, su objetivo al parecer.

Ella lo miró fijamente. ¿Podría fiarse de él? Recorrió la habitación con la mirada. Parecía la típica habitación de hospital, no una mazmorra o un escondite. Empezó a relajarse.

—David está en una habitación al otro lado del pasillo. Estoy seguro de que querrás saber cómo está. La verdad es que está bastante bien, aunque sus heridas son más importantes que las tuyas. Tú tienes un chichón y seguramente sufrirás dolor de cabeza durante un rato, pero el médico dice que estás bien.

—¿Cici? —preguntó Ayme mientras se tocaba el mencionado chichón.

—No tiene ni un rasguño. Está en una cuna en el ala de pediatría, pero sólo porque nadie sabía qué hacer con ella.

Ayme entornó los ojos y miró al hombre del pelo blanco. Parecía amable, siempre lo había parecido. ¿Podría fiarse de él?

—¿Quién eres?

—Mi nombre no importa —él sonrió de nuevo—. Estoy con el equipo de restablecimiento de Ambria. Queremos devolver a la familia real al lugar que les corresponde: el trono de nuestro país.

—¿Y por qué seguía a David a todas partes?

—Lo cierto —el hombre se acercó un poco más a la cama y habló en tono confidencial—, es que llevo siguiendo a David durante años para asegurarme de que no sufra ninguna amenaza hasta estar preparado.

—¿Preparado? —ella se sentía muy confusa—. ¿Preparado para qué?

—Veo que David tendrá que explicarte algunas cosas —sonrió—. Dejaré que lo haga él —se levantó de la silla—. Y ya que has despertado, si no te importa, volveré a su lado. Dile a la enfermera que me busque si necesitas algo, querida —asintió y se marchó.

Ayme seguía sin saber qué estaba sucediendo. Cuando el grupo de atacantes apareció con la furgoneta, pensó que eso era precisamente contra lo que David se había intentado proteger toda su vida.

Sin embargo el hombre del pelo blanco había formado parte de esa amenaza, ¿o no? Al parecer David se había equivocado al respecto. Y ella seguía sin comprender. ¿Cómo había acabado involucrada en todo eso?

Tenía que salir de allí, y tenía que sacar a Cici. Bajó de la cama y se sujetó la bata de hospital contra el cuerpo mientras se dirigía hacia la puerta. Estaba mareada, pero eso no bastaría para frenarla. Tenía que averiguar por ella misma cómo estaban David y Cici.

El pasillo parecía desierto y se dirigió a las habitaciones que había al otro lado. Encontró a David tras la tercera puerta. Tenía la cabeza cubierta por un vendaje y parecía empezar a recuperar el conocimiento. El hombre del pelo blanco también estaba allí, aunque parecía estar haciendo una reverencia mientras le besaba a David la mano.

—Alteza —decía—. Estoy a su servicio. Siempre.

Ella se hizo a un lado para que no la viera mientras intentaba recuperar el aliento.

¿Alteza? ¿Alteza?

¿Acaso no lo había sospechado? ¿Acaso no lo había sabido desde el principio? Todas las piezas encajaron. David era miembro de la familia real. Por supuesto.

El hombre de pelo blanco abandonó la habitación y se marchó pasillo abajo sin percatarse de la presencia de Ayme, medio oculta tras unas bombonas de oxígeno. Cuando ya estuvo fuera de vista, entró en la habitación de David y se acercó a la cama.

Tenía el aspecto de haber pasado por una trituradora de carne y el corazón le dio un vuelco en el pecho al ver las heridas que quedaban al descubierto.

—¡Oh, David! —exclamó tomándole de la mano.

—Hola, Ayme —él levantó la vista e intentó sonreír—. Bonito camisón.

—¿Estás bien? —ella ignoró su broma.

—Estoy bien. Sigo aturdido por la medicación, pero en cuanto la elimine de mi organismo estaré perfecto para continuar —la sonrisa era amarga y la voz ronca—. No te protegí muy bien, ¿verdad?

—¿Cómo? —ella sacudió la cabeza e hizo una mueca pues el gesto le había provocado dolor—. Me alegra que no estés malherido. Todo ocurrió tan deprisa.

—Sí. Gracias a Dios que aparecieron Bernard y sus hombres.

—¿El hombre del pelo blanco? —ella lo miró con expresión interrogante.

—Sí. Me dijo que ya había hablado contigo.

—Sí.

—¿Te contó cómo él y sus hombres aparecieron y salvaron mi trasero?

—No.

—Reservaremos esa historia para más tarde —él asintió levemente —, pero me alegro de que estuvieran allí, vigilándonos. Sin ellos estaríamos… —su voz se apagó. No le apetecía entrar en especulaciones.

—A ver si lo entiendo —Ayme hablaba—. Había unos tipos malos siguiéndonos, pero ¿también nos seguían unos tipos buenos?

—Más o menos.

La pregunta del porqué de todo aquello quedó flotando en el aire. Pero ella ya conocía la respuesta, ¿no? durante un momento estudió el maltrecho rostro antes de sonreír.

—Eres uno de ellos, ¿verdad?

—¿Uno de cuáles? —a punto de cerrar los ojos, David los abrió de nuevo.

—De los príncipes desaparecidos —el corazón le martilleaba con fuerza contra el pecho—. ¿Cuál de ellos eres?

David cerró los ojos y volvió el rostro hacia un lado.

—No me digas que eres Darius. ¿Lo eres? —Ayme tenía ganas de agarrarlo y sacudirle por los hombros, pero no podía hacerlo—. ¿Eres el padre de Cici? —preguntó con voz ahogada.

—No —él abrió los ojos y la miró—. No soy su padre.

—¿Cómo lo sabes? —ella sacudió la cabeza, sintiendo cómo la tristeza la asfixiaba.

—Ayme, jamás conocí a Sam. Créeme, he reflexionado mucho sobre ello para estar seguro.

—Pero sí eres el príncipe Darius. Y, por otro lado, lo estás buscando. No lo entiendo.

—¿No lo ves? —David intentó sentarse, pero no lo consiguió—. No estoy buscando a Darius. Sé dónde está. Estoy buscando al hombre que finge ser yo.

—¿Y por qué finge ser tú?

—¿Y por qué no? Si le ayuda en sus conquistas, ¿por qué no?

Ayme reflexionó sobre ello. Tenía que reconocer que Sam había estado suficientemente loca como para sentirse seducida por alguien así.

—También podría ser que fingiera ser Darius para intentar hacer que yo, o alguno de mis hermanos supervivientes, nos descubriéramos. Por eso tengo que encontrarlo.

—O sea que en cualquier caso, lo más seguro es que sea un imbécil.

—Eso parece.

—¿Y qué pasa si quiere llevarse a Cici? —Ayme soltó un suspiro que le salió del alma—. ¿Tengo que entregarla a un imbécil que incluso podría ser un criminal? —lo miró con desesperación a los ojos en busca de una buena respuesta.

Sin embargo, David no tenía una respuesta para ella y apenas conseguía mantener los ojos abiertos. Al final ella desistió.

—Voy a ver si me dejan salir de aquí —le informó—. Volveré más tarde.

David no contestó. Estaba profundamente dormido.

Unos minutos más tarde Ayme estaba vestida y lista para marcharse. Por suerte, nadie parecía prestarle mucha atención y consiguió que le dieran el alta sin tener que rellenar ningún formulario. Sólo le quedaba encontrar a Cici. Empezó a caminar por el pasillo, pero se detuvo. La habitación de David era como un imán para ella. Quería verlo por última vez. Se asomó en silencio y vio a un

hombre, que no reconoció, junto a la cama.

—Todavía tienes contigo a la chica de Ambria —decía el desconocido.

—¿Ayme? —preguntó David aún aturdido.

—Sí. ¿Qué quieres que haga con ella?

—¿Hacer con ella?

—Tu hermano, el príncipe heredero, te pidió que no la llevaras a Piasa. Cree haber encontrado a la mujer perfecta para ti y espera poder conocerte, y sería…

Ayme volvió sobre sus pasos y corrió pasillo abajo mientras reflexionaba. Su mente bullía de ideas. Si lo permitía, el dolor de ser dada de lado sería demasiado para ella. De momento tendría que ignorarlo.

¿Qué iba a hacer? Tenía que salir de allí y tenía que llevarse a Cici. Era evidente que David jamás sería para ella. También tenía que olvidarse de eso y no pensar en su pérdida. Últimamente había perdido demasiado. Como si el destino la hubiera guiado hasta el lugar correcto, de repente se encontró con Cici, sola en una habitación con una sola cuna.

—¡Mi niña! —exclamó mientras corría para tomarla en brazos.

¿Eso había sido una sonrisa? ¡Sí! El corazón se le ensanchó de amor mientras abrazaba al bebé con fuerza y le murmuraba cosas bonitas. Pero al mismo tiempo su mente trabajaba frenética sobre cómo llevársela antes de que la gente empezara a hacer preguntas y a exigirle que rellenara impresos oficiales. Si pudiera subirse a un avión rumbo a Texas, podría reclamarla. Si perdía el control sobre ella en Europa, a saber qué sucedería. Podría perder toda posibilidad de recuperarla.

Por otro lado, lo que estaba a punto de hacer debía de ser ilegal. Si la descubrían, entonces todo habría terminado. Pero si dejaba que Cici se le escapara, perdería al último ser querido que le quedaba en el mundo. Tenía que elegir entre el pozo o el péndulo.

E iba a arriesgarse.

David hablaba con Monte por teléfono.

—Lo hemos encontrado.

—Bien, ¿tenéis al tipo que se hace pasar por mí?

—Más o menos. Está muerto. Lleva así unas cuantas semanas, pero sabemos quién es.

—¿Muerto? ¿Cómo?

—Parece que fue asesinado —la voz de Monte se redujo a un susurro—. Le disparó un francotirador.

—Cielo santo.

—Creemos que el que le disparó pensaba que eras tú. Llevaba dos años contando el cuento del aristócrata para seducir a mujeres jóvenes. Y al final ha pagado por ello.

Ambos se quedaron un rato en silencio.

—Supongo que comprenderás lo que significa —continuó Monte.

—Dímelo tú.

—Significa que, por mucho que intentemos vivir nuestras vidas, vivir como los demás, no lo conseguiremos. Porque ahí fuera hay personas que se sienten amenazadas por nuestra mera existencia y hasta que hallemos el modo de regresar a nuestro país y deshacernos de ellos, estaremos en peligro. Nunca estaremos seguros, ni tampoco nuestros seres queridos.

Tenía razón. David cerró los ojos y pronunció un juramento en voz baja. No tenía elección. Era el príncipe Darius de Ambria y no le quedaba más remedio que aceptarlo.

—¿Estarás en Piasa el viernes?

—Sí. Allí estaré.

—Y sobre esa Ayme… —dijo Monte tras una pausa.

—Ella también estará —David habló con firmeza—. Está conmigo.

—Supongo que eres consciente de la importancia de la situación —le recordó su hermano—. Toda persona que sea de Ambria y que pueda estará allí. Es el momento de reclamar nuestra herencia.

—Lo entiendo, Monte, y estaré a tu lado. Lucharé hasta la muerte por ti y por nuestra causa. Por nuestro lugar en la historia. Pero sobre mi vida privada, sobre lo que necesito y lo que no, decidiré yo.

—De acuerdo —Monte emitió un prolongado suspiro—. Pero me gustaría que lo reconsideraras.

David sonrió al pensar en Ayme y en Cici. Ya no habría ningún problema para que se quedaran con el bebé.

—He sobrepasado el punto de no retorno. Lo tomas o lo dejas.

—Muy bien. Lo tomaré entonces. Te veré en Italia.

David estaba completamente despejado y echó una ojeada a la estéril habitación del hospital.

—Ya basta —exclamó mientras se arrancaba la vía del brazo y se bajaba de la cama con calma. Se sentía muy débil y no tenía ninguna gana de acabar en el suelo. Pero iba a encontrar a Ayme aunque perdiera la vida en el intento.

Se vistió y se dirigió al pasillo. Sabía que encontrar a Cici sería la clave para localizar a Ayme, y sabía dónde estaba Cici. Pasó por delante de tres enfermeras y un médico que lo miraron con curiosidad, pero no intentaron detenerle. Sin embargo, cuando llegó a su destino encontró la habitación vacía.

Todas las alarmas se dispararon en su cabeza. Si se había marchado, ¿sería capaz de encontrarla de nuevo? Miró por la ventana. Desde la tercera planta en la que se encontraba, vio a Ayme dirigiéndose hacia la calle con Cici en los brazos.

David no podía correr, pero se movió con más rapidez de la que hubiera creído posible y la alcanzó antes de que saliera del recinto hospitalario.

—¿Qué haces? —le gritó cuando ya estuvo cerca.

—Eh… eh… —ella se volvió con el bebé sujeto contra el pecho y lo miró con los ojos muy abiertos y una clara expresión de culpabilidad.

—Estás secuestrando a Cici —David intentó que su mirada no reflejara diversión—. ¿Sabes que podrías ir a la cárcel por algo así?

—¡No es verdad! —protestó Ayme—. No era eso lo que hacía —sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Oh, David! —gimoteó.

—Ayme, cariño —él rió mientras la abrazaba—. ¿Por qué huías?

—David, lo he perdido todo. Todo lo que amaba —ella lo miró sin dejar de llorar—. Y ahora te he perdido a ti. No soportaría perder también a Cici.

—¿Y por qué crees que me has perdido? —David contempló el bonito rostro.

—Eres un aristócrata. Yo… yo no pertenezco a tu mundo.

—Ni yo tampoco. No realmente. No me criaron como a un aristócrata —le besó la punta de la nariz—. Ayme, te quiero junto a mí. Aprenderemos juntos a ser aristócratas.

—Pero, Cici…

—Han encontrado al padre de Cici —él se puso serio—. Me temo que está muerto.

Sin más demora le relató lo que Monte había averiguado.

—Como ves, tu búsqueda ha concluido —le acarició la mejilla—. Pero espero que nuestro viaje juntos no haya hecho más que empezar.

—¿Lo dices en serio? —ella buscó la respuesta en sus ojos.

—De todo corazón.

—¡Oh, David!

—Vamos —él la besó—. Busquemos un taxi y un bonito hotel.

—Pero, ¿no deberíamos informar al hospital?

—No te preocupes por ello. Es lo bueno de ser aristócrata. Tenemos gente que se ocupa de esos pequeños detalles.

—¿Gente como el hombre del pelo blanco?

—Se llama Bernard. Tendrás que acostumbrarte a él. Tengo la sensación de que vamos a verlo a menudo.

—¿En serio?

—Y ese Carl Heissman que te dio mis señas es socio de Bernard. No estaba seguro que de la afirmación de Sam de que el príncipe Darius era el padre de Cici fuera cierta, pero decidió enviarte para

descubrirlo. Como ves, hay toda una trama y estoy seguro de que no sabemos ni la tercera parte.

De repente se puso muy serio.

—¿Lo has entendido bien? —le preguntó al fin—. Te amo, Ayme. Quiero casarme contigo, pero no intentaré deslumbrarte. Tienes que pensártelo muy bien. Te quiero a mi lado, pero tendrás que estar dispuesta a aceptar los riesgos que implica.

—¿De qué estás hablando? —ella sacudió la cabeza, dispuesta a ser inmensamente feliz, pero asustada ante el tono de voz de David.

—Vamos a iniciar una ofensiva sobre Ambria para recuperar el país. Seguramente habrá una lucha. Será peligroso. Puede que haya muertos. Simplemente por estar conmigo te pondrás en grave peligro. Debes pensártelo bien y decidir si merece la pena.

—David —Ayme apoyó una mano contra el amado rostro—, mi vida había acabado cuando te conocí. Y ahora está a punto de comenzar de nuevo. Correré el riesgo. Arriesgaré cualquier cosa por estar contigo.

David volvió a besarla. Tras años preguntándose qué tendría de especial eso que llamaban amor, le parecía un milagro haber encontrado a una mujer sin la cual no podría vivir, una mujer con la que necesitaba pasar el resto de su vida.

—Estaremos juntos.

—¿Y Cici?

Como si hubiera sido una señal, la niña empezó a emitir alegres gorjeos. David y Ayme se miraron y se echaron a reír.

—Creo que ella también estará con nosotros.

Ayme suspiró de pura felicidad mientras contemplaba al bebé al que había llegado a amar con toda su alma.

—Muy bien. Vamos a Italia.

Fin